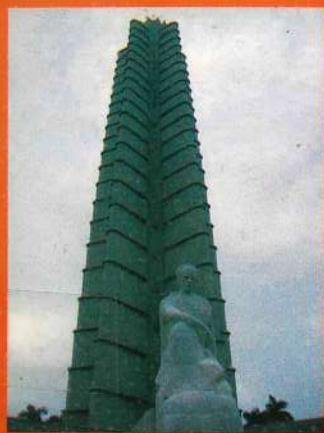


Una Revolución
martiana
y marxista

**José
Cantón
Navarro**



★ 50 ANIVERSARIO DEL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN ★

20/02/29
29/02/29
20 00

Una Revolución
martiana
y marxista

★ 50 ANIVERSARIO DEL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN ★

Una Revolución
martiana
y marxista

José
Cantón
Navarro

Una introducción necesaria

La reiterada afirmación de que la Revolución Cubana triunfante en 1959 es martiana y a la vez marxista —tesis que compartimos a plenitud—, ha suscitado interesantes controversias, sobre todo fuera de Cuba. Si José Martí no se declaró nunca partidario del marxismo, sí abogó por constituir una república basada en el equilibrio de las clases sociales, ¿se puede reconocer el carácter martiano de una revolución que abolió las clases explotadoras, que proclama el papel dirigente del proletariado y construye la sociedad socialista?

Para ofrecer nuestros criterios acerca de esta polémica se escribe este libro.

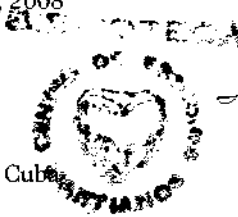
Primeramente, debemos recordar que el proceso de desarrollo de la humanidad es una sucesión de jalones históricos que van de lo inferior a lo superior —aunque a veces se produzcan zig-zags y retrocesos transitorios—, y cuando una personalidad cumple cabalmente las exigencias de la etapa histórica en que vive, tiene la virtud de impulsar con su acción todo el proceso. O como dijo el propio Martí: quien es a cabalidad un hombre de su tiempo, es un hombre de todos los tiempos. Y uno de esos

Edición: Gustavo Javier Blanco
Diseño: Áxel Rodríguez García y Mónica Cammarano Casteleiro

© José Cantón Navarro
© Sobre la presente edición:
Centro de Estudios Martianos, 2008

ISBN 978-959-271-097-9

Centro de Estudios Martianos
Calzada no. 807, esq. a 4
El Vedado, La Habana, 10400, Cuba
Fax: (537) 8333721
E-mail: cem@josemarti.co.cu



JFR-05892
27/02/09
Ej. 2

hombres de ayer que siguen siendo hombres de hoy es José Martí —como podríamos decirlo de Bolívar.

Esta apreciación general no le impregna, de por sí, un carácter martiano a nuestra Revolución; pero ayuda a analizar una serie de factores que demuestran que este proceso de emancipación nacional y social, como también el que sacude hoy a otros países de América Latina, siendo socialista por su contenido y por sus fines, es martiano, como también bolivariano, por sus raíces y por su savia.

Desde luego que, con la proclamación del carácter martiano de nuestra Revolución no se trata de reivindicar la república democrático-burguesa que proyectó Martí, por avanzada que ella fuera, ni de buscar la solución de cada problema de hoy en el arsenal revolucionario de fines del siglo XIX. Han pasado más de cien años, y en el mundo actual se mezclan, junto a viejos conflictos agravados o modificados sustancialmente, nuevos desafíos no imaginables un siglo atrás. De ahí que se requieran vías y medios decisivos que no estaban entonces en el orden del día.

Teniendo en cuenta las nuevas condiciones en que se hallaba Cuba a mediados del siglo XX, advertía Fidel: «Era necesario formar de nuevo el Ejército Mambí. Pero la Revolución ahora ya no podía tener el mismo contenido que en 1868 y 1895. Había transcurrido más de medio siglo. A la cuestión de la soberanía popular y nacional se añadía con toda fuerza el problema social». Y más adelante agregaba: «Únicamente a la luz del marxismo es posible comprender no sólo el curso actual de los acontecimientos, sino también toda la evolución de la historia nacional y el pensamiento político cubano en el siglo pasado.»¹

De ahí que el carácter martiano de la Revolución esté dado, en primer término, por el propio carácter dialéctico y universal del marxismo: es imposible un análisis y una política real y consecuentemente marxistas, si no se nutren, entre otras fuentes, de la historia y las tradiciones nacionales, de la psicología del pueblo y de las ideas que lo han movido históricamente. Y en esas tradiciones ha descollado siempre el ideario de Martí.

En segundo término, con la intervención yanqui y la instauración de la república neocolonial y oligárquica se frustraron los objetivos fundamentales del proyecto martiano: se entregó el país a otros voraces enemigos, y se hundió aún más en la explotación, el vicio, la demagogia y la tiranía. A la Revolución Socialista le correspondió dar cumplimiento a los grandes objetivos martianos de independencia plena, dignidad y justicia, y emprender la batalla por salvar a la patria de todos sus vicios y males. También por eso sostenemos que la nuestra es una revolución martiana.

En tercer lugar, no podían ser la burguesía como clase, ni el capitalismo como sistema, quienes construyeran la sociedad libre, igualitaria, justa, pacífica, solidaria, culta y laboriosa que quiso Martí; ni podían ser ellos, por tanto, quienes dieran vida al hombre nuevo de que nos hablaron Martí y el Che. Por eso, aunque nuestro patriota mayor no fuera un heraldo de la revolución socialista, únicamente un vuelco social de esa índole podía edificar el tipo de sociedad y el tipo de hombre que quiso nuestro Héroe Nacional. Aquellos objetivos martianos que no se han podido lograr en la construcción de nuestra sociedad, son también objetivos de nuestra Revolución y del socialismo que no hemos podido alcanzar todavía. No se trata, pues, de una contradicción entre el pensamiento

¹*Historia de la Revolución Cubana*. Selección de discursos sobre temas históricos. Editora Política, La Habana, 1980, pp. 268 y 269.

martiano y el pensamiento socialista. De modo que también por estas aspiraciones de comportamiento social tenemos todas las razones para afirmar que nuestra Revolución es martiana.

Y por si todo lo anterior no bastara, habría que agregar el hecho trascendente de que gran parte de las ideas y proyectos esenciales del Apóstol son tan radicales, que superan con mucho las ideas liberales más avanzadas, llegando a articularse de manera natural con la ideología y la obra de la revolución socialista victoriosa, y, en muchos casos, se fusionan o identifican con ella.

Para fundamentar la justeza de nuestra tesis, este libro ofrece a los interesados en el tema una serie de pequeños ensayos que podemos clasificar en tres tipos atendiendo a su contenido. El primero de ellos, «Una revolución martiana y marxista», aporta sólidos argumentos que muestran, desde diversos ángulos, el carácter martiano de nuestra Revolución —su carácter socialista no es motivo de mayores discusiones—.

A partir de este, hay otros trabajos que analizan el pensamiento democrático-revolucionario de Martí, sus juicios sobre Marx y sobre varios marxistas conocidos, así como algunas concepciones específicas sobre patria, política, cultura y solidaridad de los pueblos, entre otras. En esos escritos se ponen de manifiesto numerosas coincidencias esenciales del ideario martiano con el socialismo, y sobre todo, con los postulados de la Revolución Cubana.

Finalmente, varios artículos ilustran cómo el pensamiento martiano ejerció una influencia vital sobre los comunistas cubanos y constituyó una de sus banderas de lucha durante toda la república, desde Baliño, Mella, Villena y otros grandes líderes, hasta Fidel y el núcleo

principal de los moncadistas. El hecho de que los marxista-leninistas cubanos de todas las épocas hicieran suyo y defendieran el legado martiano, es otra prueba irrefutable de la continuidad histórica del pensamiento revolucionario en nuestro país, y de la comunidad de ideas básicas y de principios éticos entre José Martí y la Revolución Socialista de Cuba.

En fin, creemos que estas páginas demostrarán que no existe antagonismo alguno entre el pensamiento radical de Martí y el carácter socialista de nuestra Revolución, e incluso han de corroborar el aserto de que si nuestra revolución no se nutriera sustancialmente de su raíz martiana, tampoco sería consecuentemente marxista.

Una Revolución martiana y marxista

«Creo que mi contribución a la Revolución Cubana —dijo Fidel Castro en sus conversaciones con Frei Betto—, consiste en haber realizado una síntesis de las ideas de Martí y del marxismo-leninismo, y haberla aplicado consecuentemente a nuestra lucha».¹ La misma idea se ha reiterado con frecuencia por nuestro líder máximo, así como por otros altos dirigentes cubanos, quienes han insistido de modo categórico en que nuestra Revolución es martiana y marxista.

Esta afirmación ha sido puesta en duda por algunos teóricos amigos y negada rotundamente por conocidos enemigos de Cuba. Aunque desde posiciones opuestas, amigos y enemigos utilizan algunos argumentos comunes, aparentemente sólidos. Aducen que José Martí no era marxista, que discrepó del marxismo en puntos básicos, y que la república a que él aspiraba no era de carácter socialista, sino democrático-burgués. Por consiguiente, unos y otros consideran insostenible la tesis de una revolución socialista y a la vez martiana.

Desde luego que los detractores de nuestro camino socialista no se limitan a esas objeciones. Considerándolas

quizás insuficientes, apelan también a otros recursos: falsean tanto el pensamiento y la ejecutoria de nuestro Héroe Nacional como los de la Revolución Cubana, a fin de presentarlos como absolutamente incompatibles.

Ahora bien, este análisis tendrá en cuenta únicamente las discrepancias que parten de posiciones honestas, es decir, las que se han manifestado por amigos nuestros.

Siempre con la justicia

Sería de sumo interés examinar las diferencias, reales y supuestas, entre el pensamiento martiano y el marxismo. Encontraríamos, desde luego, enfoques distintos sobre asuntos de mayor o menor importancia, sobre todo en el campo de las concepciones filosóficas o en el análisis de los sistemas y clases sociales (formación, lugar que ocupan, papel que desempeñan, métodos de lucha). Pero hallaríamos también un número insospechado de coincidencias esenciales. No nos proponemos abordar ese examen ahora con la debida amplitud, pero expondremos algunas ideas fundamentales. A manera de introducción, haremos ciertas observaciones que consideramos necesarias:

1ra. En las esferas de la economía, la política, la sociedad, el trabajo, la educación, la cultura, la ciencia histórica y los principios ético-morales, encontramos infinidad de criterios comunes, muchas veces idénticos.

2da. Varios de los juicios discrepantes expresados por Martí en su juventud fueron modificándose más tarde, aproximadamente a partir de mediados de los años 80, con

un mayor o menor acercamiento a las posiciones del marxismo. Por ejemplo, acerca de la conciliación de clases, la violencia social, la propiedad de los medios de producción.

3ra. Martí no ocultó su respeto, simpatía y admiración por Carlos Marx, Carlos Baliño y otros marxistas, pese a sus criterios sobre la violencia de clases.

4ta. Martí no atacó nunca al socialismo. Sus críticas tienen que ver, no con la teoría socialista, sino con el peligro de algunas desviaciones cuya posibilidad prevé:

-Las lecturas extranjerizas, por lo confusas e incompletas.

-La acción de los demagogos, que para tener hombres en que alzarse, suelen fingirse frenéticos defensores de los desamparados.

-El riesgo de que los pobres se habitúen a recibirlo todo del Estado y puedan llegar a la conclusión de que no necesitan trabajar para vivir.

-El aumento excesivo de las empresas del Estado, que podría crear una casta burocrática, con remuneración amplia y trabajo escaso, cuyo poder y carácter abusivo crecerían desmesuradamente. (Entre paréntesis, ¿no hay pruebas suficientes de que los peligros previstos pueden ser reales?)

Y una nueva observación:

5ta. Martí resta importancia a esos peligros en el caso de Cuba, cuando le habla a su hermano del alma, Fermín Valdés Domínguez, sobre el socialismo, y le dice:

Pero en nuestro pueblo no es tanto el riesgo, como en sociedades más iracundas, y de menos claridad natural: explicar será nuestro trabajo, y liso y hondo,

como tú lo sabrás hacer: el caso es no comprometer la excelsa justicia por los modos equivocados o excesivos de pedirla. Y siempre con la justicia, tú y yo, porque los errores de su forma no autorizan a las almas de buena cuna a desertar de su defensa.²

Creo pertinente advertir que, cuando Martí aborda el tema del socialismo, suele obviar las diferencias entre las diversas escuelas o corrientes que tienen como base común la socialización de los medios de producción. En muchas ocasiones, sus críticas a los «modos equivocados o excesivos» de pedir la justicia se dirigen expresamente a los anarquistas, quienes se autoproclaman «socialistas revolucionarios».

Incluso en el campo filosófico, donde existen diferencias básicas entre las concepciones martianas y marxistas, —Martí tiene una posición dualista—, es preciso además tener en cuenta que, en muchas ocasiones, lo que impugna es el materialismo vulgar, y no el materialismo marxista. En realidad, el razonamiento del Maestro es eminentemente dialéctico, lo que constituye un elemento primordial de su genialidad.

Hacer lo que en cada momento es necesario

Aquellos amigos que no ven la vinculación de los objetivos martianos y marxistas en nuestra revolución, analizan unilateralmente el problema. Parten de ciertos criterios válidos, pero no tienen en cuenta elementos esenciales para dicho análisis, en primer lugar los principios del historicismo y de la continuidad histórica.

En vida de Martí, en nuestro país no estaba a la orden del día la disyuntiva de capitalismo o socialismo, sino la de yugo extranjero o república independiente. Que ese era el gran dilema lo demuestra el hecho de que los cubanos todos, desde los más radicales hasta los más conservadores, se atuvieron a esta última disyuntiva: se hicieron partidarios o enemigos de la independencia, si bien los que sustentaban cada una de esas posiciones no tuvieron un criterio unánime en cuanto a la forma de materializar la opción que habían escogido.

Vale decir que, dentro de la isla, sólo un pequeño grupo de dirigentes anarquistas rechazaron ambas alternativas —colonia o república— y se planteaban la revolución social a toda costa; pero finalmente rectificaron y se incorporaron también a la causa por la emancipación nacional.

Lo cierto es que no había en aquella época ninguna posibilidad real —objetiva ni subjetiva— de llevar a cabo una revolución socialista en nuestro país. El primer obstáculo era el bajísimo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, en un mundo del que no se podía esperar ningún tipo de ayuda exterior para ese empeño. El proletariado, la fuerza motriz principal en este tipo de revolución, estaba muy lejos de alcanzar el nivel organizativo, ideológico y político necesario para dirigir ese salto histórico. Proponérselo hubiera sido una utopía engañosa, un esfuerzo inútil, y además, un daño enorme a la indispensable unidad del campo patriótico en la lucha por la independencia.

Así, el hecho de que Martí no abogara por una revolución proletaria, y de que incluso desaprobara el planteamiento de la lucha emancipadora sobre una base clasista, no significaba un rechazo de principios a la revolución socialista, sino que se correspondía con las necesidades de la

Cuba finisecular, por lo que mereció el apoyo de los marxistas cubanos de entonces.

Ya el Apóstol, conociendo el ideal socialista de Baliño, se había referido al insigne pionero como «un cubano que padece con alma hermosa por las penas de la humanidad, y sólo podría pecar por la impaciencia de redimirlas.»³

Pero Baliño no pecó, como tampoco pecaron otros cubanos que pensaban como él. Ellos comprendieron perfectamente la disyuntiva de entonces, pese a sus limitaciones teóricas e inexperiencia práctica, y se sumaron en cuerpo y alma a la causa independentista, subordinando a ese primer objetivo sus empeños medulares de emancipación social.

Y hay algo más. También esos pioneros del marxismo hicieron suyo el proyecto martiano de república, porque, posible o no, era un proyecto indudablemente avanzado para la Cuba de entonces, superior a todos los realizados hasta aquel momento en el mundo. Martí lo había dicho: «En un día no se hacen repúblicas; ni ha de lograr Cuba, con las simples batallas por la independencia, la victoria a que, con sus continuas renovaciones, y lucha perpetua,... no ha llegado aún, en la faz toda del mundo, el género humano.»⁴

Es que Martí defendía una concepción dialéctica de las etapas de desarrollo de la sociedad humana. No le criticó a Marx su doctrina, sino el hecho de que «anduvo de prisa.»⁵ Y en ese sentido histórico-concreto, algunos han visto erróneamente una negación del marxismo: «Las soluciones socialistas, nacidas de los males europeos, no tienen nada que curar en la selva del Amazonas, donde se adora todavía a las divinidades salvajes.»⁶ Indudablemente, comprende perfectamente que el socialismo requiere de un determinado nivel de desarrollo de la sociedad, que está

muy lejos de alcanzarse por las comunidades aborígenes de América del Sur.

Ahora bien, José Martí, observador honesto y agudo, advierte que «el mundo está en tránsito violento, de un estado social a otro»⁷; que cada época histórica plantea nuevos problemas y presupone nuevas ideas — «a ideas nuevas, sociedades nuevas»⁸—; que la acción de los hombres debe estar en analogía con el universo y con la época en que viven. «Ni hombres ni hechos derivan grandeza permanente —asevera— sino de su asimilación con una época o con su nación.»⁹ Para él, todo revolucionario debe ser, en primer lugar, un hombre de su pueblo y de su tiempo, y, «debe hacerse en cada momento lo que en cada momento es necesario.»¹⁰

Partiendo, pues, de estas concepciones dialécticas, de la unidad de lo lógico y lo histórico en el análisis martiano del desarrollo de la sociedad humana, sostenemos que si los revolucionarios de hoy, cien años después de la última guerra de independencia, nos hubiéramos planteado solamente los objetivos que se trazaron los hombres del 95, esta revolución no sería marxista, pero tampoco podría ser martiana.

Martí está convencido de que, en su proceso constante de transformaciones, la humanidad ha de llegar, tarde o temprano, a un estado de justicia, de bienestar y felicidad. Sostiene que, en los momentos en que él vive y lucha, ya han pasado las dos primeras eras de la historia, que se realiza como efectiva la tercera, y exclama: «¡Quién sabe ; nadie aún puede saber, cuando la cuarta venturosa época iluminará y revivirá!»¹¹

Es decir, Martí sabe que el mundo se encamina hacia estados sociales superiores, y sería ingenuo o errado pensar que él excluye a su patria de tal proceso. Desde luego

que, para él, esa perspectiva está muy lejana. Pero sí entiende que después de la emancipación de la patria vendría una época de grandes transformaciones. Por eso afirma que «independencia es una cosa, y revolución otra»¹², que revolución no es la que tendrá lugar en la manigua, sino la que se va a desarrollar en la república.¹³

Martí aspira a una república tan justa como jamás ha existido otra en la faz de la tierra; pero se percata de que no todas las fuerzas que integran el campo independentista sustentan las mismas ideas de democracia y justicia social, «la vasta humanidad y el ánimo republicano» que mueven a los principales jefes de la revolución. Y, pese a que antes objetó la vía violenta para resolver las contradicciones internas del país, ahora prevé la necesidad de nuevas guerras en la república si se imponen las fuerzas conservadoras, egoístas y antipopulares. Por eso advierte la necesidad urgente de «...impedir que la guerra caiga bajo la guía de los que perviertan su espíritu o después de ella hagan otras guerras necesarias...»¹⁴

El 14 de marzo de 1893 declara en *Patria*: «Moriremos por la libertad verdadera; no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el gozo excesivo y a otros en el dolor innecesario. Se morirá por la república después, si es preciso, como se morirá por la independencia primero.»¹⁵

Pocas semanas antes, el 24 de febrero del mismo año, hablando en honor de Fermín Valdés Domínguez, quien no ocultaba sus simpatías por el socialismo, había ratificado que posiblemente ambos continuarían exponiendo juntos sus vidas en la República por la libertad y la justicia, como lo harían primero en la manigua: «Y juntos, probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad, o en la pelea que con los justos

y desdichados del mundo se ha de mantener contra los soberbios para asegurarla.»¹⁶

Ya un año antes había escrito en *Patria*:

...la revolución entera queremos, con todas las fuerzas de la paz de la república para mañana: no la revolución incompleta, que haga necesarias rebeliones sangrientas futuras; no la revolución que continúe los errores de la guerra pasada, e intente fundar el país con una oligarquía disimulada y senil...¹⁷

Mientras la justicia no esté lograda, se pelea

Los temores de Martí eran totalmente justificados. Muchos males de la colonia pervivieron en la república, a los que se sumaron otros nuevos; se adueñó del país una insaciable oligarquía —servil ante los dictados norteamericanos—, e infortunadamente, los grandes peligros que avizoró nuestro patriota mayor en relación con la voracidad imperialista de Estados Unidos y con la frustración de sus más caros sueños, se hicieron una amarga realidad.

Sin embargo, fue imperativo hacer cambios apreciables en la sociedad. Seis décadas de república posibilitaron importantes avances económicos, sociales y políticos en el país, indispensables para lograr el enriquecimiento de las clases oligárquicas y la más eficiente explotación de las riquezas nacionales en beneficio de los monopolios yanquis. Con las naturales limitaciones y deformaciones inherentes a la dependencia neocolonial, hubo un crecimiento significativo en determinadas ramas de la economía (azúcar, tabaco, minería, comunicaciones, transportes), y un desarrollo notable de las relaciones de

producción capitalistas en esas ramas, con la consiguiente formación de una poderosa oligarquía burgués. latifundista y, como contrapartida, un crecimiento del proletariado industrial y agrícola.

Las contradicciones entre explotadores y explotados, a las que se sumaron las de neocolonia-metrópoli, pasaron a un plano superior, y se produjo un salto cualitativo en la organización, la conciencia de clase y la combatividad de los obreros, en la comprensión y la voluntad de lucha del campesinado trabajador, así como en la conciencia antimperialista y revolucionaria no sólo por parte del proletariado, sino también del estudiantado, la intelectualidad progresista y las capas medias urbanas en general.

En esos avances de la conciencia de las masas, desempeñó un papel de magnitud creciente el ideario de nuestro Héroe Nacional. Desde el proyecto socialista-utopista de Diego Vicente Tejera, las batallas de Juan Gualberto Gómez contra la Enmienda Platt y de Manuel Sanguily en defensa de la soberanía nacional, las de Baliño, Mella y Villena por la plena emancipación nacional y social; hasta el asalto al cuartel «Moncada» y al programa plasmado en *La historia me absolverá*, toda la actividad revolucionaria está guiada principalmente por el mandato martiano, el que se vincula cada vez más al ideal socialista.

Quando Fidel proclama ante el tribunal que lo juzgaba en octubre de 1953 que Martí había sido el autor intelectual del 26 de julio, no hacía una afirmación fortuita para impresionar a los jueces, ni un pronunciamiento demagógico para ganarse la simpatía del pueblo, sino que expresaba las ideas y los sentimientos que impulsaron a los moncadistas, y daba a conocer la raíz nacional, patriótica, que junto a la raíz universal y emancipadora del marxismo, alimentaba sus acciones revolucionarias.

Porque, ante la total incapacidad manifiesta de las clases dominantes y su oposición a cumplir siquiera los postulados nacional-liberadores y democráticos del proyecto martiano, y ante el fracaso del reformismo burgués para resolver los problemas fundamentales de la nación, se imponía como necesidad histórica la de hacer una revolución que alcanzara, en primer término, los objetivos patrióticos antes señalados, y que resolviera, además, el problema cardinal planteado por los tiempos nuevos: la emancipación definitiva de todos los oprimidos y explotados. Sin esta radical transformación, no se hubiera podido lograr nunca la sociedad a que aspiraba José Martí.

Esa tarea histórica fue acometida a partir del 1.º de enero de 1959 por la revolución que triunfó en esa fecha y que está arribando victoriosa a su cincuentenario.

Cuba, libre de España, de EE.UU.
y de cualquier otro país

El primer y fundamental objetivo de la frustrada revolución martiana fue, como todos sabemos, el logro de la independencia absoluta de Cuba.

Ese carácter absoluto no supone, desde luego, la autarquía; la imposible esperanza de que Cuba pueda resolver todos los problemas por sí sola, sin necesidad del intercambio con otros países. Lo impide su condición de isla pequeña, carente de una serie de recursos propios que son determinantes, así como también la creciente globalización de los problemas de la humanidad.

Pero es que ni siquiera las grandes naciones industrialmente avanzadas, como Estados Unidos, han podido alcanzar por sí solas sus prodigiosos niveles de desarrollo económico y científico-técnico. Ello ha sido posible, en

gran medida, por el saqueo de las colonias, semicolonias y países dependientes en general. Sin la explotación inhumana de esos países, ¿cómo hubieran podido acumular las enormes riquezas indispensables para llegar a los niveles de hoy? Por consiguiente, tampoco en relación con las grandes potencias podríamos hablar de independencia absoluta si le diésemos a ese término su acepción estricta.

La independencia absoluta a que aspiraba Martí, y que la Revolución cubana ha conquistado, ha consistido en lograr que nuestro pueblo sea el dueño pleno de sus riquezas y de sus destinos; que pueda adoptar, sin tutela extraña, el camino y las decisiones que desee, y asumir los compromisos internacionales que entienda convenientes, sin que esté obligado a subordinar sus actos a las exigencias de gobiernos o intereses foráneos. O como lo hubiera dicho Martí: Cuba, libre de España de EE.UU. y de cualquier otro país.

La independencia absoluta supone, pues, soberanía nacional, libre determinación del pueblo. Hasta el 31 de diciembre de 1958, los gobiernos cubanos carecían de voz propia: eran el eco de los gobiernos estadounidenses. Hoy tenemos el sano orgullo de saber que cuando la palabra de Cuba se alza en cualquier punto del planeta, todo el mundo la considera, y es, plenamente, la expresión y el sentir de un pueblo libre, independiente y soberano. De modo que nuestra revolución socialista, marxista-leninista, ha dado cabal cumplimiento al primer objetivo de la revolución martiana.

Es más, junto a la tarea de liberar a Cuba, planteaba Martí la de fomentar y auxiliar la independencia de Puerto Rico. Y también nuestra Revolución ha levantado y sostiene con mano firme esa bandera. Los patriotas

contemporáneos de la isla borinqueña que pelearon también por nosotros en el siglo pasado, han recibido en esta gran Antilla calor de hermanos, han representado a la nación cubana como propia en organismos internacionales, han contado aquí con la patria que los imperialistas yanquis les arrebataron en 1898 y que les niegan todavía entrado el siglo XXI.

La honda de David

Igualmente ha hecho suyo la Revolución Cubana el mandato antimperialista, latinoamericanista e internacionalista de José Martí, quien presenció el surgimiento del imperialismo norteamericano, pues radicó 15 años en Estados Unidos durante la época en que se engendró allí ese fenómeno. Observó con ojo penetrante la formación de los monopolios, señaló algunas de sus características principales y denunció el funesto papel que desempeñaban en la sociedad norteamericana. A la vez, descubrió otros rasgos esenciales del fenómeno imperialista, que tres décadas después describiría detalladamente Lenin con absoluto rigor científico, al disponer de los necesarios instrumentos de análisis.

El mártir de Dos Ríos advierte el peligro —«mayor tal vez que todos los demás peligros»¹⁸—, que el poder de expansión y dominio de EE.UU. representaba para la nación cubana, para el resto de América Latina y para otras regiones del mundo. Tan alarmante fue a sus ojos ese peligro, que un día antes de morir, en su conocida carta inconclusa al entrañable amigo mexicano Manuel Mercado, llama al imperialismo por su nombre y confiesa que todo cuanto ha hecho entonces y todo cuanto hará en lo

adelante, se dirige a impedir a tiempo «...que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos, y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.»¹⁹

Es una verdad suficientemente probada que Cuba revolucionaria ha sido, y es, el más gallardo portador de ese legado antimperialista. A la vista del mundo, y ante la incredulidad de muchos, hemos librado durante 50 años, y seguimos librando, heroicas y victoriosas batallas frente a la política y las acciones agresivas, expansionistas, criminales, y genocidas, de los gobiernos de EE.UU. Política y acciones que han practicado en todos los rincones del mundo. Somos el David que agita su honda en la trinchera más avanzada contra el Goliat imperialista.

De la misma forma que lo hizo Martí, Cuba ha expresado, en el mismo combate contra el imperialismo, su vocación latinoamericanista e internacionalista. Hemos brindado nuestra solidaridad militante a todos los pueblos del mundo que luchan por conquistar o defender su independencia; a los que abogan por salir de la miseria, la ignorancia, la injusticia y el subdesarrollo. Cientos de miles de maestros, médicos, constructores, técnicos, deportistas y soldados cubanos han dado generosamente sus conocimientos, su sudor y hasta su sangre, con ese sentir de humanidad que funde el legado de Martí con el de Marx y Lenin. Hemos compartido nuestro escaso pan y nuestros insuficientes recursos con otros pueblos que batallan por sobrevivir o que han sufrido terribles catástrofes. Teniendo nosotros una deuda externa considerable y necesitando urgentes créditos para nuestra propia subsistencia, hemos condonado deudas de algunos de esos países con nosotros y les hemos brindado nuestra ayuda a cierto número de ellos cuyos gobiernos han mantenido una conducta pérfida hacia Cuba.

Sangre cubana se ha derramado en acciones solidarias en Angola, Etiopía, Vietnam, el Congo, Argelia, Bolivia, Nicaragua y otros países, en el espíritu internacionalista que es consustancial a los partidos de Marx y de Martí. Porque el Apóstol hizo suya la causa justa de otros pueblos de América y del mundo, ya con las de Puerto Rico, México, Guatemala o Venezuela —conducta que lo obligó a salir de estos tres últimos países—, ya en las luchas de los patriotas de Vietnam, Cambodia, Polonia, Irlanda o de los pueblos árabes, por mencionar sólo algunos ejemplos. Recuérdese que en una ocasión, cuando supo de un nicaragüense que se inmoló en Honduras por la libertad, exclamó emocionado: «Y yo envidio esa abnegación sublime de dar la propia vida porque vivan libres y felices los demás.»²⁰

Al encabezar la batalla por la unidad de todos los países situados al sur del Río Grande, por la integración latinoamericana y caribeña, por la soberanía nacional y el derecho de todos los pueblos al libre desarrollo económico, político, social y cultural, Cuba ha hecho realidad las esperanzas del autor de «Nuestra América»: se ha convertido en lo que el Apóstol previó como «futura universidad americana.»²¹

En la base de nuestra vocación patriótica, antimperialista, latinoamericanista e internacionalista, está la concepción de patria que sustentó Martí y en la que nuestra Revolución ha basado sus relaciones internacionales.²² La patria no sólo para nosotros, como tampoco para el Apóstol, aquella limitada extensión de tierra en donde nos tocó nacer. Es más que eso: es comunidad de intereses y de cultura, de psicología y de sentimientos, «fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas»²³; y es la voluntad irrevocable de defenderla, que se expresa,

repetiendo al creador de «Abdala», en «el odio invencible a quien la oprime», en «el rencor eterno a quien la ataca.»²⁴

No vemos la patria como distinta y contrapuesta al mundo en que vivimos, sino como parte de él, unida indisolublemente a este en su lucha perenne por el progreso y la felicidad del hombre. Consideramos, con Martí, que «patria es humanidad»²⁵, y haciendo bueno su mandato la Revolución Cubana contribuye con su resistencia y con su lucha a que todos los pueblos de América y del mundo se sientan un poco más libres.

El arca de nuestra alianza

Aunque Martí no se planteó en su época —ya lo hemos dicho— hacer una revolución proletaria, en el concepto marxista del término, proclamó reiteradamente que la libertad debía alcanzarse en beneficio de los humildes, que la pluma y el talento debían ponerse al servicio de los desamparados.²⁶ Cuando el General Máximo Gómez, ante una masa de campesinos y obreros reunidos, exclamó: «Para estos trabajo yo», Martí hizo suya esa devoción y calificó a aquella gente humilde como «los creadores fuertes y sencillos que levantarán en el continente nuevo los pueblos de la abundancia común y de la libertad real: para desatar a América y desuncir al hombre.»²⁷ Proclamó, en fin, la revolución de los humildes y para los humildes. No constituyen sólo una bella imagen poética sino una profesión de fe, sus conocidos versos: «Con los pobres de la tierra / Quiero yo mi suerte echar.»²⁸

El Maestro tiene una fe total en los obreros, que son, según afirma, «los que hacen el mundo.»²⁹, «la avanzada de los hombres»³⁰. Aludiendo a los talleres proletarios,

sostiene que «...la tribuna de la verdad se mantendrá siempre, cuando todas las demás tribunas caigan por la fuerza y la fe de los hijos del trabajo...»³¹. Y a los obreros les plantea: «Todo hay que hacerlo después de la independencia; pero a mí no me dejarán vivir, a vosotros os tocará, como clase popular, como clase trabajadora, defender tenazmente las conquistas de la Revolución»³². Cuando elementos conservadores de la emigración rechazan los vínculos de la revolución con el proletariado y a este lo llaman turba, Martí les responde que esa «turba obrera» es «el arca de nuestra alianza, el tahalí ...donde se guarda la espada de Cuba...»³³

Con visión de futuro, Martí expresa de diversas maneras la idea capital de que aspira a construir una república de trabajadores. Sostenida sobre dos pilares —el trabajo de todos con sus propias manos y el pensamiento propio—³⁴, en esa república nadie tendrá derecho a lo que no trabaje³⁵, cada cual deberá vivir inexcusablemente de su propio sudor.³⁶ Y una idea rectora del pensamiento martiano, que nos recuerda el principio leninista de que «el que no trabaja no come», se expresa por el Maestro con estas palabras: «Ni indirectamente debe la sociedad humana alimentar a quien no trabaja directamente en ella.»³⁷

De ahí que, para Martí, «...en Cuba el primer afán de la libertad sería, al día siguiente del triunfo, salir a sembrar trabajadores»³⁸, y su concepción de república está determinada por el culto al trabajo y por la necesidad de defender la libertad conquistada. Por eso nos da esta definición: «¡República es el pueblo que tiene a la derecha la chaveta del trabajador, y a la izquierda el rifle de la libertad!»³⁹

Evidentemente, sólo una revolución socialista podía plasmar en la realidad esas ideas de Martí, aunque él no las emitiera expresamente en nombre del socialismo.

Ser culto es el único modo de ser libre

Obligación primera de la república martiana sería la formación del hombre sobre la base del conocimiento y de los más altos valores humanos. De ahí que la instrucción y la educación ocupen un sitio preferente en las preocupaciones del Maestro. Sus ideas profundamente revolucionarias en cuanto al concepto, los objetivos, el contenido y los métodos de la educación, en cuanto al papel y al lugar de la escuela y del maestro, mantienen absoluta vigencia, y constituyen hoy uno de los más sólidos pilares de la Revolución Cubana.

Con la educación nos esforzamos, como quería Martí, por «...depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido ...ponerlo a nivel de su tiempo», prepararlo para la vida⁴⁰; enseñarle a sacar los productos de la tierra y a vivir dignamente sobre ella.⁴¹

Pero no sólo hemos hecho nuestras, en teoría, las concepciones educacionales del Apóstol: las hemos materializado también en nuestro sistema nacional de enseñanza. Practicamos la educación integral —física y mental, material y moral—; nos guía el principio martiano de la vinculación del estudio con el trabajo. Hemos abolido el escolasticismo, y llevamos la enseñanza laica y científica, como la savia en los árboles, de la raíz al tope de nuestro sistema nacional de educación⁴². Con Martí, pensamos que «...de la enseñanza directa y científica en la escuela pública ... ha de salir el hombre nuevo...»⁴³

Partiendo del principio martiano de que todo hombre tiene el derecho de aprender y, después, el deber de enseñar lo que sabe a los demás,⁴⁴ nuestro pueblo, al llamado de la Revolución, erradicó en un solo año el analfabetismo heredado y dio a todos los alfabetizados la posibilidad de seguir estudiando, hasta llegar a las aulas universitarias. La educación ocupa un lugar preferente en el presupuesto de gastos de la nación.

Coincidiendo con la idea de que «ser culto es el único modo de ser libre»⁴⁵, se han llevado las instituciones culturales a todo el país, incluyendo los sitios más intrincados de las montañas; se le ha dado acceso a todo el pueblo a las más diversas manifestaciones de la cultura. Por más de tres décadas, el Estado suministró al pueblo cantidades incalculables de libros y publicaciones periódicas a precios asequibles, ofreciéndole por estas y otras vías —teatro, cine, pintura, etc.— las obras cumbres de la cultura cubana y universal. Proliferan las escuelas de arte en todas sus manifestaciones, así como las escuelas deportivas y otras instituciones de cultura. Pese a las dolorosas limitaciones impuestas por el período especial, hoy Cuba presenta el movimiento cultural más vigoroso de su historia.

Fe en el mejoramiento humano

Objetivo básico de la política educacional de la Revolución es el de formar a las nuevas generaciones en los más elevados principios ético-morales y fomentar en la sociedad la escala de valores en que se conjugan la ética martiana y la moral comunista. El aula, la tribuna y, principalmente la conducta cotidiana de los que cumplen las

funciones de educar y dirigir, constituyen vías imprescindibles para lograr los propósitos formadores que nos alientan.

Insistimos en que esos valores formativos, presentes en el magisterio de Martí, sólo pueden ser introducidos consecuentemente en la conducta del hombre común y corriente en una sociedad socialista.

Entre esos valores podemos citar:

- Rebeldía contra la injusticia, contra la tiranía y despotismo, contra la explotación y opresión de unos hombres por otros.
- Amor al trabajo y a los trabajadores, a los que fundan y construyen.
- Espíritu creador y pensamiento propio, frente a la imitación servil, a la adulonería y el oportunismo.
- Valentía, espíritu de lucha, intransigencia en defensa de los principios.
- Espíritu de cooperación, de solidaridad humana y de colectivismo, sin menoscabar el desarrollo de la personalidad propia frente a las conductas egoístas e individualistas, sin menoscabar el desarrollo de la personalidad propia.
- Cumplimiento del deber por encima de todo y el hábito de predicar con el ejemplo.
- Ejercicio de la razón frente al fanatismo y el dogma.
- Práctica de la honradez, la austeridad, la modestia y la sencillez, frente a la vanidad, el lujo, y los privilegios injustos.
- Lealtad al pueblo, a los compañeros, a los principios, a la patria y a la humanidad, frente a la traición, la hipocresía y el engaño.

·Sentimientos de respeto y trato igual para todos los hombres, frente al racismo, xenofobia, la intolerancia y cualquier otra forma de discriminación por motivo de raza, nacionalidades, sexo, edad, profesión u oficio.

·Respeto a las opiniones honestas, a los credos y sentimientos de los demás.

·Fe en el hombre, en el mejoramiento humano, en el futuro de la humanidad. Optimismo realista frente a las dificultades y reveses.

Al abordar estos problemas que atañen a la conciencia y a la conducta de la gente, no podemos soslayar que, con cierta frecuencia, chocamos con personas que tienen ciertos cargos o responsabilidades y cuyo comportamiento es ajeno a los principios éticos que guían el proceso de construcción de la nueva sociedad. Hay no pocos casos de burocratismo, indolencia, insensibilidad humana, deshonestidad, ostentación, prepotencia y otros males que no han podido erradicarse o evitarse. A esto se suman las conductas antisociales de un sector de la población.

De una parte, se trata de vicios heredados de la neocolonia, e incluso de la colonia, los cuales, en la situación de acoso permanente y de graves carencias materiales impuesta por nuestro cercano y poderoso enemigo imperialista, no sólo no se han eliminado, sino que han logrado contaminar a nuevas personas, incluyendo jóvenes. A estos fenómenos han contribuido grandemente, por otra parte, las concesiones que nos hemos visto precisados a hacer al capitalismo para salvar las principales conquistas de la Revolución y preservar nuestra identidad nacional, ante el cerco hostil que sufrimos tras el derrumbe del campo socialista y el reforzamiento del bloque norteamericano.

Las graves dificultades que se derivan de la guerra desatada contra nosotros por EE.UU., fueron previstas también por Martí. Con su habitual sagacidad política, él hacía todo lo posible por evitar la enemistad de ese país, partiendo de que, como vislumbró acertadamente, sin la simpatía del Norte, «...la independencia sería muy difícil de lograr, y muy difícil de mantener.»⁴⁶ De ahí su prisa por hacer de Cuba un pueblo libre antes de que Estados Unidos desarrollara toda su capacidad agresiva.

Desde luego que esa prudencia previsoras no lo llevó jamás a predicar la pasividad, y mucho menos el sometimiento. Con su propio ejemplo, nos enseñó que «no hay que acobardarse ante los peligros, sino conocerlos, y afrontarlos»⁴⁷, que «por el poder de erguirse se mide a los hombres»⁴⁸ que «pueblo que se somete, perece»⁴⁹, que «la libertad cuesta muy cara, y es necesario o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio.»⁵⁰

Fiel a esa ética revolucionaria, nuestro Héroe Nacional no se resignó a soportar en calma la continuidad del yugo español ni la posibilidad de absorción de Cuba por EE.UU. Considerando que la vía anexionista significaría la desaparición de la nación cubana, llamó al pueblo a arrosar todos los sacrificios, incluso los horrores de la guerra, argumentando que «el sacrificio oportuno es preferible a la aniquilación definitiva.»⁵¹ Y en la guerra se inmoló por la causa de la independencia, al grito redentor de «¡Independencia o muerte!»

Imbuido de esa ética martiana, avalada y fortalecida por los principios del marxismo-leninismo, nuestro pueblo resiste y lucha, con fe indestructible en la victoria, haciendo buena aquella decisión que su líder querido y acatado, Fidel Castro, expresó un día con estas palabras: «primero se hundirá la isla en el mar, antes que consintamos en ser esclavos de nadie.»⁵²

La revolución entera queremos

Hay otros aspectos importantes en que la Revolución Cubana retoma y materializa el pensamiento radical de Martí.

- 1ro. La concepción y el papel de la unidad revolucionaria, y su concreción en un solo partido, representativo de los intereses de la nación cubana de ayer y de hoy, respectivamente, con las diferencias lógicas de objetivos y épocas.
- 2do. El fomento de la riqueza pública, no privada, como único medio de asegurar la libertad en la patria y el decoro en el hombre⁵³. La nacionalización de la tierra y de los servicios públicos, la eliminación total del latifundismo y la defensa de la pequeña propiedad frente a los monopolios, diversificación de cultivos, revolución técnica en la agricultura.
- 3ro. La concepción de democracia y libertad, en oposición a las que sustentan las clases dominantes de EE.UU. Democracia y centralismo en el PRC y en el PCC.
- 4to. El problema racial. Identidad de concepciones sobre las razas humanas, la supuesta superioridad de unas sobre otras, la fusión de las razas, los prejuicios contra el negro en las propias filas revolucionarias, la solución definitiva del problema.
- 5to. La cultura artística y literaria. Deberes del artista y del literato. Arte y sociedad.
- 6to. La preparación militar del pueblo como necesidad de lucha contra el imperialismo y el militarismo.
- 7mo. Autonomía en la política, en el arte y la literatura, en el pensamiento y en el ejercicio de la administración del país.

- 8vo. La personalidad en la historia y en la literatura. Genios y héroes. El papel de las masas populares
- 9no. La violencia social.
- 10mo. La ciencia histórica. Concepto, fines. Metodología. La verdad histórica. El historicismo.
- 11no. La escala de valores que debe caracterizar al hombre nuevo y a la nueva sociedad.

En conclusión: la revolución martiana entronca con la revolución socialista, y se entrelaza con ella en sus aspectos fundamentales; en muchos casos hay una verdadera identificación entre ellas. Por su radicalismo, el proyecto frustrado de José Martí sólo podía ser reivindicado por una revolución socialista, y a su vez, esta sólo podía consolidarse, avanzar y derrotar a sus poderosos y tradicionales enemigos, si asumía el legado de nuestro Héroe Nacional.

Correspondió, pues, a lo que él calificó como sus «compañeros desconocidos» de «la historia de mañana», cumplir su cometido: «la creación en nuestra tierra de un pueblo feliz y libre.»⁵⁴

Notas

- ¹ Fidel y la religión. Conversaciones con Frei Betto. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1985, pp. 163-164.
- ² José Martí: Obras completas. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 3, p. 168.
- ³ *Ibidem*, t. 2, p. 185.
- ⁴ *Ibidem*, t. 3, pp. 304-305.
- ⁵ *Ibidem*, t. 9, p. 388.
- ⁶ *Ibidem*, t. 19, p. 160.
- ⁷ *Ibidem*, t. 5, p. 109.
- ⁸ *Ibidem*, t. 21, p. 120.
- ⁹ *Ibidem*, t. 13, p. 104.

- ¹⁰ *Ibidem*, t. 21, p. 107.
- ¹¹ *Ibidem*, p. 76.
- ¹² *Ibidem*, t. 2, p. 196.
- ¹³ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba: Mella. Documentos y artículos. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 269.
- ¹⁴ J. M.: o.c., t. 1, p. 348.
- ¹⁵ *Ibidem*, t. 2, p. 255.
- ¹⁶ *Ibidem*, t. 4, p. 325.
- ¹⁷ *Ibidem*, t. 2, p. 138.
- ¹⁸ *Ibidem*, t. 1, p. 169.
- ¹⁹ *Ibidem*, t. 4, p. 167.
- ²⁰ *Ibidem*, t. 8, p. 41.
- ²¹ *Ibidem*, t. 4, p. 413.
- ²² Véase en este libro el capítulo dedicado a la concepción martiana de patria.
- ²³ J. M.: o.c., t. 1, p. 93.
- ²⁴ *Ibidem*, t. 18, p. 19.
- ²⁵ *Ibidem*, t. 5, p. 468.
- ²⁶ *Ibidem*, t. 1, p. 212.
- ²⁷ *Ibidem*, t. 4, p. 450.
- ²⁸ *Ibidem*, t. 16, p. 67.
- ²⁹ *Ibidem*, t. 8, p. 285.
- ³⁰ *Ibidem*, t. 11, p. 302.
- ³¹ *Ibidem*, t. 4, p. 302.
- ³² *La Voz Obrera*, La Habana, 3 ago. 1906, p. 1.
- ³³ J. M.: o.c., t. 4, p. 278.
- ³⁴ *Ibidem*, p. 270.
- ³⁵ *Ibidem*, t. 19, p. 381.
- ³⁶ *Ibidem*, t. 28, p. 442.
- ³⁷ *Ibidem*, t. 8, p. 379.
- ³⁸ *Ibidem*, t. 1, p. 357.
- ³⁹ *Ibidem*, t. 5, p. 43.
- ⁴⁰ *Ibidem*, t. 8, p. 281.
- ⁴¹ *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, No. 8, año 1985, p. 15.
- ⁴² J. M.: o.c., t. 8, p. 278.
- ⁴³ *Ibidem*, t. 11, p. 275.
- ⁴⁴ *Ibidem*, t. 19, p. 375.
- ⁴⁵ *Ibidem*, t. 8, p. 289.
- ⁴⁶ *Ibidem*, t. 2, p. 86.
- ⁴⁷ *Ibidem*, t. 1, p. 261.

⁴⁸ *Ibidem*, pp. 355-356.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 452.

⁵⁰ *Ibidem*, t. 21, p. 108.

⁵¹ *Ibidem*, t. 1, p. 251.

⁵² Fidel Castro: *La historia me absolverá*. Edición anotada. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1993, p. 108.

⁵³ J. M.: o.c., t. 8, p. 27.

⁵⁴ *Ibidem*, t. 1, p. 303., cumplir su cometido: «la creación en nuestra tierra de un pueblo feliz y libre».

Rasgos del pensamiento democrático y revolucionario de José Martí

Sin la prédica luminosa de José Martí, sin el ejemplo vigoroso y la obra inmortal de Céspedes, Agramonte, Maceo y tantos hombres legendarios de las luchas pasadas; sin los extraordinarios descubrimientos científicos de Marx y Engels; sin la genial interpretación de Lenin y su portentosa hazaña histórica, no se habría concebido un 26 de julio (Fidel Castro: Discurso pronunciado el 26 de julio de 1973).

La extraordinaria personalidad de José Martí —el ideólogo y dirigente máximo de las luchas independentistas de nuestro pueblo en el siglo pasado— ha sido objeto de estudios cada vez más numerosos y profundos en muchos países. Es difícil encontrar hoy un idioma al que no se haya traducido alguna de sus obras, o un texto crítico que no haya hecho mención del Apóstol, o luchador revolucionario que no haya manejado algunas de las valiosas armas de su arsenal político e ideológico.

Al mismo tiempo, abundan los esfuerzos por ubicar su pensamiento dentro de tales o cuales posiciones políticas, filosóficas o estéticas. De ahí que estimemos conveniente precisar algunos aspectos de la vinculación del pensamiento de Martí con la democracia revolucionaria.

Desde luego que está muy lejos de nuestros propósitos el hacer comparaciones artificiales. Tomamos en cuenta que el concepto de democracia revolucionaria no puede circunscribirse a ciertas concepciones fijas, estáticas, propias exclusivamente de un lugar y un momento histórico determinados. A nuestro juicio, sería erróneo reservar el término de demócrata revolucionario solamente, por

ejemplo, para aquellos que sostienen la misma plataforma política e idénticas ideas filosóficas, estéticas, morales, etc., que los demócratas revolucionarios rusos del siglo XIX.

No. Se trata de un concepto histórico, que presenta sus particularidades a tono con las diferencias de lugar y de época, con las condiciones específicas dadas. O sea, que podemos considerar la existencia de etapas más o menos diferenciadas en el estudio de la democracia revolucionaria.

El pensamiento democrático-revolucionario es un producto natural en países donde el capitalismo pugna por imponerse venciendo trabas feudales, semif feudales —y a veces, como en Cuba, esclavistas—, o donde se dan las condiciones de atraso que caracterizan la explotación colonial o semicolonial; países en los cuales, por las propias condiciones en que se desarrollan las relaciones de producción burguesas, sus portadores no son capaces de luchar consecuentemente contra aquellas trabas, inclinándose más bien a la conciliación con las castas y clases que representan el viejo orden.

Entonces, suelen surgir representantes de las clases y capas inconformes con esa situación, los cuales, a la vez que luchan consecuentemente contra las relaciones de producción caducas, comprenden la incapacidad del capitalismo para dar solución adecuada a los problemas de las masas. Por ello buscan una vía —que casi siempre reconocen como el socialismo—, superando en muchos aspectos a los socialistas utópicos y aproximándose al marxismo, pero sin adoptar aún la ideología de la clase obrera.

Son, por ejemplo, abanderados de la revolución campesina en Rusia en la segunda mitad del siglo XIX, o bien

organizadores de la revolución anticolonial en Cuba y otros países asiáticos a fines de esa misma centuria y principios del siglo XX, o bien paladines de las revoluciones de liberación nacional en países del África actual, partidarios del desarrollo no capitalista, pero, como hemos dicho, sin estar ganados aún para el marxismo-leninismo.

Como en cada nueva etapa se plantean problemas nuevos, y los viejos problemas aún no resueltos se desarrollan en condiciones diferentes, se comprende que existan ciertas diferencias inevitables en la lucha concreta de la democracia revolucionaria de un tiempo y de otro. Por ejemplo, los que vivieron a mediados del siglo XIX no podían pronunciarse acerca del imperialismo —en la acepción moderna del término—, pues la última fase del capitalismo no se había iniciado todavía; pero este fenómeno sería abordado necesariamente por los que iban a actuar a fines de esa centuria y a lo largo de la siguiente.

No obstante esas obligadas diferencias, los demócratas revolucionarios asumen, por regla general, posiciones comunes ante los problemas políticos y sociales más importantes: lucha contra la opresión nacional, contra la explotación colonialista y por la independencia; lucha contra los regímenes autocráticos, contra las dictaduras sangrientas y por las libertades y derechos democráticos del pueblo; crítica del capitalismo, primero, y después, desde fines del siglo XIX, también del imperialismo; defensa de los intereses de las masas oprimidas —campesinos trabajadores, obreros, artesanos— y confianza en ellas. Todos ellos apelan a las vías revolucionarias, aunque con elementos más o menos acentuados de utopismo. Precisamente es esa comprensión de la necesidad de transformación revolucionaria de la sociedad, un rasgo esencial que los distingue de los socialistas utópicos.

En el terreno filosófico, la gama de similitudes es más reducida. Casi siempre explican sobre bases materialistas los fenómenos de la naturaleza y el proceso del conocimiento, y no faltan los que avanzan bastante por ese camino en el estudio de la sociedad; pero ninguno llega a asumir consecuentemente las posiciones del materialismo histórico.

A nuestro juicio, es dentro de ese amplio marco de diferencias evidentes y de posiciones comunes, en el que podemos relacionar el pensamiento de José Martí con las ideas de la democracia revolucionaria.

Anticolonialismo y patriotismo revolucionario

La condición de colonia en que vivía Cuba en el siglo pasado, molde ya insoportable para la nacionalidad cubana, hacía que la tarea principal de la nación fuera la de conquistar su independencia. Y este objetivo constituía, a su vez, un prerrequisito para acabar con las nefastas consecuencias de la esclavitud —no abolida hasta 1886—, para liquidar los rasgos feudales existentes en el campo cubano, eliminar los principales obstáculos que se oponían al desarrollo de las fuerzas productivas y construir una república verdaderamente democrática.

No cabe dudas de que fue José Martí quien interpretó más fiel y enteramente esas necesidades y aspiraciones de la sociedad cubana.

En esa batalla, él no representó los intereses ni las ideas de la burguesía criolla, ni siquiera los de su ala liberal. Si esta había desempeñado, en general, un papel progresista hasta mediados de la centuria decimonónica, perdió ese carácter en el transcurso de la guerra de 1868 a 1878

y, como clase, salvo excepciones individuales, se convirtió en una fuerza conservadora, objetivamente contrarrevolucionaria, en el período de preparación y desarrollo de la guerra de liberación de 1895-1898. Ya para entonces, buscaba la conciliación con España o iniciaba su largo y abyecto maridaje con los monopolios norteamericanos.

Martí, por el contrario, surgido de las capas medias de la sociedad, supo encarnar los intereses de los sectores más radicales de la misma y convertirse en el ideólogo, el organizador y el dirigente de todo nuestro pueblo en la lucha por su independencia plena, por su libertad y felicidad, por la justicia y el progreso social.

En este sentido, hay una indudable afinidad entre nuestro eximio líder independentista y los destacados demócratas revolucionarios que luchaban por la independencia de sus patrias respectivas, como Dombrowski en Polonia, Petófi en Hungría, Sun Yat Sen en China o aquellos que, desafiando la reacción zarista, defendieron la independencia de Polonia contra la opresión ejercida por su propia patria, la Rusia imperial.

Desde luego que la época en que cuajó la talla de líder de Martí y las condiciones político-sociales en que desarrolló su lucha, fueron factores que le permitieron radicalizar singularmente las concepciones anticoloniales existentes y sentar importantes premisas para hacer frente al imperialismo, destacándose como el genial conductor que convirtió esas justas y avanzadas ideas en una formidable fuerza material en la batalla por la independencia de su país.

Además, Martí no libra ese combate bajo la bandera del nacionalismo burgués, sino del patriotismo revolucionario. Comprende que la lucha del pueblo cubano no va dirigida contra los españoles en general, sino contra

los colonialistas. Trata de unir tras la causa de la independencia de Cuba incluso a los hijos de la Península que en nuestra tierra sufren, igual que los cubanos, la opresión y la explotación de la metrópoli. Para él, los oprimidos de todas las nacionalidades son hermanos en su lucha contra el yugo opresor.

Es la misma idea que lo conduce a condenar con toda energía las injusticias y afanes de conquista de las clases dominantes de los Estados Unidos, mientras expresa, a la vez, su alta estimación por el pueblo norteamericano y por sus representantes más legítimos. Recordemos aquella frase suya: «Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting.»¹

En su lucha perenne por la libertad, se manifiesta constantemente su espíritu internacionalista. Más que el representante de una colonia que combate por su liberación, es el abanderado de todo un mundo que pugna por sacudir el yugo colonial o semicolonial. Para él, «patria es humanidad»², y consecuente con esta concepción, alza su palabra de denuncia y combate contra las potencias colonialistas de su época, y expresa la solidaridad de los revolucionarios cubanos con los pueblos que pelean por su redención en cualquier rincón del planeta. La palabra martiana es, con la de Cuba, la palabra de nuestra América india y mestiza. Ella dice al mundo que aquí no peleamos por la libertad humana solamente, que peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.³

Es la palabra que condena a los colonialistas ingleses por tener «un tacón clavado en la boca de Irlanda y una rodilla metida en el corazón de los cipayos»⁴; que exalta la lucha prolongada y heroica de los anamitas o del pueblo avasallado de Cambodia; que recuerda a «aquella

Polonia insigne que tampoco ha rendido la bandera», «la Polonia conmovedora y heroica de 1832 y 1863»⁵; que rechaza la acción bandidesca de los Estados Unidos sobre Samoa y Hawai en 1889 y 1890; que alienta el espíritu de rebeldía de los pueblos árabes contra sus opresores; que desenmascara la falsedad de la llamada «misión civilizadora» del colonialismo.

Ningún combatiente por la independencia en el mundo representó mejor que Martí los anhelos y necesidades de su pueblo, ni tuvo, a la vez, un sentido más universal de su lucha.

Antimperialismo

Ahora bien, Martí no es sólo un consecuente luchador contra el viejo colonialismo. Coincide su acción liberadora con el período de nacimiento y despegue del imperialismo, y realiza la mayor parte de su actividad en los Estados Unidos, país donde ese fenómeno se desarrolla aceleradamente. Y aunque, por no dominar el materialismo histórico, carece del instrumento idóneo para comprender en toda su profundidad el incipiente fenómeno imperialista, cuenta con extraordinaria sensibilidad, aguda inteligencia y honestidad a toda prueba, cualidades que le permiten apreciar algunas características del imperialismo, denunciar los peligros que este supone y señalar vías adecuadas para enfrentarlo.

Pese a que el imperialismo no ha alcanzado aún su plenitud, Martí observa certeramente la concentración de la producción y del capital, que conduce a la formación de los monopolios, y denuncia claramente el papel de

estos; comprende el significado del capital sobrante —él usa los términos de «capital desocupado» y «capital ocioso»—; se refiere a la aparición de una oligarquía financiera —él habla de una «aristocracia pecuniaria»— y a la exportación de capitales, y enjuicia la pelea por el reparto del mundo entre potencias rivales. Rasgos que expondría Lenin décadas después, como resultado de un estudio más acabado y con absoluto rigor científico.

Martí ve en el imperialismo el peligro mayor para nuestra América, y particularmente para Cuba, y lucha activamente contra él, poniendo en guardia a los demás pueblos latinoamericanos. Aunque la guerra que organiza está dirigida contra el poder colonial de España, sabe que es mucho más temible el poderoso vecino agazapado al norte de la Isla, y advierte pocas horas antes de morir que todo cuanto ha hecho y hará tiene una finalidad esencial: «...impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América.»⁶

Creemos, pues, que es totalmente justo considerar a José Martí como el primer líder conscientemente antiimperialista de la independencia americana. Es más, su agudeza al apreciar el fenómeno imperialista, al comprender la naturaleza bárbara y explotadora del mismo; su cabal comprensión de la táctica correcta para la lucha contra el colonialismo y el imperialismo —en primer lugar, su temprana y genial concepción de un virtual frente popular de liberación nacional—, y el modo de llevar a la práctica sus ideas y tácticas, constituyen preciosas experiencias y enseñanzas para los luchadores contra la opresión y explotación imperialista, todavía en el mundo de hoy.

Pero solamente la categoría de luchador anticolonialista y antimperialista, con todo su extraordinario valor, no sería suficiente para permitirnos calificar el pensamiento de Martí como democrático y revolucionario. Sabemos que en las filas de los luchadores independentistas suele haber, como los hubo en nuestro país, elementos conservadores, e incluso reaccionarios, ajenos a los intereses y anhelos de las masas populares.

El caso de Martí es, desde luego, radicalmente distinto. Sus concepciones constituyen la fundamentación teórica de la revolución democrática, a la que se entrega totalmente con plena conciencia de que, como ha ocurrido en muchos casos que él conoce y cita, no basta con garantizar la independencia nacional para lograr con ello la democracia. «Independencia es una cosa, y revolución otra»⁷, afirma categóricamente, y advierte que la independencia sería más temible que deseable si diera paso a una nueva tiranía.⁸ En una ocasión le dice claramente a Carlos Baliño: «¿La revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la república.»⁹

O sea, que Martí no veía la independencia como un fin en sí, sino como un primer paso indispensable para erigir una república democrática, libre de toda la herencia reaccionaria, antipopular y burocrática de la colonia. Y en esa república, las masas serían el factor esencial.

Como Chernichevski, para quien el pueblo es el sujeto de la historia, Martí advierte desde muy temprano: «Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa sufridora, es el verdadero jefe de las revoluciones.»¹⁰ Y cuando comienza a organizar la insurrección afirma: «Del pueblo es la guerra,

y hay que ordenarla de modo que no defraude al pueblo.»¹¹ Está totalmente convencido, por la experiencia de la guerra anterior y por su espíritu genuinamente democrático, de que la revolución a que aspira jamás podrá lograrse si se le pretende conducir con métodos personalistas, sobre la base del caudillismo y el elitismo.

Por eso crea una organización, el Partido Revolucionario Cubano, en que se conjugan la disciplina indispensable a una empresa de tal envergadura, con la democracia que obliga a los dirigentes a pensar y actuar en función de los dirigidos. Es el primer partido político que se organiza para dirigir la lucha por la independencia nacional; un partido que aspira, según su fundador, a unir, «...en disciplina estrecha y democrática a la vez», a todos los que, sin distingos de razas, credos ni nacionalidades, están interesados en tener una patria libre.

Como ha expresado, en relación con ese partido, el jefe y guía de la Revolución Cubana, Fidel Castro, «...esta idea, que paralelamente desarrolló también Lenin para llevar a cabo la revolución socialista en el viejo imperio de los zares, es uno de los más admirables aportes de Martí al pensamiento político.»¹²

Martí explica que la importancia de las Bases y Estatutos del Partido radica fundamentalmente en el hecho de que el pueblo es el sustento de la organización. Y afirma que con ello procura «...desde la raíz salvar a Cuba de los peligros de la autoridad personal y de las disensiones en que, por la falta de la intervención popular y de los hábitos democráticos en su organización, cayeron las primeras repúblicas americanas.»¹³

46 Cuando se acerca la hora decisiva, observa en la dirección del movimiento a hombres que no comparten «la vasta humanidad y el ánimo republicano» de los principales jefes de la revolución; hombres cuyos intereses y ambiciones

pueden hacer necesarias nuevas guerras en la república. Y previendo esta posibilidad, le escribe a Fermín Valdés Domínguez, su hermano de estudios y de luchas: «Juntos, probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad, o en la pelea que con los justos y desdichados del mundo se ha de mantener contra los soberbios para asegurarla.»¹⁴

Porque, al igual que los demócratas revolucionarios de otros países y épocas, Martí tuvo una fe inquebrantable en las masas, en los humildes, en los trabajadores. Aunque, lógicamente, reclama la unidad más amplia y más sólida para su empeño liberador, y no obstante sus advertencias sobre el peligro que para esa unidad representaría el estallido de una guerra de clases, cuando funda el Partido va buscando su sustentación en los talleres de tabaquería. Está seguro de que, como afirma, «...la tribuna de la verdad se mantendrá siempre, cuando todas las demás tribunas caigan, por la fuerza y la fe de los hijos del trabajo.»¹⁵

Cuando funda el periódico *Patria*, vocero del Partido y de la revolución, cita los factores patrióticos que moverían su pluma, y destaca entre ellos, para que no haya duda, la fe en los humildes.

Es cierto que, como Belinski, solía mezclar los conceptos de clase obrera y masas oprimidas, sin llegar a comprender, como tampoco lo habían comprendido los demócratas revolucionarios de otras latitudes, la misión histórica del proletariado. Sin embargo, al contemplar la aguda lucha de clases que estalla en los Estados Unidos, pronostica: «Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores.»¹⁶ Y al hablar de la masa laboriosa que desde la miseria digna y el trabajo creador constituye el venero del torrente revolucionario,

se expresa de esta forma: «Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahalí ...donde se ha guardado la espada de Cuba...»¹⁷

Nada de extraño tiene, pues, que confíe a Carlos Baliño —obrero tabacalero, pionero del marxismo en nuestro país y fundador, junto con Martí, del Partido Revolucionario Cubano— una inquietud y un mandato que el propio Baliño dio a conocer con estas reveladoras palabras:

Hay miles de obreros aquí y en la emigración... que recibieron de labios del Maestro el encargo supremo de velar siempre para que no se conculcaran en Cuba los derechos populares. Cuando aquel paladín de la libertad, que a algunos no gustaba por sus tendencias socialistas, tenía como la visión profética de su martirio, solía decirnos a los obreros: «Todo hay que hacerlo después de la independencia. Pero a mí no me dejarán vivir. A vosotros os tocará, como clase popular, como clase trabajadora, defender tenazmente las conquistas de la revolución.»¹⁸

Lucha contra el racismo y por los derechos del negro

Uno de los rasgos que mejor caracterizan al ideario democrático y socialmente avanzado de Martí es su posición radical, totalmente correcta, en relación con la discriminación del negro. La esclavitud se abolió finalmente en Cuba, como hemos dicho, en 1886, pero la explotación y opresión brutales de la población negra, la bárbara discriminación a que se hallaba sometida, en lo económico, social, político, cultural, y las calumnias más infames

que sobre ella se descargaban, no desaparecieron con la abolición.

Es necesario señalar, además, que esa abyecta política de discriminación no era característica exclusiva de la camarilla colonialista española ni de las capas más aristocráticas y reaccionarias de la burguesía y los terratenientes cubanos, sino también de la burguesía liberal. Es más, los prejuicios antinegros se habían logrado inocular —como resultado de una continua labor de propaganda y educación que duró siglos— en las capas medias y hasta en sectores humildes de la población blanca.

En fin, en la sociedad de blancos cubanos se mezclaban, con respecto al negro, por aquella época, el menosprecio, la desconfianza, el miedo y otras manifestaciones discriminatorias. Y el dirigente político que, en esas condiciones, se atreviese a asumir la defensa de los derechos democráticos y humanos del negro, se exponía a perder su ascendencia sobre la población blanca del país.

Pues bien, Martí supo encarar ese difícilísimo problema, en todos sus aspectos, con absoluta justeza, aguda inteligencia y extraordinario valor.

Comprendió que, en un país donde las masas constituyen la tercera parte de la población y donde habían aportado decenas de miles de vidas en la lucha por su liberación social y por la emancipación nacional, no podía hablarse de integración de la nacionalidad cubana, ni aspirarse, con posibilidades de victoria, a una patria libre e independiente, sin que los negros se incorporaran junto a los blancos, con una plena igualdad de derechos, en los empeños liberadores. Y grande habría de ser su lucha contra los prejuicios raciales dentro de las propias filas independentistas.

Ahora bien, la vehemente defensa que hizo Martí de la igualdad plena de negros y blancos, no constituye sólo

la expresión de una táctica política acertada. Es igualmente el resultado natural del análisis científico que él hizo, y que lo llevó a expresar:

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre... Peca contra la Humanidad el que fomenta y propague la oposición y el odio de las razas.¹⁹

Sobre la base del análisis objetivo, considera un error sociológico el considerar inferior a un pueblo o raza por el hecho de que se encuentre en uno de los estadios inferiores de su desarrollo. Y rebate en el orden científico las teorías racistas del sociólogo francés Le Tourneau y de otros portadores de similares ideas oscurantistas y reaccionarias.

Con idéntico valor y justeza enfrentó Martí otro aspecto del mismo problema, lo que llamó «la cuestión toral»: la respuesta a la eterna pregunta sobre si él permitiría el matrimonio de su hija blanca con un hombre negro. Responde, de presentarse esa situación, él tendría la sensatez y el valor de afrontar el aislamiento social y de consentir en esa unión. Expresa que:

...el matrimonio no es un derecho de cada hombre sobre cada mujer, sino la unión voluntaria de dos seres de diverso sexo... De modo que cuando exista la mutua adhesión, la voluntad libre a la vez del blanco y la negra, de la negra y del blanco, existirá la condición esencial del matrimonio, y se hará en la ley, porque

ya está hecho en el (orden) del espíritu y en el (tribunal) de la naturaleza.²⁰

Estas ideas, en la Cuba colonial del siglo XIX, sólo podían ser concebidas por un marxista o por un representante del más genuino democratismo revolucionario.

Guerra de liberación y lucha de clases

Un aspecto muy discutido es la posición de Martí en lo que atañe a la violencia revolucionaria. Él, que predicó desde su infancia la violencia como vía de los pueblos subyugados para librarse del yugo opresor —recuérdese, por ejemplo, su poema «Abdala»—, demoró muchos años en comprender, sin embargo, la necesidad de la violencia revolucionaria para resolver las contradicciones sociales. Hasta mediados de los años ochenta se pronuncia a menudo por la conciliación de clases, y esa es una de las razones que lo impulsa a simpatizar con la Noble Orden de los Caballeros del Trabajo. Como Herzen, aspiraba a ganar, mediante la prédica, a ricos y pobres, a patronos y obreros.

En 1883, con motivo de la muerte de Carlos Marx, le critica únicamente que «anduvo demasiado de prisa» y que no le buscó «remedio blando al daño». No obstante, su artículo rebosa simpatía hacia el fundador del socialismo científico, de quien dijo que «estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos»; que «...no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos

de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien». Y señaló: «Como se puso al lado de los débiles, merece honor.»²¹

El contacto con las grandes batallas que se libraban en los Estados Unidos entre capitalistas y obreros, así como las experiencias que adquirió en la difícil tarea de organizar a los cubanos para la guerra necesaria —tarea en la que pudo comprobar muchas de las insondables diferencias de intereses, de comprensión y espíritu de lucha entre explotados y explotadores—, le ayudaron a comprender la necesidad de la violencia en determinadas condiciones.

Así, al analizar el criminal proceso seguido contra los ocho anarquistas de Chicago en 1886-1887, justifica que los trabajadores, cuando agoten el recurso pacífico, acudan al remedio violento.

Más tarde, al defender la idea correcta de que «...es lícito y honroso aborrecer la violencia, y predicar contra ella, mientras haya modo visible y racional de obtener sin violencia la justicia indispensable al bienestar del hombre», advierte justamente, sin embargo, que cuando no es posible lograr ese objetivo sin la fuerza, «...o es ciego el que sostiene, contra la verdad hirviente, el modo pacífico; o es desleal a su pueblo el que no lo ve, y se empeña en proclamarlo.»²²

Martí se burla del temor de los liberales a que de la revolución surja la anarquía, y dándonos un buen ejemplo de análisis dialéctico, proclama la necesidad del choque violento al definir la revolución como «...una forma de la evolución, que llega a ser indispensable en las horas de hostilidad esencial, para que en el choque súbito se depuren y acomoden en condiciones definitivas de vida los factores opuestos que se desenvuelven en común.»²³

Y aunque aspira a que en la patria nueva que ha de fundar se mantenga el equilibrio de clases, advierte que, de perdurar en ella las injusticias y desigualdades sociales, será necesario pelear de nuevo por la república como se peleó primero por la independencia.

Predecesor de los revolucionarios de hoy

Hemos tratado, aunque muy sintéticamente y en pequeño número, algunos tópicos importantes. De la misma manera, podríamos abordar otros aspectos del pensamiento de José Martí que muestran con igual vigor su carácter democrático y revolucionario. Son buenos ejemplos: sus elevados y radicales principios ético-morales; su condenación a muchas de las injusticias del régimen capitalista; su crítica del papel negativo desempeñado por las religiones y por sus más altas jerarquías; su justa censura al anarquismo, incluyendo una atinada valoración de la lucha política y del patriotismo revolucionario; su rechazo al liberalismo hipócrita; sus ideas avanzadas en relación con la educación y contra lo que hoy llamamos «colonialismo cultural»; la positiva evolución de sus ideas acerca de la propiedad privada de la tierra, las aguas y de los servicios públicos; su concepción revolucionaria de la cultura, y en particular de la literatura y el arte; sus geniales métodos de razonamiento dialéctico; sus simpatías hacia los socialistas de Estados Unidos y su alta estimación por Carlos Baliño; su adhesión al núcleo materialista de la teoría de Darwin sobre el origen de las especies; su defensa de los decembristas y de los demócratas revolucionarios rusos, así como su condenación reiterada de la autocracia zarista, incluyendo sus referencias

críticas a la reforma campesina de 1860. Y las coincidencias se extienden igualmente a otras esferas.

No es casual, pues, que lo medular del ideario martiano permaneciera totalmente olvidado durante casi sesenta años por los gobernantes de la república neocolonial, sometida por entero al imperialismo norteamericano y a la oligarquía burgués—latifundista. Ni es casual que, pese a la frustración del sueño martiano, la estatura del ilustre prócer se agigantara con el decursar de los años en el respeto y el cariño de su pueblo.

Es que las radicales ideas de Martí, sin llegar, como hemos repetido, a las posiciones del marxismo, se oponían diametralmente a las concepciones e intereses de las minorías explotadoras y significaban la más severa condenación de nuestra sociedad neocolonial —antítesis de la república martiana—, mientras por otro lado, constituían un magnífico abono para que en esta tierra isleña germinara y fructificara la semilla de la revolución.

En el pensamiento de José Martí se inspiró el destacado intelectual cubano Diego Vicente Tejera para crear, todavía en 1899, el Partido Socialista de Cuba, de carácter evidentemente utopista, pero con un programa popular, democrático, e inspirado en la comprensión de que el proletariado necesitaba un partido propio, independiente, un partido de clase.

Del pensamiento de Martí tomó Carlos Baliño su contenido profundamente democrático, el que fusionó de modo natural con las grandes ideas del socialismo científico para fundar las primeras organizaciones marxistas de nuestro país a partir de 1903, y para sostener hasta su muerte la causa de la clase obrera y el pueblo.

En el pensamiento de Martí se inspiraron Julio Antonio Mella y aquellos jóvenes que, al comenzar los años veinte, protagonizaron, junto al movimiento obrero

organizado, el despertar de la conciencia democrática y antimperialista de nuestro pueblo.

En el pensamiento radical de nuestro Héroe Nacional se basó el primer Partido Comunista de Cuba para expresar el mismo día de su fundación, el 16 de agosto de 1925: «Con la enseñanza de Lenin, haremos una realidad el postulado ideológico de Martí adaptado al momento histórico: Con todos y para el bien de todos.»²⁴ Y fundiendo en un solo objetivo las ideas patrióticas con las internacionalistas, la aspiración a la independencia nacional plena con el anhelo de emancipación social de todos los oprimidos y explotados, pelearon y cayeron a partir de entonces miles de revolucionarios cubanos.

E inspirados en el ejemplo de rebeldía sin mengua de José Martí, en su ideario de libertad y de justicia, iniciaron los héroes y mártires de la epopeya del 26 de julio de 1953, bajo la guía suprema de Fidel Castro, la última etapa de luchas por nuestra total y definitiva emancipación. Con toda razón, ante una pregunta del tribunal que lo juzgaba, pudo contestar certeramente Fidel que el autor intelectual del asalto al Moncada había sido José Martí.

La grandeza y las enseñanzas sublimes de Martí están así presentes en el primer programa de la Revolución Cubana en su última etapa: el de *La historia me absolverá*. Su nombre glorioso encabeza documentos trascendentales de la Revolución, como las dos Declaraciones de La Habana y nuestra Constitución socialista. Y su espíritu está presente en cada una de las medidas y leyes revolucionarias, en el aliento de los que combaten, en la razón de los que han caído, en toda la obra de una revolución que ha cumplido por primera vez y definitivamente su mandato.

Por todo ello, podemos afirmar que si los demócratas revolucionarios rusos fueron, como acertadamente se ha

dicho, los predecesores de la socialdemocracia revolucionaria en la patria de Lenin, nosotros, con orgullo sano de martianos y de marxistas, podemos considerar a José Martí, gracias a su talla cimera de líder independentista y antimperialista y a su pensamiento democrático y revolucionario, como predecesor de los combatientes más heroicos y avanzados de nuestra historia republicana, como predecesor, incluso, de los marxista-leninistas cubanos.

Notas

- ¹ José Martí: *O.C.*, t. 1, p. 237.
- ² *Ibidem*, t. 5, p. 468.
- ³ *Ibidem*, p. 375.
- ⁴ *Ibidem*, t. 12, p. 260.
- ⁵ *Ibidem*, t. 4, p. 401.
- ⁶ *Ibidem*, p. 167.
- ⁷ *Ibidem*, t. 2, p. 196.
- ⁸ *Ibidem*, t. 1, p. 355.
- ⁹ Instituto de Historia del movimiento Socialista y de la Revolución Socialista de Cuba: *Mella. Documentos y artículos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 269.
- ¹⁰ J.M.: *O.C.*, t. 21, p. 347.
- ¹¹ J.M.: *O.C.*, t. 1, p. 347.
- ¹² Primer Congreso del PCC. *Informe central*. DOR del CC-PCC, La Habana, 1975, p. 9.
- ¹³ J.M.: *O.C.*, t. 1, p. 458.
- ¹⁴ *Ibidem*, t. 4, p. 325.
- ¹⁵ *Ibidem*, p. 302.
- ¹⁶ *Ibidem*, t. 9, p. 278.
- ¹⁷ *Ibidem*, t. 4, p. 278.
- ¹⁸ *La Voz Obrera*, La Habana, 5 de agosto de 1906, p. 1.
- ¹⁹ J.M.: *O.C.*, t. 6, p. 22.
- ²⁰ «Para las escenas». En *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, No. 1, año 1978, pp. 33-34.
- ²¹ J.M.: *O.C.*, t. 9, p. 388.
- ²² *Ibidem*, t. 2, p. 215.
- ²³ *Ibidem*, t. 4, p. 229.
- ²⁴ *Lucha de clases*, La Habana, 16 de agosto de 1925, p. 3.

José Martí en la muerte de Carlos Marx

Cuando el 14 de marzo de 1883 dejó de latir el corazón de Carlos Marx, la humanidad perdió a quien fuera calificado por su entrañable amigo y colaborador Federico Engels como el líder y el pensador más grande de su época. En su caso podía repetirse con toda razón aquella afirmación de Epicuro que el mismo Marx solía recordar: «La muerte no es una desgracia para el que se va, sino para el que sobrevive.»¹

Ciertamente, el proletariado mundial advirtió que la muerte de Marx representaba una pérdida irreparable, y lo expresó en múltiples y espontáneas manifestaciones de duelo que conmovieron a muchos países y englobaron no sólo a los más diversos sectores obreros, sino también a eminentes personalidades progresistas de diferentes ideologías y capas sociales.²

No constituyeron una excepción los obreros e intelectuales cubanos más avanzados de la época, sobre todo los emigrantes revolucionarios que residían en Estados Unidos. En este país, el acelerado desarrollo económico, social y político, y en primer lugar, la agudización de la

batalla de clases, ofrecían ancho campo a la divulgación de las diversas ideas que se debatían en el mundo.

Entre esos emigrados revolucionarios cubanos se destacaba ya José Martí. Aunque apenas llevaba tres años en Estados Unidos, y debemos pensar, por tanto, que no podía dominar aún las contradicciones de esa sociedad ni las disímiles concepciones en lucha, se percató en seguida de la gran trascendencia que tenía la muerte del fundador de la I Internacional.

Es evidente que Martí no conocía entonces aspectos esenciales de la doctrina marxista. Hasta un hombre como Henry George, ducho en las batallas sociales y activo lidiador en el campo de la ideología, se vio precisado a confesar en aquellos angustiosos días de 1883: «Nunca tuve la suerte de conocer a Carlos Marx en persona, ni he podido leer sus obras traducidas al inglés. Por consiguiente, no estoy apto para hablar con precisión de sus puntos de vista.»³

Pensamos, pues, que Martí obtuvo los conocimientos básicos acerca del gigante de Tréveris, principalmente, de las referencias que le llegaron a través de amigos norteamericanos y de la lectura de la prensa obrera y progresista de Estados Unidos.

Inapreciables fueron, desde luego, las enjundiosas informaciones periodísticas que siguieron al 14 de marzo de 1883 y los pronunciamientos hechos por los trabajadores y sus líderes en uno de los homenajes más importantes que se le rindieron a Marx en todo el mundo por esos días: el que tuvo como escenario el gran salón del Sindicato de Toneleros de Nueva York.

El acto fue promovido por el Sindicato Central Obrero de esa ciudad, la mayoría de cuyos líderes eran socialistas, y se celebró el 20 de marzo del citado año, seis días

después de la muerte de Marx. Según informó el *Sun*, de Nueva York, el 21 del propio mes, la concurrencia fue tan nutrida que la sala se colmó enseguida y millares de obreros se quedaron sin poder entrar. El público estaba compuesto por miembros de todos los gremios, trabajadores de diversas nacionalidades, personalidades relevantes e, incluso, una fuerte representación de mujeres.

Afirma Philip S. Foner que Martí estuvo presente en ese acto, y todo parece indicar que fue así. De otro modo le hubiera sido muy difícil describir tan admirablemente el mitin en la crónica que redactó el 29 de marzo de ese año y que fue publicada por *La Nación*, de Buenos Aires, los días 13 y 16 de mayo.

En nuestra opinión, lo sobresaliente y más admirable de esa crónica es que, a través de ella, nuestro insigne prócer demuestra que, por encima de su rechazo a los métodos violentos en la solución de los problemas sociales, él estimó la esencia humana y revolucionaria del genial dirigente del proletariado mundial. Pese a todas las tergiversaciones y mentiras que se lanzaban sobre Marx y su doctrina; pese a que Marx fue, como sostiene Engels, «el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo»⁴, Martí manifiesta su sincera simpatía por él en un juicio pleno de elevación y de hermosura. Le dedica frases como estas:

Ved esta gran sala; Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor... Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta,

enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos.

Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos... Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. El veía en todo, lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha.⁵

Este juicio es tajante, definitivo.

Coincidencia significativa es que Martí, al referirse en su crónica a una serie de personalidades del mundo del trabajo que intervinieron en el acto del 20 de marzo rindiendo honores a Carlos Marx, trata con simpatía a los que se mostraron como amigos sinceros o seguidores fieles de Marx, mientras habla con visible hostilidad de quienes, en su acción cotidiana, fueron enemigos del marxismo.

Así, al nombrar a John Swinton —periodista destacado, activo defensor de la clase obrera y admirador de Marx—, lo califica como un «anciano a quien las injusticias enardecen»; transcribe como «una cosa bella» las palabras de Teodoro Millot, encuadernador francés que había sido secretario de una sección de la Internacional en Estados Unidos; presenta como «economista nuevo, amigo de los que padecen, amado por el pueblo»⁶ a Henry George, quien envió un hermoso y cálido mensaje en honor a la memoria de Marx, en el que decía: «ninguna diferencia de opinión puede disminuir el aprecio que siento

por el hombre que con tanta determinación, con tanta paciencia y con tanta abnegación trabajó por la liberación de los oprimidos y por el encumbramiento de los juzgados.»⁷

Destacó igualmente Martí estas hermosas ideas expresadas por Magure⁸: «Regocija ver juntos, ya sin odios, a tantos hombres de todos los pueblos. Todos los trabajadores de la tierra pertenecen ya a una sola nación, y no se querellan entre sí, sino todos juntos contra los que los oprimen.»⁹

En cambio, Martí se expresó con acritud sobre John Most, llamándolo «...voceador insistente y poco amable, encendedor de hogueras, que no lleva en la mano diestra el bálsamo que ha de curar las heridas que abra su mano siniestra.»¹⁰

Este John Most había sido socialista, pero se convirtió en anarquista y fue expulsado en 1880 del Partido Socialdemócrata Alemán. Vino a Estados Unidos, donde llegó a ser el principal líder ácrata del país. Sus palabras en el acto del 20 de marzo provocaron la protesta del prestigioso dirigente obrero socialista Phillipp van Patten, quien dirigió una carta a Engels informándole de «la estúpida y malintencionada cháchara de Most...»¹¹ En su respuesta, Engels afirma que «el anarquismo y el marxismo no tienen nada en común.»¹²

En fin, los juicios expresados sutilmente por Martí acerca de los oradores del 20 de marzo, no se hallaban mal encaminados.

Ahora bien, ¿cuáles son las diferencias, los elementos que en la prédica de Carlos Marx suscitan la crítica franca de Martí?

Le reprocha que anduvo «de prisa, y un tanto en la sombra»; y le critica básicamente la tesis de que a la violencia reaccionaria de las clases explotadoras hay que

oponer la violencia revolucionaria de los explotados y oprimidos.

En aquellos años —primera mitad de la década de los 80—, Martí rechaza firmemente la violencia en la lucha de clases. Y aunque en cierta medida la justifica en los países de Europa a causa, entre otros factores, de «la esclavitud prolongada y el despotismo de las monarquías», niega su necesidad en la sociedad norteamericana, donde cree entonces posible la solución de las contradicciones sociales mediante la lucha electoral por los medios legales.

Por eso afirma que «...no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño». Como a Marx, a Martí le espanta «la tarea de echar a los hombres sobre los hombres», le indigna «el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros». «Mas se ha de hallar salida a la indignación —sostiene—, de modo que la bestia cese, sin que se desborde, y espante». Y agrega que Marx «...anduvo de prisa y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa.»¹³

Posiblemente Martí reacciona de esta manera como una respuesta a los métodos de terror indiscriminado de los anarquistas, que ya critica abiertamente, e influenciado por la prédica pacifista de los líderes principales de los Caballeros del Trabajo. Además, todavía no se ha percatado del gran engaño de la democracia burguesa. De todas formas, por una razón o por otra, tiene una divisa: «la conquista del porvenir ha de hacerse con las manos blancas.»¹⁴

Sin embargo, el conocimiento más profundo de la sociedad capitalista en Estados Unidos producirá cambios importantes en su concepción sobre la ilegitimidad de la violencia.

Así, pasado poco más de un año de la crónica sobre la muerte de Marx, enjuicia Martí el nefasto papel de los monopolios en la vida económica de Estados Unidos, su aplastante poderío, que crece a costa del empobrecimiento de los obreros, la ruina de las empresas débiles y el desastre de la nación, y concluye que este problema «...es uno de aquellos graves y sombríos que acaso en paz no puedan decidirse.»¹⁵

En ese camino de radicalización, hay un hecho que ejercerá gran influencia, realmente decisiva, en el pensamiento de Martí: la agudización de las luchas sociales en Estados Unidos y, muy particularmente, el célebre proceso de los ocho obreros anarquistas de Chicago entre 1886 y 1887. Paso a paso, rectificando sus criterios iniciales y a medida que va comprendiendo la magnitud del crimen que se urde, Martí se siente identificado con las luchas obreras y sienta en el banquillo de los acusados a los tribunales norteamericanos, a los partidos de la burguesía, a los cuerpos legislativos, a todas las instituciones del Estado y al propio sistema del sufragio universal, e incluso llega a justificar la utilización de la violencia para resolver los males sociales. En su crónica del 13 de noviembre de 1887, observa: «Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento.»¹⁶

Este proceso evolutivo de Martí relega a un plano cada vez menos importante los reparos que hizo en 1883 a la vía revolucionaria predicada por Carlos Marx y realza considerablemente el valor de sus apreciaciones elogiosas sobre «aquel alemán de alma sedosa y mano férrea».¹⁷

O sea, la contradicción que aflora en aquella crónica de Martí entre su crítica de la necesidad de la violencia

social, por una parte, y su adhesión perenne a la causa de los trabajadores, de los oprimidos y explotados, por la otra, se va resolviendo a favor de esta afinidad esencial.

Algunas expresiones posteriores de Martí en relación con el socialismo y con el propio Marx, no contradicen en absoluto esa tendencia. Veamos algunos ejemplos.

El 9 de enero de 1890, refiriéndose a las ideas sustentadas por una nueva federación de obreros que «es toda de norteamericanos socialistas» y por un filantrópico constructor de vías férreas, el también norteamericano Collis Potter Huntington, apunta Martí: «Lo que queremos, dicen, es resolver nuestros problemas con remedios nuestros. Cada pueblo se cura conforme a su naturaleza... Ni Saint-Simon, ni Karl-Marx, ni Marlo, ni Bacunin. Las reformas, que nos vengán al cuerpo.»¹⁸

Estas palabras dejan ver tanto el acertado historicismo del Apóstol, como su incompreensión del carácter dialéctico y universal del marxismo. Harto conocido es hoy el principio de que el marxismo no es un dogma, sino una guía para la acción. También sabemos que los clásicos del marxismo repetían con frecuencia aquel atinado pensamiento de Goethe: «Gris es, ¡oh, amigo!, toda teoría; verde y jugoso el árbol de la vida.»¹⁹ Marx y Engels, al referirse a los principios generales expuestos en el *Manifiesto del Partido Comunista*, dijeron en el prefacio a la edición alemana de este libro en 1872: «El mismo manifiesto explica que la aplicación práctica de estos principios dependerá siempre en todas partes de las circunstancias históricas existentes...»²⁰

Pero casi siempre juzgamos una teoría por la aplicación que de ella hacen sus representantes más cercanos a nosotros. Y los portavoces del socialismo marxista en Estados Unidos en las décadas finales del siglo XIX, cuyas

prédicas pudieron llegar a Martí, no habían sabido ajustar sus ideas a la realidad norteamericana. Marx y Engels los recriminaron por haber convertido al marxismo en un dogma, en un símbolo de fe, en una «ortodoxia fosilizada»; por no haber sabido aplicarla creadoramente al poderoso movimiento obrero de masas que marchaba a su lado.

De modo que la teoría marxista, si bien no era desconocida en lo fundamental por José Martí, le había llegado al menos de manera fragmentaria y hasta cierto punto deformada. Razones tuvo, pues, para referirse una vez a ella como «el dogma socialista», sin comprender su esencia viva, creadora, revolucionaria.²¹

Otro obstáculo que se alzaba en el camino de la comprensión del marxismo —y no sólo para Martí!—, era el de las malas traducciones que solían hacerse del alemán al inglés. Tanto fue así, que el mismo Marx recomendó que cuando se fuera a hacer traducciones a este último idioma, no se partiera de textos en alemán sino en francés: aunque la traducción fuera doble, la tarea sería más fácil y habría menos posibilidades de cometer errores.

Es curioso saber que también Martí hizo mención, en una oportunidad, al peligro de las malas traducciones de textos socialistas. Así, en carta de mayo de 1894 a Fermín Valdés Domínguez le dice: «Dos peligros tiene la idea socialista, como tantas otras: el de las lecturas extranjerizas, confusas e incompletas, —y la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para levantarse en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados.»²²

Es decir, Martí ve dos peligros en las ideas socialistas: las lecturas confusas e incompletas de textos extranjeros y la utilización de dichas ideas por los demagogos para

encumbrarse sobre las masas trabajadoras. ¡Y a fe que esos peligros han costado mucho a los movimientos revolucionarios en todas las épocas!

Hasta aquí hemos tratado de explicar algunas de las razones que tenemos para afirmar que, en los años que siguieron a la muerte de Marx, el pensamiento de Martí se hizo más radical y sus concepciones se fueron acercando a las que defendió el creador del socialismo científico. Esto es así incluso en relación con la violencia revolucionaria.

Que su rechazo inicial a los métodos de fuerza contra la opresión social fue un problema de incompreensión y no de sensibilidad pacifista, lo demuestra en primer lugar el hecho de que dedicó casi dos lustros a preparar la «guerra necesaria» para la independencia de Cuba.

Pero no se trata sólo de esta rebeldía contra la opresión extranjera. Desde 1892 observó Martí que, dentro del propio movimiento insurreccional, hay sectores que se desvían del programa y los fines de la revolución, y se dispone a impedir que esos sectores se adueñen del movimiento.

En carta a Francisco María González le expresa su temor y lo previene: «...urge impedir que la guerra caiga bajo la guía de los que perviertan su espíritu o después de ella hagan otras guerras necesarias.»²³

Concretamente en relación con el problema social, también prevé la necesidad de nuevas guerras después que termine la independencia. En un artículo en *Patria* el 14 de marzo de 1893, aunque cuida de que no se frustre la guerra a causa de la batalla de clases, advierte con toda claridad: «Moriremos por la libertad verdadera; no por la libertad que sirve de pretexto para mantener a unos hombres en el goce excesivo, y a otros en el dolor innecesario.

*Se morirá por la república después, si es preciso, como se morirá por la independencia primero.»*²⁴

Y por último, reafirmando una vez más que su suerte está echada con los pobres de la tierra, dice a Fermín Valdés Domínguez el 24 de febrero de 1894: «Y juntos, probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad, o en la pelea que con los justos y desdichados del mundo se ha de mantener contra los soberbios para asegurarla.»²⁵

Esta evolución de José Martí hacia el reconocimiento de que puede ser necesaria una guerra de carácter social en la república, es consecuente con la línea de conducta seguida por él. Recuérdese que, a los nueve años de edad, al ver el castigo feroz de un negro esclavo, se juró dar su sangre para acabar con la esclavitud; que a los 17 años, sufriendo el tratamiento salvaje del presidio político en las canteras de San Lázaro, sus amigos del alma son trabajadores también condenados por causas políticas, niños y negros entre ellos; que en México libra hermosas batallas junto al proletariado, por lo que lo eligen delegado al primer Congreso Obrero de ese país e incluyen su nombre entre los «...jóvenes de provecho que sienten por la clase obrera, que por ella trabajan, que en la prensa o en la tribuna defienden sus derechos, que son, en fin, obreros del porvenir.»²⁶

Se trata de una simpatía activa que se profundiza de tal modo desde que nuestro insigne emigrado pisó tierra norteamericana, que denunciará ante los pueblos latinoamericanos las inhumanas condiciones de vida y de trabajo que sufren los obreros de Estados Unidos y proclamará lo justo de sus demandas y de sus luchas; que se convertirá hacia 1887 en un defensor firme y decidido de los que pasarían a la historia como los Mártires de Chicago;

que batirá lanzas a favor del Partido Obrero en Estados Unidos; que irá junto a las masas proletarias de Tampa y Cayo Hueso a redactar las Bases y Estatutos del Partido Revolucionario Cubano, el partido de la independencia, y que tendrá en esas masas el sostén decisivo de su lucha.

Es totalmente lógico que el hombre que, sin ser marxista, tuvo el más elevado concepto de Carlos Marx; el que denunciara con palabras encendidas las grandes lacras de la sociedad capitalista en Norteamérica y alertara a todo el continente con admirable previsión sobre la amenaza del imperialismo norteamericano; el combatiente irreductible contra la opresión y el despotismo, se convirtiera en el guía espiritual de todas las luchas revolucionarias, democráticas y antimperialistas de nuestro pueblo, en el autor intelectual del ataque al cuartel «Moncada», en el inspirador de la colosal obra de la Revolución Cubana.

Notas

- ¹ Citado por Federico Engels en carta del 15 de marzo de 1883 a Friedrich A. Sorge. En: *Carlos Marx y Federico Engels. Correspondencia*. Ediciones de Cultura Popular, México, 1977, p. 523.
- ² Un excepcional aporte al estudio de la repercusión de la muerte de Marx, puede hallarse en el libro de Philip Foner: *Cuando Carlos Marx murió*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- ³ Philip Foner, op. cit., p. 110.
- ⁴ Del discurso pronunciado por Federico Engels ante la tumba de Carlos Marx el 17 de marzo de 1883. En: *Carlos Marx y Federico Engels: Obras escogidas* en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1974, t. III, p. 172.
- ⁵ José Martí: O.C., t. 9, p. 388.
- ⁶ *Ibidem*, p. 389.
- ⁷ Philip Foner, op. cit., p. 110.
- ⁸ Lo más probable es que el nombre de Magure esté equivocado, y que Martí se refiera a Peter J. Mc Guire, dirigente del Partido Obrero Socialista y fundador de la Hermandad de Carpinteros y Ebanistas. No hemos encontrado el apellido Magure en ninguna de las informaciones perio-

dísticas sobre aquel acto ni sobre otras actividades obreras. En cambio, aparece muchas veces el nombre de Mc Guire, quien fue uno de los oradores del 20 de marzo y habló sobre el mismo tema al que se refiere Martí: el internacionalismo proletario. Pensamos que se trata de un error auditivo: creyó oír Magure, en vez de Mc Guire.

- ⁹ J.M.: O.C., t. 9, p. 389.
- ¹⁰ *Idem*.
- ¹¹ Carlos Marx y Federico Engels, op. cit., p. 527.
- ¹² *Ibidem*, pp. 525-527.
- ¹³ J.M.: O.C., t. 9, p. 388.
- ¹⁴ *Ibidem*, p. 387.
- ¹⁵ *Ibidem*, t. 10, p. 85.
- ¹⁶ *Ibidem*, t. 11, p. 337.
- ¹⁷ *Ibidem*, t. 13, p. 245.
- ¹⁸ *Ibidem*, t. 12, p. 378.
- ¹⁹ Citado por F. V. Konstantinov en: *Los fundamentos de la filosofía marxista*. Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, sf, p. 106.
- ²⁰ Carlos Marx y Federico Engels: «Manifiesto del Partido Comunista». En: *Obras escogidas*, op. cit., t. 1, p. 100.
- ²¹ J.M.: O.C., t. 11, p. 318.
- ²² *Ibidem*, t. 3, p. 168.
- ²³ *Ibidem*, t. 1, p. 348.
- ²⁴ *Ibidem*, t. 2, p. 255. (El subrayado es mío.)
- ²⁵ *Ibidem*, t. 4, p. 325.
- ²⁶ Periódico *El Socialista*, Ciudad de México, 5 de marzo de 1876, p. 2.

José Martí y la cultura cubana, Algunas reflexiones conceptuales

En estos tiempos, cuando en el quehacer de nuestra patria concedemos a la cultura una significación más trascendente que nunca antes, cuando la cultura está en el centro de las grandes y decisivas batallas que libra nuestro pueblo en defensa de su identidad nacional, de su existencia como nación, nos parece oportuno reflexionar sobre algunas ideas esenciales de aquel eximio prócer para quien «ser culto es el único modo de ser libre».¹

Permítasenos aclarar, ante todo, que cuando hablamos de cultura, la entendemos en su sentido más integral. No la limitamos en modo alguno a la literatura y el arte —ambos de trascendental importancia, desde luego—, sino que la tomamos en su acepción más abarcadora: el proceso infinito de transformación del mundo por la mano y la mente del hombre, incluyendo la transformación del hombre mismo.

Es decir, concebimos la cultura como toda la obra de creación humana, tanto material como espiritual; obra que, además de la creación artística y literaria, comprende también la acción creadora de la ciencia, la técnica, la historia, la política, la economía, la religión y todos los demás campos del quehacer humano.

José Martí, alma de la nación cubana, fue uno de los más destacados forjadores de nuestra cultura nacional. Lo fue, de una parte, por su propia obra cultural. En sus poemas, discursos, cartas, artículos y crónicas periodísticas, en su labor como crítico de arte y literatura, en su actividad político-revolucionaria (ideológica y organizativa), en su magisterio permanente, en todas las manifestaciones de la cultura, sobresalen su creatividad, originalidad y fuerza.

Intelectuales y artistas eminentes de muchos países—no sólo de Cuba—, han reconocido los aportes de nuestro Héroe Nacional a la cultura cubana, latinoamericana y universal. Domingo Faustino Sarmiento, el ilustre literato y pedagogo argentino, declaró con orgullo que la prensa de su país era la más adelantada de América del Sur, y una de las primeras del mundo, por contar con colaboradores como Flammarión, Castelar, Pérez Galdós y José Martí. Y agregó: «en español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí.»²

Rubén Darío, el inmortal bardo nicaragüense, se refirió al Apóstol con estas palabras: «Escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o América». Y en otra ocasión: «Aquel cerebro cósmico, aquella vasta alma, aquel concentrado y humano universo, lo tuvo todo: la acción y el ensueño, el ideal y la vida, una épica muerte, y en América, una segura inmortalidad.»³

Juan Ramón Jiménez, el exquisito poeta español, expresó: «Darío le debía mucho (a Martí), Unamuno, bastante; y España y la América española le debieron, en gran parte, la entrada poética de Estados Unidos.»⁴

El escultor uruguayo Barbieri se solazaba leyendo a Martí, cuya obra exaltó de esta manera: «Este hombre

esculpe y pinta a la vez. ¡Qué síntesis! Porque, además, su verso es una orquesta. Yo escucho una música ideal detrás de sus palabras».⁵

Sería ilimitado el número de citas similares (de Miguel de Unamuno, Gabriela Mistral, Federico de Onís, Amado Nervo, Pedro Henríquez Ureña, Charles Dana, Andrés Brou, Baldomero Sanín Cano, Carlos Sabat Ercasty, Ezequiel Martínez Estrada, etc. etc). Pero sólo añadiré, por último, la apreciación del afamado escritor y profesor hispano Guillermo Díaz Plaja, para quién Martí es el prosista más enérgico que ha tenido América.

En realidad, agregamos nosotros, no hay quien haya hecho una contribución tan diversa y medular a la cultura cubana en el pasado de nuestro país.

Sin embargo, a mi modo de ver, Martí hizo a la causa de la cultura nacional un aporte mucho mayor que la obra creadora elogiada por tan ilustres personalidades. Se trata de la inmensa labor que desplegó en defensa de la nación y de su independencia. Porque no puede hablarse con toda propiedad de cultura nacional, hasta que no existe la nación.

Esto, que parece una verdad de Perogrullo, no es tan sencillo. Porque, para que exista la nación no basta una comunidad estable vinculada por una serie de lazos formados históricamente: territorio, vida económica, psicología, costumbres, idioma. Esas son premisas fundamentales, pero, además de ellas, es preciso que esa comunidad tenga conciencia de que constituye un cuerpo social íntegro; que, por encima de las contradicciones económicas, políticas, sociales y de otra índole que puedan afectar a sus integrantes, hay un interés común a la colectividad en su conjunto: el de conservar su unidad y su independencia como nación, su personalidad propia, y garantizar su progreso en todos los órdenes. Sólo

cumpliendo tales requisitos, esa comunidad puede expresarse plenamente a través de una cultura nacional.

Ese proceso de integración, largo y complejo, suele encontrar a veces obstáculos difíciles de superar. Por ejemplo, cuando la nación tiene que formarse en las condiciones del dominio colonial o neocolonial, o bajo cualquier otra forma de dependencia, que es el caso de las naciones hispanoamericanas, y en particular el de Cuba.

En relación con ese fenómeno, y refiriéndose específicamente a la literatura de nuestros países, planteó Martí: «No hay letras, que son expresión, mientras no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya Hispanoamérica».⁶

Es decir, el completamiento de nuestro proceso integrador no podía realizarse bajo la dominación colonial: tendría que ser la guerra nacional-liberadora el crisol de la nación cubana.

Las incipientes expresiones de la cultura nacional a fines del siglo XVIII muestran el criollismo de quienes sienten ya el orgullo de haber nacido en este suelo. Pero ese sentimiento nacional primario, mediatizado aún por el influjo de la Metrópoli, no ha encontrado todavía formas autóctonas de expresión. Recuérdese a Arango y Parreño, Romay, Urrutia y Montoya, Antonio José Valdés, Zequeira y Rubalcava. Ellos hablan de las bellezas y ventajas de nuestro suelo, abogan por engrandecerlo, hablan en nombre de *la patria*. Pero este concepto de *patria* no tiene aún para ellos una connotación política. Todavía cantan a las glorias de España. Las instituciones que fundan; las proyecciones económicas, sociales y científico-técnicas; las obras históricas y filosóficas; las creaciones artísticas y literarias, responden todavía, en gran medida, a los esquemas europeos, y están imbuidos de un espíritu de dependencia.

El siglo XIX trae aire fresco, iluminando el amanecer de la nacionalidad cubana y, desde luego, de la cultura nacional. Pero, al mismo tiempo, esos aires también traen ingredientes externos, aunque de signo diferente al de centurias anteriores: se afianzan en Cuba los postulados de la Gran Revolución Francesa de 1789, irrumpe el romanticismo en la literatura y el arte, ganan terreno avanzadas concepciones pedagógicas, se va introduciendo la máquina de vapor en las industrias del país. El modo de vida, las formas de expresión y la cultura política de la sociedad norteamericana, de la francesa, la inglesa o la alemana, constituyen modelos sugerentes para el criollismo avanzado.

La asimilación de estas manifestaciones culturales progresistas, al chocar con el modelo oscurantista de la dominación colonial, acentúa necesariamente la batalla que la masa de productores de la isla y la intelectualidad nativa libran desde muy atrás contra la minoría de gobernantes ambiciosos, corruptos y despóticos, y contra las clases y sectores que debían su enriquecimiento y su poder político al saqueo de la colonia.

En la primera década de la centuria décimonona, reacias personalidades, Varela y Heredia son los más lúcidos ejemplos, descubren la entraña del problema nacional y emprenden una vigorosa lucha de ideas, que a menudo se traduce en acciones políticas. El desarrollo de los sentimientos nacionales cobra fuerza con la Academia Cubana de Literatura (1834), suprimida muy pronto por el gobierno colonial, y con la obra precursora de Luz y Caballero, Del Monte, Plácido, Manzano y otros.

En fin, el movimiento cultural de la isla contribuye notablemente a que los sectores dirigentes de la masa expoliada comprendan de una vez que sólo con la eman-

cipación plena podrán encontrar solución a los problemas del país, y que sin insurrección armada la independencia es una utopía. Sólo entonces se crean las condiciones reales para que cuaje definitivamente la nacionalidad cubana y se pueda librar con éxito la batalla por la autoctonía de nuestra cultura. Esta batalla, iniciada de manera ejemplar por los héroes del 68, la encabeza finalmente, con todo su coraje, inteligencia y dignidad, nuestro José Martí.

Martí comienza por sostener un nuevo concepto de patria, diferente al que había movido a los criollos de principios del siglo. Para él, patria es mucho más que pedazos de terreno sin libertad y sin vida, mucho más que el suelo en que se nace: «patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas.»⁷

Ya no se trata de reflejar la búsqueda y el afianzamiento de lo nacional sólo cantando a las bellezas y a las virtudes de la tierra y de sus hijos, ni enmascarándolo a través del canto en que se critica el exterminio de los indios o se expresa la solidaridad con los esclavos negros. Ahora es el llamado abierto a la lucha por la independencia de la patria, y, con ello, a la autoctonía de nuestra cultura.

Martí asume abiertamente la defensa de los valores nacionales y la crítica de la imitación servil en todas las esferas y en todos los representantes de la cultura nacional, por muchos méritos que tuvieran y por alto que fuera el sitio ganado por ellos dentro o fuera de Cuba. Sigue el criterio de que «en un pueblo no perdura sino lo que nace de él».⁸ Y argumenta: «La imitación servil extravía, en economía, como en literatura y en política».⁹ Censura acremente a quienes amoldan su arte y su literatura al aplauso extranjero, a quienes se mandan a hacer su pensamiento, como sus levitas, a Londres o París. Y a los

españolizados, afrancesados o norteamericanizados, les da el calificativo de «besalospíes».¹⁰

Sostiene Martí que nuestra América no viene de Rousseau ni de Washington, sino de sí¹¹; que ni el libro europeo ni el libro yanqui dan la clave del enigma hispanoamericano¹²; que el mejor gobernante en América no es aquel que mejor sabe cómo se gobierna a Francia, Inglaterra, Italia o Alemania, sino el que mejor conoce los problemas de su país, los factores que lo integran y los remedios específicos que se requieren para curar sus males.¹³

Nadie divulgó con tanto entusiasmo como Martí los progresos del mundo de su época en la industria, la agricultura, la minería y el comercio; en el transporte y las comunicaciones; en la educación y demás ciencias. Nadie estudió y propagó con tanto ahínco las más elevadas manifestaciones de la cultura universal. Nadie abogó con tanta insistencia por que nuestros países conocieran los avances de la humanidad y por que estos se asumieran de acuerdo con nuestros requerimientos y posibilidades. Pero nadie vigiló con mayor celo la conservación y fortalecimiento del nervio nacional. Recuérdese aquel mandato suyo: «Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.»¹⁴

Una clara expresión del pensamiento de Martí en cuanto al espíritu nacional que ha de presidir nuestra creación literaria, es la maravillosa carta que escribió desde Guatemala en 1878 a José Joaquín Palma, y que sirvió de prólogo a un libro de poemas publicado por el gran bardo bayamés. Recordemos algunos párrafos de esa carta:

Y luego, tú tienes un gran mérito. Nacido en Cuba, eres poeta cubano. Es nuestra tierra, tú lo sabes bien, un nido de águilas; y como no hay aire allí para las

águilas, como cerca de los cadalsos no viven bien más que los cuervos, tendemos, apenas nacidos, el vuelo impaciente a los peñascos de Heidelberg, a los frisos del Partenón, a la casa de Plinio, a la altiva Sorbona, a la agrietada y muerta Salamanca. Hambrientos de cultura, la tomamos donde la hallamos más brillante. Como nos vedan lo nuestro, nos empapamos en lo ajeno. Así, cubanos, hemos trocados, por nuestra forzada educación viciosa, en griegos, españoles, franceses, alemanes. Tú naciste en Bayamo, y eres poeta bayamés. No corre en tus versos el aire frío del Norte; no hay en ellos la amargura postiza del Lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset. Lloren los trovadores de las monarquías sobre las estatuas de sus reyes, rotas a los pies de los caballos de las revoluciones; lloren los trovadores republicanos sobre la cuna apuntalada de sus repúblicas de gérmenes podridos; lloren los bardos de los pueblos viejos sobre los cetros despedazados, los monumentos derruidos, la perdida virtud, el desaliento aterrador: el delito de haber sabido ser esclavo, se paga siéndolo mucho tiempo todavía. Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada la legión gloriosa de nuestros mártires, que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos.

Dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Víctor Hugo; herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer; arrojarse en las simas de Manfredo; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdeñar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cautillo por la amapola pálida del Darro, vale tanto, ¡oh, amigo

mío! tanto como apostatar. Apostasías en Literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria. Así comprometeremos sus destinos, torciéndola a ser copia de historia y pueblos extraños.¹⁵

Esta crítica no niega la influencia beneficiosa, y además, inevitable y necesaria, que la cultura de los países más avanzados puede ejercer en la de otros pueblos.

El propio Martí lo demuestra con sus sentidas referencias a músicos y compositores (desde Beethoven o Mozart, hasta Díaz Albertini y José White); a escultores de inmensa talla (desde Fidias y Praxiteles, hasta el cubano Miguel Melero); a pintores inmortales (desde Miguel Ángel, Rafael, Leonardo, Goya, Murillo y Vereschagin, hasta los cubanos Armando Menocal, José Arburu, Juan Jorge Peoli o José Joaquín Tejada); a grabadores, dibujantes y artistas de todas las especialidades.

De modo que la influencia de la cultura universal sobre la nacional no sólo existe, sino que se hace más vigorosa a medida que se desarrollan la comunicación y las relaciones en todo el orbe, a medida que el mundo se hace en cierto sentido más pequeño, gracias a los avances prodigiosos de la ciencia y la técnica.

Además, en este fenómeno se expresa una interrelación esencial entre la cultura nacional y la universal, señalada admirablemente por Martí: «La cultura es principalmente de nuestra patria, que nos la dio, y de la humanidad, a quien heredamos.»¹⁶

Pero una cosa es este fenómeno, y otra muy distinta la absorción de la cultura de los pueblos pequeños por las naciones poderosas, con la pérdida de la identidad de

aquellos. Lo criticable es, según Martí, «ser propio, y querer ser ajeno.»¹⁷

La Guerra de los Diez Años significó un salto cualitativo en el desarrollo de la nación cubana, y debía traer inexorablemente una profunda transformación en el campo de la cultura, como en toda la vida de la sociedad. La República nació, de hecho, cuando Céspedes dio el Grito de Independencia o Muerte en el ingenio La Demajagua, y en lo jurídico, cuando la proclamó democráticamente la Asamblea de Guáimaro, el 10 de abril de 1869, como afirmó con todo acierto el compañero Armando Hart. Y el golpe de muerte a la esclavitud se lo asesta también la Guerra del 68. Todo lo cual se refleja decisivamente en la cultura nacional.

Se cumpliría de esa forma una ley objetiva del desarrollo social, descubierta muchos años atrás por los filósofos materialistas, y que Martí enunciaría con su dialéctica espontánea en 1887 en su crónica sobre Henry Ward Beecher: «Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión...»¹⁸

La propia obra de José Martí confirma plenamente esa verdad. Las experiencias del desarrollo político-social en Cuba y en el resto de América, lo llevaron a cambiar en buena medida la estrategia y la táctica seguidas por los próceres del 68, e incluso muchas de sus concepciones. El estudio histórico de la sociedad en Cuba, de su vida material y espiritual; las enseñanzas de la Guerra Grande y demás intentos insurreccionales; el análisis paciente y acucioso de la formación y situación real de los pueblos latinoamericanos, y el devenir económico, político y social de Estados Unidos, son elementos decisivos en la conformación de un pensamiento creador, autóctono y eminentemente revolucionario en nuestro patriota mayor.

Su proyecto nacional-liberador es hijo natural de las condiciones concretas de Cuba y de su pensamiento propio, ajeno a toda copia servil o seguidismo. El partido fundado por él no tiene parangón con ningún otro partido creado hasta entonces, ni por sus fines, ni por su estructura y funcionamiento, ni por su composición social, ni por sus métodos de dirección, ni por su carácter de partido único de todos los revolucionarios.

Con la creación de ese partido, y con su concepción de la democracia y la libertad, con su antimperialismo y latinoamericanismo, con su visión universal y solidaria de los problemas de la humanidad, con su absoluta comprensión del problema racial —en lo teórico y en lo práctico—, y con otros numerosos postulados, Martí realiza un trascendental aporte a la cultura política de nuestro pueblo.

Junto con sus admirables aportes a las letras hispano-americanas, y en general, a la lengua española, Martí nos ofrece novedosas y revolucionarias concepciones en el campo de la literatura y el arte. Rompiendo moldes elitistas e intelectualistas, descubre nexos crecientes, activos e irrompibles, entre la vida de los pueblos y su literatura, entre el genio y las masas, entre lo que hacen los hombres en sus diligencias cotidianas y lo que reflejan en sus creaciones intelectuales. Estas se nutren de la realidad objetiva; pero al mismo tiempo contribuyen a transformarla. «Acercarse a la vida, he ahí el objeto de la literatura: —ya para inspirarse en ella, ya para reformarla conociéndola.»¹⁹

Martí aprecia y valora altamente un fenómeno consustancial al desarrollo de la sociedad: la proliferación de los creadores surgidos de las capas populares. A su juicio, ya las altas cumbres no descuellan solas: de abajo

han venido elevándose, alimentadas por la fertilidad de llanuras y valles, nuevas montañas que empiezan a cambiar el panorama. Y advierte: «El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se diluyen, se expanden, las cualidades de los privilegiados en la masa; lo que no placera a los privilegiados de alma baja, pero sí a los de corazón gallardo y generoso.»²⁰

Este ascenso de las masas no niega el papel aún decisivo de los genios, tanto en la historia y la política, como en el arte y la literatura. Empezando por nuestro Apóstol, tenemos ejemplos sobrados de ese irrenunciable papel.

Otra concepción medular de Martí, ligada en su esencia a las anteriores, es la de considerar la cultura, no como un resultado único y exclusivo del esfuerzo individual, ni como un bien privado de cada persona. Aunque el empeño, la sabiduría y la voluntad de un escritor, de un científico, de un artista, sean elementos decisivos para elevarlo a posiciones cimeras de prestigio y autoridad, sería injusto olvidar que en ese proceso ascendente del individuo ocupa un lugar también decisivo el trabajo acumulado de generaciones anteriores, de la nación y del universo, e incluso el aporte diverso y necesario de muchos de sus contemporáneos. Martí se adentra en el campo de la poesía para explicar ese fenómeno con su habitual belleza:

La poesía es durable cuando es obra de todos. Tan autores son de ella los que la comprenden como los que la hacen. Para sacudir todos los corazones con las vibraciones del propio corazón, es preciso tener los gérmenes e inspiración de la humanidad. Para andar entre las multitudes, de cuyos sufrimientos y alegrías quiere hacerse intérprete, el poeta ha de oír

todos los suspiros, presenciar todas las agonías, sentir todos los goces, e inspirarse en las pasiones comunes a todos. Principalmente es preciso vivir entre los que sufren. Por grande que sea el poeta, antes de que pueda encontrar los sonidos vigorosos que alimentan los corazones, anuncian los grandes sucesos y los inmortalizan, fuerza es que el pueblo goce, bendiga, maldiga, espere y condene. Sin estas condiciones, el poeta es planta tropical en clima frío.²¹

Y lo mismo podríamos decir del músico, del dibujante, del escultor, del dramaturgo.

Y nosotros nos preguntamos: ¿Sería concebible la magistral obra literaria de Martí —por acudir sólo a un ejemplo muy concreto—, sin tener en cuenta los centenares de libros que leyó, o el infinito número de obras de arte que admiró; sin las culturas milenarias a las que tuvo acceso de algún modo, como la de los árabes en España o las de los indios de Guatemala o México? ¿Sería concebible la extraordinaria creación martiana sin sus vivencias de las canteras o del exilio, sin la sabiduría de sus maestros, sin el heroísmo de los patriotas a los que cantó?

No. El edificio lo levanta el genio; pero los materiales e instrumentos para construirlo proceden de miles de manos y cerebros distintos. Por eso él afirmó que la cultura que hayamos podido crear se debe fundamentalmente a la patria y a la humanidad, y que es repudiable utilizarla de manera egoísta, exclusivamente para provecho personal. Es una obligación servir con ella a la sociedad, sobre todo a los que más lo necesitan. «El talento es el deber de emplearlo en beneficio de los desamparados.»²²

Por la misma razón, la cultura tiene un deber insoslayable con la patria y con la humanidad: servir las en todo

momento, pero más que nunca en aquellas coyunturas en que se decide su destino histórico. En vida de Martí, el destino de Cuba dependía de una alternativa: se consolidaban la nación y su cultura autóctona con el logro de su independencia, o quedaban aplastados los gérmenes de nación y cultura con el mantenimiento del yugo colonial, o con la irrupción de otra cultura todavía más extraña que la española. Y en esa coyuntura, la literatura y el arte nacionales no tenían una función más noble que la de volcarse en la lucha por la independencia. «¡La justicia primero, y el arte después! —diría Martí a propósito de la situación existente en la Rusia de su época— ... Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella. ¡Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera!».²³

Y esto es así, añadimos nosotros, no sólo cuando se lucha por conquistar la libertad —como en los tiempos de Yara, Baire, el Moncada o la Sierra—, sino también cuando se pelea por defender la libertad ya conquistada, como en los días heroicos y apremiantes que hoy vivimos.

Por eso, cuando Martí analizaba críticamente la poesía magistral de Pushkin o la admirable pintura de Vereschagin; la obra de científicos, literatos, periodistas, políticos, artistas o historiadores; la labor de grandes exponentes de la cultura universal, no sólo valoraba el contenido de los aportes culturales hechos por ellos: también los enjuiciaba atendiendo al grado en que cada uno, a través de la obra realizada, supo cumplir su deber histórico con la sociedad en el momento que le tocó vivir.

Copartícipes de esa concepción, pensamos que el más trascendental aporte de Martí a la cultura cubana radica en haber sido el organizador, el ideólogo y dirigente

supremo del movimiento de liberación nacional en los últimos lustros del siglo pasado; en haber levantado a todo nuestro pueblo para hacer la guerra necesaria por la emancipación nacional; en haber dotado de un riquísimo arsenal político, ideológico y ético-moral, imprescindible a los mambises del siglo XIX y a las generaciones que les sucedieron, a fin de que mantuvieran firme hasta la victoria el combate para conquistar primero y defender después la patria libre, independiente, soberana, democrática y justa, sustentada con la sangre y los sacrificios de miles de héroes y mártires a lo largo de nuestra historia.

Pero ese aporte trascendental radicó, además, en que, al brindar las armas necesarias para la defensa de nuestra cultura e identidades nacionales, Martí consideró esa lucha como parte de una gran batalla latinoamericana y universal, con lo que hizo una contribución decisiva a la lucha por la unidad e integración de la América nuestra, por su segunda y definitiva independencia, a la lucha por la libertad y la justicia en todo el mundo colonializado y dependiente.

Ese legado cultural de José Martí fue decisivo para culminar victoriosamente la prolongada batalla del pueblo cubano contra los rezagos de la colonia y los embates del neocolonialismo, para frustrar los empeños absorbentes de nuestros vecinos del Norte, que trataron sin éxito de colonizar nuestras conciencias, como habían neocolonizado nuestra economía y nuestra política oficial.

Es cierto que en el radicalismo de esas luchas bullían las más avanzadas y justas ideas de nuestro tiempo —las ideas de Marx, Engels y Lenin—, y que sin ellas hubiera sido un sueño irrealizable la verdadera independencia nacional y la emancipación de todos los oprimidos y ex-

plotados. Pero sin la savia aportada por nuestra raíz criolla, sin el sustento de nuestras mejores tradiciones históricas, y en particular sin el legado de José Martí, no hubiera tenido la consistencia indispensable el terreno en que debía crecer el árbol de la Revolución.

Fue preciso, pues, que se articularan en unos casos y se fusionaran en otros, las grandes conquistas teóricas y prácticas del movimiento revolucionario internacional con nuestras mejores tradiciones nacionales, en primer término con el legado político-ideológico de José Martí, el que vino a constituir, a su vez, un trascendente aporte a la cultura política universal. Por eso proclamamos, con toda justeza, el carácter martiano y marxista de la Revolución Cubana.

Sintetizando ese feliz engarce, recordemos, por una parte, que, para los fundadores del marxismo, «libertad es la conciencia de la necesidad»²⁴; y nunca se podrá alcanzar esa conciencia sin un sólido acervo cultural. Recordemos también que, según Lenin, para que los obreros estén en condiciones de luchar eficazmente por su emancipación, es imprescindible sacarlos de la ignorancia y el atraso, elevándolos a un nivel superior de cultura. Y evoquemos a Julio Antonio Mella cuando sostenía, con palabras casi iguales a las de Martí, que «la cultura es la única emancipación verdadera y definitiva.»²⁵

Por otra parte, el Maestro aseguraba que «no hay igualdad social posible sin igualdad de cultura»²⁶, y admitía: «la madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios, es, sobre todo lo demás, la propagación de la cultura.»²⁷

Partiendo de dichas ideas esenciales se ha levantado la inmensa obra cultural de la Revolución, y se ha hecho de la propagación y defensa de la cultura una batalla de todo el pueblo.

Notas:

- ¹ José Martí: *O.C.*, t. 8, p. 289.
- ² Domingo Faustino Sarmiento: *Obras*. Buenos Aires, 1900, t. XLVI, pp. 175-176.
- ³ Juan Marinello: *Martí, escritor americano*. Editorial Grijalbo S.A., México, D.F., 1958, p. 168.
- ⁴ *Ibíd.*, p. 164.
- ⁵ *Archivo José Martí*, Número del Centenario, La Habana, 1953, p. 127.
- ⁶ J.M.: *O.C.*, t. 21, p. 164.
- ⁷ *Ibíd.*, t. 1, p. 93.
- ⁸ *Ibíd.*, t. 14, p. 258.
- ⁹ *Ibíd.*, t. 6, p. 335.
- ¹⁰ *Ibíd.*, t. 23, p. 43.
- ¹¹ *Ibíd.*, t. 8, p. 244.
- ¹² *Ibíd.*, t. 6, p. 20.
- ¹³ *Ibíd.*, pp. 17-18.
- ¹⁴ *Ibíd.*, p. 18.
- ¹⁵ *Ibíd.*, t. 5, pp. 95-96.
- ¹⁶ *Ibíd.*, t. 12, pp. 43-44.
- ¹⁷ *Ibíd.*, t. 5, p. 96.
- ¹⁸ *Ibíd.*, t. 13, p. 33.
- ¹⁹ *Ibíd.*, t. 21, p. 227.
- ²⁰ *Ibíd.*, t. 7, p. 228.
- ²¹ *Ibíd.*, t. 15, p. 28.
- ²² *Ibíd.*, t. 12, pp. 43-44.
- ²³ *Ibíd.*, t. 15, p. 433.
- ²⁴ Federico Engels: *Anti-Dühring*, Ediciones Pueblos Unidos, Uruguay, 1961, p. 139.
- ²⁵ Instituto de Historia del CC-PCC: *Mella. Documentos y artículos*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 101.
- ²⁶ J.M.: *O.C.*, t. 3, p. 28.
- ²⁷ *Ibíd.*, t. 13, p. 301.

Cultura y política en José Martí

La relación entre cultura y política ha sido siempre un tema polémico. Alrededor de él se han movido dos posiciones antagónicas fundamentales: una, la que ve un divorcio total entre dichas esferas (recuérdese la defensa de «el arte por el arte»), y otra, la que estima necesario e inevitable el concierto de ambas. Y siendo José Martí la figura más alta de nuestra historia nacional y de nuestra cultura, me parece importante exponer cómo concibió él la vinculación entre cultura y política.

Debemos tener en cuenta, ante todo, que la política es una expresión de la cultura, ya que no limitamos esta última a la literatura y el arte. Como se explicó ampliamente en el capítulo anterior, compartimos el criterio de que cultura es toda la obra de creación humana, material y espiritual, que ha hecho posible la continua transformación del mundo, incluyendo la transformación del hombre mismo. Por consiguiente, también integran el universo cultural la ciencia y la técnica, la economía, la religión, la ética, la moral y otras expresiones de la vida humana, entre ellas la política.

Además, consideramos que existen dos tipos de cultura, como dos tipos de política. Una sirve en primer término a las masas populares y busca sobre todo la consecución de la justicia: se ejerce en función de la autodeterminación de las naciones, el bienestar y la felicidad de los pueblos, la igualdad de derechos de todos los hombres, el progreso de la humanidad. Esta política se corresponde con una cultura que promueve iguales postulados, y se nutre de ellos.

La otra cultura y la otra política —que sirven a minorías privilegiadas—, pretenden mantener a la humanidad dividida en dos: una pequeña porción dueña de todos los bienes y derechos, y una gran mayoría desposeída, inerte e ignorante. Esta concepción representa, en realidad, el estancamiento, la reacción, la anticultura.

Podríamos ejemplificar esta última concepción con la cultura y la política del fascismo, el de ayer y el de hoy, que en esencia son la misma cosa. El odio de esas corrientes ultrarreaccionarias contra aquella cultura que significa progreso y libertad, se muestra con toda su crueldad en connotados representantes del fascismo —entre ellos José Millán Astray y Hermann Goering—, en expresiones como estas: «¡Muera la inteligencia!» o «¡Cuando oigo la palabra cultura, saco la pistola!». Es que ellos representan precisamente la cultura y la política de la pistola, del terrorismo contrarrevolucionario, de la guerra genocida contra algunos «rincones oscuros del planeta», de la devastación atómica; la política del exterminio de las razas y pueblos que consideran inferiores; la política humillante y esclavizadora del imperialismo y el sionismo.

Martí defiende, desde luego, aquella cultura que sirve a la libertad e independencia de los pueblos, a la igualdad y el progreso de los hombres. Por eso afirma que «la

madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios, es, sobre todo lo demás, la propagación de la cultura.»¹ No es extraño, pues, que sustente criterios tan profundos como el de que «ser culto es el único modo de ser libre»², o que «no hay igualdad social posible sin igualdad de cultura.»³

Por otra parte, Martí concibe la política como «el arte de ir levantando hasta la justicia la humanidad injusta»⁴, y entiende que ella se ha de ejercitar «con alma y manos limpias, con el amor al infeliz, al pueblo entero; con el deseo ardiente de reparar e impedir los crímenes históricos, con el valor necesario para someter los intereses o preocupaciones de una casta, a los intereses generales»⁵. «El talento —sostiene— es el deber de emplearlo en beneficio de los desamparados.»⁶

Partiendo de tales definiciones, el Maestro establece una vinculación estrecha de las diferentes manifestaciones de la cultura con el pensamiento y la acción de carácter político. Por un lado afirma: «En buena hora que la política sea artística, y pocas ciencias requieren tanto arte y mesura y estudio y buen gusto como ella.»⁷ Y por el otro lado, dice: «Acercarse a la vida —he aquí el objeto de la Literatura:— ya para inspirarse en ella; —ya para reformarla conociéndola.»⁸

Sobre esas bases elabora sus concepciones, levanta su propia obra cultural y enjuicia a prominentes figuras de la cultura cubana y universal.

Desde luego que nuestro Héroe Nacional volcó también en su inmensa obra sus penas y alegrías, sus amores y desengaños, su visión de la vida y de la muerte, su deslumbramiento ante el esplendoroso espectáculo de la Naturaleza, sus inquietudes filosóficas y otras motivaciones de su vida. Pero en su quehacer cultural, la temática

de mayor peso y constancia se asocia a los problemas político-sociales: el dolor de Cuba esclavizada, la lucha por la libertad y el decoro del hombre, la rebeldía contra toda injusticia, la redención de la humanidad; es decir, el modo de construir un mundo mejor. Su arte y su literatura son totalmente comprometidos.

Sus «Versos sencillos» —que nos parecen como el antecedente literario del «Manifiesto de Montecristi»—, constituyen, desde el prólogo mismo, un desafío político, al igual que sus «Versos libres». Su revista *La Edad de Oro* y su *Ismaelillo* están plétóricos de patriotismo y de lecciones ético-morales. Sus ensayos, crónicas, dramas y artículos periodísticos, en su abrumadora mayoría, como sus discursos y la generalidad de su correspondencia, tienen un contenido eminentemente ético, político e ideológico. Incluso es difícil encontrar una de sus cartas familiares que no lleve un mensaje de ese tipo. En fin, podemos decir que su obra cultural, como su vida toda, es inseparable de su quehacer político.

No rechaza la creación abstracta o intimista, que en ocasiones él también cultiva; pero critica la evasión político-social, la indiferencia ante los problemas de la sociedad. Lo hace generalmente en forma positiva, rindiendo culto a los creadores que reflejan en sus obras las preocupaciones colectivas; aunque también suele juzgar severamente a quienes abjurán de ese deber sagrado. Para Martí, «los hombres que desean sinceramente una condición superior para el linaje humano, no pueden ser cómplices de la política de policía que anda predicando el desdén de la política»⁹, porque «la política del amor a la humanidad no puede desertarse sin delito.»¹⁰

Ensalza a Heredia, a quien se refiere cuando dice: «Yo creo en el culto de los mártires... ¿Qué cubano no se sabe

de memoria algunos de sus versos, ni por quién sino por él y por los hombres de sus ideas, tiene Cuba derecho al respeto universal? El era de los de fuerza bolivariana, y tuvo a la vez el fuego del libertador y el de sus poetas.»¹¹ Aplauda a Víctor Hugo, quien afirmaba: «el verdadero gobierno es aquel a quien no ofende el aumento de luz y a quien no atemoriza el engrandecimiento del pueblo»¹²; a Goethe, que podía «prometer ser sincero, pero no imparcial»¹³; a Chateaubriand, que aseguraba: «la libertad es tan naturalmente amiga de las ciencias y de las letras, que se refugia en ellas cuando se la destierra de los pueblos»¹⁴; a Domingo del Monte, «el más real y útil de los cubanos de su tiempo»¹⁵; a José A. Saco, «que no creía en parches andaluces ni postizos rubios para las cosas del país»¹⁶; a José de la Luz y Caballero, que le respondió un día a un pintor amigo: «yo no hago libros, hijo, porque nos hace falta el tiempo ahora para hacer hombres.»¹⁷

Así Martí eterniza en páginas de fuego la creación de innumerables genios que revelan al mundo crímenes monstruosos y acciones heroicas, realidades y sueños de los pueblos. En esas páginas martianas se inflaman liras como las de Sandor Petoeffi, Olegario Víctor Andrade o José Joaquín Palma, y plumas como las de Emilio Zola, José Mármol o Cirilo Villaverde; cobran vida lienzos como los de Goya, Fortuni o Peoli, y melodías como las de Cervantes, Díaz Albertini o Ruiz Espadero.

En las crónicas de Martí vemos transformarse el mundo con los aportes científicos de Darwin, Pasteur o Poey, y modificarse el espíritu del hombre con el arte o la sabiduría de autores teatrales, oradores, periodistas, juristas, escultores, maestros, historiadores, economistas; de todos los profesionales que contribuyen al progreso cultural, político y social de la humanidad.

Sin embargo, para el Maestro, la vinculación de la cultura y la política no justifica la degradación de una para provecho de la otra. Jamás admite sin censura que se expresen burdamente las ideas políticas o sociales en páginas pretendidamente literarias, en renglones rima-dos, en el lenguaje de las tablas ni en notas musicales. No hace concesiones a la chapucería ni a la mediocridad.

De modo que Martí no pide que el arte se convierta en panfleto. Lo que quiere Martí es que el genio creador no se limite a transmitir solamente en sus obras los más íntimos sentimientos individuales, sino que, manteniendo incólume la gracia y la belleza del arte, con absoluto rigor estético, haga suya, además, aquella política definida por él como un «modo de hacer felices a los pueblos.»¹⁸

¿O es que al poeta, al escritor, al artista, al científico, al técnico, al maestro, se les ha de impedir que demues-tren con su obra creadora que son hijos de su país como cualquier otro ciudadano, y que asuman idénticos debe-res hacia la tierra en que nacieron y hacia la sociedad en que viven? ¿Es que se ha de pensar que los genios de la cultura carecen de sentimientos patrios? ¿Es que alguien les negará el honor de sentirse carne y alma de su pue-blo? Claro que eso es inadmisibile. Puede que el arte no tenga patria; pero los artistas sí la tienen. Y la primera de las reclamaciones del genio verdadero ha de ser la de ser-uir a su pueblo, tanto con su vida como con su obra. Así entendemos este llamamiento de Martí: «Salvemos nuestro tiempo; grabémosle; cantémosle; heroico, miserable, glo-rioso, rafagoso, confundido... ¡Venturosos los pueblos que... tienen aún, sobre sus variados dolores personales, hazañas que cantar!»¹⁹

Son varios los textos en que Martí aborda esta proble-mática de cultura y política; pero sólo nos detendremos en tres de ellos: su carta al poeta y patriota bayamés José

Joaquín Palma; su artículo sobre el poeta nacional ruso Alexander Sergeievich Pushkin, publicado en *The Sun*, de New York, en agosto de 1880²⁰, y otro sobre el eminente pintor de la misma nacionalidad, Vasili Vasilievich Vereschagin, que vio la luz en *La Nación*, de Buenos Ai-res, en marzo de 1889.²¹

La carta a Palma es un canto a la poesía militante y a la autoctonía de la cultura nacional, a la vez que un manda-to para que los escritores y poetas se inspiren en las gran-dezas de la patria. «Nosotros —dice Martí—, tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión gloriosa de nuestros mártires, que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos.»²²

Martí ve en Pushkin «el hombre que abrió el camino hacia la libertad rusa». De talento fresco, rico y poderoso, era un poeta humano, espontáneo, imaginativo y fe-cundo; sus versos, encendidos por el odio a la tiranía, «chasqueaban como látigo sobre la cabeza del príncipe Vorontzov.» Pero el Zar Nicolás, después de perseguirlo y desterrarlo, lo colmó de dinero, pagó sus deudas y lo nom-bró historiógrafo de la corte. Así, dice Martí, «al mitigar su pena, rompió su lira». Pereció en un duelo de caballe-ros; pero, agrega Martí, «el pueblo dijo que había sido muerto previamente por la corte del Zar».

Esas bellas páginas martianas son una ofrenda a la poe-sía de combate del excelso cantor moscovita, y a la vez una censura dolorosa a la debilidad de su carácter.

Aún más tajante es la crónica sobre la exposición de cuadros de Vereschagin, el pintor que mostró en sus lien-zos la crucifixión romana, el cañoneo del Indostán, la horca de Rusia, las tumbas de Hebrón, las cuevas del Jordán, los rostros típicos de sirios, armenios, búlgaros, magiares y moldavos. Martí señala defectos en la pintura

rusa: critica el arte frío, meramente contemplativo. Pien-
sa que los pintores rusos han de poner de pie con sus
cuadros a los hijos del pueblo, quienes, alega, «sienten
que la barba les cae sobre un pecho desesperado porque
en él vive un corazón sin libertad». El Apóstol se rebela
con toda su energía al preguntarse y responderse:

¿Y qué arte hay sin sinceridad ni qué hombre sincero
empleará su fuerza, sea de fantasía o de razón, sea
de hermosura o de combate, en meros escauceos,
adornos e imaginaciones, cuando está en ...frente
«la pirámide del mal» de Herzen?

¡La justicia primero, y el arte después! ...Cuando no
se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y
su único derecho para existir, es ponerse al servicio
de ella. ¡Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar
la hoguera!

¿Ni de qué vive el artista sino de los sentimientos de
la patria? ¡Empléese, por lo mismo que invade y con-
mueve, en la conquista del derecho! Y como la de-
fensa directa de la justicia, el comentario dramático,
la composición elocuente, están vedadas al ruso, por
su propio terror, tanto como por la ley, ¡el medio
único, la osadía única, la protesta única, la defensa
única e indirecta, la plegaria... del ruso desolado, es
la pintura, fea si puede, fétida si puede, de las mise-
rias que contempla, de la verdad desgarradora!

Martí reproduce estas palabras de Vereschagin: «Yo espe-
ro que los hombres me amen, porque mi arte sirve a la
verdad, y ruega por los vencidos». Y concluye Martí: «Des-
pués, para reposar, para recobrar bríos, (Vereschagin)
pintará, libre y grande, por primera vez, la majestad de la
naturaleza».

En fin, José Martí nos ha legado, con su vida y su obra,
una excepcional cultura política, dentro de una riquísi-
ma cultura general e integral. Nos enseñó que para con-
formar y preservar la cultura nacional, había que consti-
tuir primero la nación, y defenderla tenazmente después
de creada, y que esto sólo podía lograrse entrelazando la
cultura y la política de tal modo, que el triunfo de una
fuera inconcebible sin el de la otra, sin la acción manco-
munada de ambas.

De ahí que, si nos atenemos a estas concepciones
martianas, en la decisiva batalla que libra la nación cuba-
na contra sus poderosos enemigos, sea imprescindible
convertir la salvaguarda y promoción de la cultura cuba-
na en un derecho y una obligación de todo el pueblo, y
que a su vez, la defensa de la patria —que es hoy la defen-
sa de la Revolución y del socialismo—, constituya un de-
ber primerísimo, y un honor irrenunciable, no sólo para
las amplias masas, sino también para los más genuinos
exponentes de nuestra cultura nacional.

Notas

¹ José Martí: O.C., t. 13, p. 301.

² *Ibidem*, t. 8, p. 289.

³ *Ibidem*, t. 3, p. 28.

⁴ *Ibidem*, t. 12, p. 57.

⁵ *Ibidem*, t. 22, p. 15.

⁶ *Ibidem*, t. 12, pp. 43-44.

⁷ *Ibidem*, t. 14, p. 268.

⁸ *Ibidem*, t. 21, p. 227.

⁹ *Ibidem*, t. 1, p. 335.

¹⁰ *Ibidem*, p. 336.

¹¹ *Ibidem*, t. 20, p. 355.

¹² Discurso en la Asamblea legislativa de Francia el 9 de julio de 1850.

¹³ Johann Wolfgang von Goethe: *Arte y antigüedad*, t. IV, cap. II.

¹⁴ Discurso pronunciado en la Asamblea francesa en 1811.

¹⁵ J.M.: O.C., t. 5, p. 282.

¹⁶ Idem.

¹⁷ Idem.

¹⁸ *Ibidem*, t. 4, p. 303.

¹⁹ *Ibidem*, t. 21, p. 226.

²⁰ *Ibidem*, t. 15, pp. 416-423.

²¹ *Ibidem*, pp. 429-438.

²² *Ibidem*, t. 5, p. 95.

Jose Martí, promotor de la amistad y la solidaridad entre los pueblos

José Martí fue, lo sabemos todos, el organizador de la última guerra contra el colonialismo español en busca de la independencia de Cuba. Sin embargo, aunque para alguien pueda parecer contradictorio, nadie como Martí abogó con tanta fuerza contra la violencia, por la amistad y la solidaridad entre los hombres y entre los pueblos. «Si me preguntan —expresó una vez—, cuál es la palabra más bella, diré que es «patria»: —y si me preguntan por otra, casi tan bella como «patria», diré —amistad.»¹ La amistad era, para él, «el crisol de la vida.»²

Y fue su vida una demostración insuperable de amistad. Basta mencionar su cariño por los hermanos Valdés Domínguez, particularmente Fermín; por Rafael María de Mendive, Carlos Sauvalle, Manuel Mercado, Manuel Ocaranza, José María Izaguirre, Miguel García Granados, Juan Gualberto Gómez, Gonzalo de Quesada o Máximo Gómez, entre tantos otros, más allá de su condición de maestros, condiscípulos, personalidades de caracteres afines o compañeros de lucha.

Desde niños aprendimos muchos de los versos en que reflejaba el significado que para él tenía la amistad, como los siguientes:

Si dicen que del joyero
Tome la joya mejor,
Tomo a un amigo sincero
Y pongo a un lado el amor.³

O aquellos otros:

Tiene el leopardo un abrigo
En su monte seco y pardo:
Yo tengo más que el leopardo,
Porque tengo un buen amigo.

Tiene el señor presidente
Un jardín con una fuente,
Y un tesoro en oro y trigo:
Tengo más, tengo un amigo.⁴

Y ese profundo afecto de amistad hacia las personas, se prolongaba en sus sentimientos de amistad hacia los pueblos. Para Martí, los pueblos sólo deben unirse con lazos de fraternidad y de amor⁵. Una vez exclamó: «¡Si los pueblos fueran hombres, y se pudiera abrazarlos!»⁶ De ahí que abogue incansablemente por que todos los pueblos del mundo se acerquen, se conozcan y se den las manos como amigos. Ha de realizarse cuanto «junte a los pueblos»⁷, decía él. Y esa labor de acercamiento aparece en toda su obra, como en su vida personal.

98

Cuando él observa cómo en muchas ciudades de distintos países se mezclan casas de diversos estilos (moras, griegas, góticas, bizantinas, japonesas), se alegra sobre todo porque con esa diversidad parece «como si empezara el tiempo feliz en que los hombres se tratan como

amigos y se van juntando.»⁸ Y al escribir para los niños sobre la gran exposición de París, que abarca inmenso espacio, lo que más le admira es que pasan por debajo de los arcos de la torre Eiffel hombres, mujeres y niños de todos los pueblos de la tierra.⁹

Porque Martí añoraba la llegada de un mundo en que fueran buenos todos los hombres, en que la vida estuviera plena de dicha y claridad, donde no hubiera miedos ni odios, y todos los hombres se quisieran como hermanos.¹⁰ El pensaba que un día se borrarían las fronteras de todos los países, pero no para que los poderosos sometieran a los más débiles, no para que triunfara la globalización neoliberal, sino para que se estableciera la globalización de la solidaridad y del amor. Y en ese sentido manifestó: «¡Oh, ya alborean los tiempos en que no se erguirán, ni como amenazas, ni como barreras, las nacionalidades, y en que los hombres todos de la tierra, dados a amarse, sentirán en el pecho robusto la fruición beneficiosa, y el ennoblecimiento maravilloso, que vienen del viril amor humano!»¹¹

Ese sentir de humanidad, ese internacionalismo raigal, que Martí practica sin utilizar nunca dicho término, se da ya desde que expresa su concepto de patria. Pero no vamos a referirnos a ello, pues lo abordamos detenidamente en otro capítulo de este libro.

99

En las concepciones del Apóstol acerca de patria están excluidos los prejuicios nacionales. Su pensamiento no tiene fronteras, como no las tienen su amistad y su solidaridad. Hasta tal extremo es cierto esto, que jamás profirió ni una sola palabra de ofensa ni de inculpación contra los españoles por el hecho de ser españoles, a pesar de que condenó siempre, con justificada severidad, los horrendos crímenes cometidos por los conquistadores

españoles primero, y por los gobernadores colonialistas después, contra los aborígenes de América y los negros africanos, contra la población criolla que reclamaba derechos elementales, contra los partidarios de la independencia, e incluso contra hombres y mujeres inocentes. A pesar de que organizó e inició la guerra contra la dominación española, jamás manifestó odio a España, ni vergüenza por su ascendencia española, ni enemistad hacia los ciudadanos españoles ni al pueblo español. «Soy cubano ...pero mi padre fue valenciano, y mi madre canaria, y así como ellos me tuvieron en mi tierra, así tengo en mí un ardentísimo cariño para mis dos patrias, sin el odio y la injusticia que los afearían...»¹². Y en otra ocasión: «Si a los españoles, por ser españoles, los ataco, mi padre saldría de la tumba, y me diría: parricida.»¹³ Para Martí, «los españoles buenos, son cubanos.»¹⁴

En el Manifiesto de Montecristi, el Apóstol expone ideas como estas:

La guerra no es contra el español... En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al [bravo] español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su [hogar] casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y [beneficios] bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia.¹⁵

Es decir, Martí no juzgaba a los hombres atendiendo a su nacionalidad, sino sobre la base de sus sentimientos y

actuaciones. Para él, el mundo tiene dos campos: todos los que aborrecen la libertad, están en uno; los que aman la libertad están en otro. Por eso entiende que hay dos Españas: de una parte, la España digna, trabajadora, rebelde, amante de la libertad; y de la otra, la España inno-ble, parasitaria, colonialista, enemiga de la libertad de los pueblos. Para la primera, toda su admiración, respeto y cariño; para la otra, su repulsa y condenación más vigorosas.

Desde ese ángulo humanista, internacionalista y revolucionario, aborda Martí todos los problemas, analiza a los hombres y a los pueblos. En relación con EE.UU. declara: «Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting.»¹⁶ Y mostrando su sentir de humanidad pregona: «mis mejillas/ Sufren por la maldad del Universo...»¹⁷. «En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre...»¹⁸

Por eso, más allá de la unión de todos los cubanos, Martí abogó por la unión de todos los pueblos, de todos los hombres buenos del mundo. En unos versos que se han repetido con frecuencia proclamaba: «Con los pobres de la tierra,/ Quiero yo mi suerte echar...»¹⁹ Véase que no se refería solamente a los pobres de Cuba, sino a todos los pobres del mundo. También hablaba metafóricamente para señalar: «Sobre las manos enlazadas de los hombres se levanta el mundo. El mundo no se cae en el vacío, porque lo sostiene un coro de hombres unidos por las manos.»²⁰ Y en otra oportunidad: «El mundo no es una serie de actos, separados por catástrofes, sino un acto inmenso elaborado por una incesante obra de unión.»²¹

De ahí la obsesión permanente de Martí por la unión de los pueblos, factor que estimaba imprescindible para conquistar primero y salvaguardar después la paz, el bienestar

y la felicidad del mundo. Por eso, con la independencia de Cuba y Puerto Rico y con la unidad de nuestra América, se proponía hacer una contribución decisiva a la paz y la amistad universales. «Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar.»²² Sostiene que acelera su desaparición, su final, «el pueblo que se niega a obrar de concierto con los pueblos que le son afines en el logro del fin general.»²³ Y añade: «Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto. Si no, crecerán odios; se estará sin defensa apropiada para los colosales peligros, y se vivirá en perpetua e infame batalla entre hermanos por apetito de tierras.»²⁴

Ahora bien, el genio político de Martí supo descubrir muy temprano que es determinante para un pueblo saber con quién debe unirse y con quién no. Comprendió y denunció que existen, de una parte, fuerzas amantes de la paz, de la independencia y de la solidaridad humana, y de la otra, fuerzas que imponen o tratan de imponer el dominio absoluto de unas naciones sobre otras, así como la esquilación y opresión del pueblo dentro de cada país, para cuyos fines apelan a todos los medios: intrigan, dividen, promueven luchas fratricidas y desatan guerras de rapiña. Y nuestro patriota mayor combatió sin tregua a las fuerzas colonialistas y despóticas, al tiempo que brindaba siempre su solidaridad política y moral a los pueblos tiranizados o sojuzgados. Además, llamaba a todos los hombres honrados del mundo a hacer lo mismo, al tiempo que advertía: «Los pueblos han de tener una picota para quien los azuzan a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.»²⁵

Ya en la época de Martí, Irlanda y La India luchaban por independizarse de Inglaterra, y él defendió el dere-

cho a la libre autodeterminación de ambos pueblos. Criticó —son sus palabras— «la libertad hipócrita del pueblo inglés, con un tacón clavado en la boca de Irlanda y una rodilla metida en el corazón de los cipayos.»²⁶

También manifestó su simpatía hacia vietnamitas y cambodianos, que llevaban más de 2000 años combatiendo contra conquistadores de diversas nacionalidades, particularmente contra los franceses. Dice Martí que el francés, que sabe más de guerra y de modos de matar, les ha ido quitando el país a los anamitas «pueblo a pueblo, con la sangre a la cintura»²⁷; que «tanto como los más bravos, pelearon y volverán a pelear, los pobres anamitas...»²⁸. Y se imagina Martí lo que podría contarnos este heroico pueblo:

Quando los franceses nos han venido a quitar nuestro Hanoi, nuestro Hue, nuestras ciudades de palacios de madera, nuestros puertos llenos de casas de bambú y de barcos de junco, nuestros almacenes de pescado y arroz, todavía, con estos ojos de almendra, hemos sabido morir, miles sobre miles, para cerrarles el camino. Ahora son nuestros amos; pero mañana ¡quién sabe!²⁹

El camino fue largo, decimos nosotros, pero los vietnamitas llegaron a la libertad, y tuvieron en la Cuba revolucionaria un hermano fiel e irreductible.

Particular espacio ocupa en la obra de Martí la denuncia de las guerras aniquiladoras y el criminal dominio que las naciones poderosas de Europa impusieron al mundo árabe. En las últimas décadas del siglo XIX las potencias imperialistas pugnaban por repartirse el mundo. Al finalizar esa centuria, más del 90% del territorio de Afri-

ca y más del 56% de Asia pertenecían a las metrópolis europeas.

Martí describe con palabra acusadora este afianzamiento del dominio colonial: las expediciones de conquista, la imposición de camarillas nativas al servicio del amo extranjero, el control económico de los países sometidos y el robo descarado de sus riquezas. Descubre los objetivos de explotación desenfrenada que animan a las metrópolis y destruye los pretextos que suelen aducir. A la vez, destaca el auge de las luchas de los pueblos árabes contra el coloniaje, muestra la justeza de esas luchas y la heroicidad de los combatientes, y expresa su activa simpatía por la causa de esos pueblos intrépidos.

Entre las varias guerras coloniales que Martí detalla en sus crónicas, tomaremos como ejemplo la que España llevó a cabo contra el Riff, una zona montañosa del norte de Africa, al comenzar los años 90 del siglo XIX. Recordemos que en esa zona se encontraba la prisión de Ceuta, donde fueron confinados muchos patriotas cubanos, de modo que la Corona española reprimía tanto a combatientes por la libertad del Riff como a cubanos independentistas.

Con su clara visión, Martí desenmascaraba los falsos pretextos esgrimidos por España y daba a conocer los objetivos principales de la Corona en esta guerra: mantener su dominación sobre aquella tierra extranjera y poner freno a las agitaciones populares dentro de la propia España.

El prócer cubano admira a los rifeños que se unen, guiados por su fe, contra «afrancesados o imperialistas», contra «olanos de la morería», contra todos los que «se dividen y reparten, sobre el cadáver de la raza, las tierras donde de siglos atrás se vienen afinando su belleza y bravura.»³⁰ Pero Martí sostiene: «Jamás cede una raza opri-

mida, jamás cede el pueblo a quien le ocupa el extranjero la tierra amada con huesos de sus hijos. El Riff ha vuelto a guerra contra España, y España vivirá en guerra con el Riff, hasta que le desaloje su país sagrado.»³¹ Y alienta a los árabes rebeldes con estas palabras: «Y el Riff, que pelee: sea cada pueblo de sus amos naturales, y de los que le sirvan con utilidad y amor.»³² Martí se identifica con ellos: «Seamos moros: así como si la justicia estuviera del lado español, nosotros, que moriremos tal vez a manos de España, seríamos españoles. ¡Pero seamos moros!»³³

Como previó Martí, los rifeños continuaron luchando durante décadas. En los años 20 del siglo pasado, los primeros comunistas cubanos realizaron sonadas campañas de solidaridad con ese heroico pueblo, que se batía bajo el mando de su legendario caudillo Abd-el Krim, y que lustros después logró liberarse de España.

De la misma manera, Martí se solidariza con el pueblo polaco, oprimido por el zarismo ruso; denuncia el contubernio del Káiser alemán con el zar Alejandro de Rusia para mantener el despotismo sobre sus respectivos pueblos; exalta a los combatientes franceses que prepararon y protagonizaron la gran revolución de 1789; saluda la lucha de Garibaldi, el «jinete resplandeciente, de corcel blanco, capa roja y espada llameante...»³⁴; rinde homenaje a Lincoln y a Washington, y realza las ideas y las luchas de los decembristas y los demócratas revolucionarios rusos.

En cuanto a estos últimos, el hilo conductor del pensamiento martiano es el repudio contundente al poder despótico del Zar, la enérgica defensa del pueblo oprimido y de sus acciones de rebeldía, y la admiración por los escritores, artistas y otros geniales creadores de la tierra de las estepas. Muestra en sus escritos el horror de las cárceles zaristas, la represión sangrienta, las persecuciones

y torturas contra los socialistas y otros revolucionarios. Y rememorando el momento de la explosión jacobina en la Francia de 1793, predice con respecto a Rusia: «Ya se acerca el 93 del Este.»³⁵

Ahora bien, si podemos considerar ciertamente a Martí como un combatiente de todas las batallas justas que se libraron en otros continentes, es necesario señalar que sus más vigorosas y constantes expresiones de amistad y solidaridad se dirigieron hacia los pueblos que se extienden desde el Río Bravo hasta la Patagonia, es decir, a los pueblos de nuestra América. Y ello es totalmente lógico, teniendo en cuenta el nacimiento de Martí en tierra hispanoamericana y su comprensión de que el destino de este conjunto de naciones habría de ser el mismo.

Observa el Apóstol que en el continente hay sólo dos pueblos, de alma muy diversa por sus orígenes, antecedentes, costumbres, métodos e intereses, y sólo semejantes por la identidad fundamental humana. Uno, el de la América que no es nuestra, situado al norte del Río Grande —hijo del «holandés mercader, del alemán egoísta, y del inglés dominador...»³⁶, que esclavizó a la población negra y casi extermina a sus indios; que se arroga el derecho imperial de regir todo el continente, entero y sin límites, y que trata a todos nuestros países como dependencias naturales suyas³⁷. El otro pueblo es el de la América nuestra, el que se extiende al sur del Río Grande y llega hasta la Tierra del Fuego.

Martí consideraba a América Latina como un solo pueblo, como una gran nación espiritual, debido a su comunidad de orígenes, historia, cultura, anhelos de justicia y progreso, y a que se enfrentaba a los mismos enemigos. Y hace esta precisión: «Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecemos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América,

aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal nación espiritual, se amarán luego.»³⁸

Esa suma de elementos comunes y esa necesidad de defender su identidad frente al apetito insaciable del águila ladrona demandó siempre, como exige hoy con urgencia mayor que nunca antes, la unidad más estrecha de todos los pueblos de América Latina y el Caribe. Y eso lo vieron nuestros más grandes próceres y estadistas, desde Bolívar, San Martín, Justo Rufino Barrios, Hostos, Morazán, Marco Aurelio Soto y Eloy Alfaro, hasta el genio sublime de Martí. Para nuestro Apóstol, las divisiones, intrigas, celos y ambiciones habían sido funestos en la historia de nuestra América: abrieron el camino a los conquistadores para aplastar a los pueblos indígenas del subcontinente; frustraron los sueños integradores del Libertador, y amenazaban con convertir a América Latina en arria y factoría de Estados Unidos.

De ahí su obsesión por alcanzar la unión fraternal de nuestros pueblos. Abogó por una gran confederación latinoamericana que sirviera, entre otras cosas, para resolver las querellas internas, ayudar a las naciones más atrasadas, apoyar a los Estados que estuvieran en guerra con naciones extranjeras e impedir la anexión de nuestras tierras a EE.UU.³⁹

En su cardinal ensayo «Nuestra América», reclama esa unidad con estas contundentes y conocidas expresiones: «...los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.»⁴⁰ Y en su conmovedora carta del 25 de marzo de 1895 a Don Federico Henríquez y Carvajal, reclama: «Hagamos por sobre la

mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.»⁴¹

Ese latinoamericanismo esencial está en los fundamentos de su lucha por la independencia de Cuba. Desde luego que él entregó su vida a la causa de la emancipación, el bienestar y la felicidad de su patria. Pero en ese empeño se trazó objetivos de más largo alcance —de carácter internacionalista y antimperialista—, que explicó en numerosas ocasiones. Así, proclamó en *Patria* en 1892:

Es cubano todo americano de nuestra América, y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente; ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos, ni por el bien exclusivo de la isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre: peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.⁴²

Y declara en otra ocasión que el Partido Revolucionario Cubano trabaja:

...convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana.⁴³

Entre las ideas rectoras del pensamiento martiano acerca de la unidad de América Latina y la amistad entre sus pueblos, están las que versan sobre el carácter de sus relaciones con EE.UU. Aboga por el mantenimiento de relaciones cordiales entre ambos factores continentales,

pero siempre que ellas se basen en el respeto a la soberanía nacional y el beneficio mutuo. Martí sabía que ese tipo de relaciones no era el que practicaba EE.UU., y aconsejaba una «amistad vigilante» respecto a este país. Por eso, con motivo de la Conferencia Internacional Americana de 1889, cuando los gobernantes norteamericanos llamaron a una gran unión continental, Martí puso en guardia a los pueblos de América Latina contra ese llamado. Denunció los objetivos de absorción que guiaban a EE.UU., cuyo gobierno, con la complicidad de repúblicas corrompidas o débiles, habían seguido siempre una política de avasallamiento, nunca se habían interesado en el progreso de nuestros pueblos y sólo se habían acercado a ellos para impedir su desarrollo, como en el caso de Panamá; o para intentar apoderarse de su territorio, como ocurrió con México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití o Cuba; o para coaccionarlos a fin de que cortaran sus negocios con Europa, o para exigirles que lo secundaran en la batalla que se aprestaban a librar contra el resto del mundo.

Entiende Martí que cuando un pueblo es invitado a unirse a otro, hay que estudiar muy bien el convite y prever qué consecuencias traería dicha alianza. Podrán aceptar con prisa la unión, el estadista ignorante o deslumbrado, el político venal o demente; pero el que siente en el corazón la angustia de su pueblo, tiene que ver si coinciden o no los intereses de los dos pueblos, y si la unión será beneficiosa para ambos. «Dos cóndores, o dos corderos se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero.»⁴⁴ Y se pregunta el prócer cubano: «¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar contra el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?»⁴⁵

Martí descubre desde muy temprano que la unión necesaria reclamada por los más previsores próceres latinoamericanos no tiene nada que ver con la «unificación continental» a que aspiran los gobernantes yanquis. Desde 1885, denuncia que EE.UU. prepara un sistema de convenios con los que aspira a ocupar pacíficamente la América Central y las Antillas. Analiza los perjuicios económicos y políticos de dichos convenios, y demanda la vigilancia y la acción oportuna para que ellos no se conviertan en eslabones de una nueva cadena foránea.⁴⁶

En esos años, EE.UU. promovía también la unión, bajo su tutela, de los países de América Central, con un doble propósito: primero, garantizar el dominio estadounidense sobre esa zona; y segundo, apretar a México con otra tenaza por el sur, como ya lo había hecho por el norte. Martí interviene en defensa de la patria de Juárez, y sostiene esta idea central: «No puede ser que México se oponga a la unión de Centro América; a lo que México se ha de oponer es a que la unión de C.A. se haga un protectorado de E. Unidos.»⁴⁷ Y en otra ocasión: «...no sería bien que Centroamérica se dejase unir con cemento de espinas, por la mano extranjera....»⁴⁸

Es el mismo problema que se plantea hoy con los tratados de libre comercio que quiere imponer EE.UU. Y la respuesta ha de ser la misma que dio Martí hace más de 120 años: no nos oponemos a la integración de la América Latina y el Caribe; a lo que nos oponemos es a que esa integración se haga para apretar las cadenas del dominio yanqui y empeorar la miseria y el desamparo de nuestros pueblos. Por eso propugnamos otra unión, la que garantice nuestra soberanía plena, nuestro despeque definitivo en todos los campos. Y esa integración no es otra que la Alternativa Bolivariana para las Américas.

Ahora bien, el rechazo al convite engañoso del gobierno estadounidense, no significa que Martí considerara como enemiga nuestra a la sociedad norteamericana. Él distinguió perfectamente la radical diferencia entre los intereses y la mentalidad de la camarilla imperial y oligárquica de EE.UU. de una parte, y los de su pueblo, de la otra. Por eso entiende que se deben practicar dos formas de diplomacia: una para con los gobiernos, tratando de ganar su respeto, y otra para con los pueblos, buscando siempre su amistad. «Podrán los gobiernos desconocernos; los pueblos tendrán siempre que amarnos y admirarnos.»⁴⁹

Es más, aunque nos resulte imposible oponer una fuerza igual a la del vecino pujante y ambicioso, podemos neutralizar su poderío si, al enfrentar sus abusos y amenazas, logramos atraer, con la verdad y la inteligencia, a aquellos elementos de su propio pueblo en los que anidan la justicia y la virtud.⁵⁰ Hay ejemplos de cuánta razón tenía Martí al hacer esta apreciación. Citaremos solamente dos de ellos: uno, la simpatía que encontró la causa emancipadora cubana a fines del siglo XIX en amplios sectores de la sociedad norteamericana; y otro, el apoyo mayoritario de la población de EE.UU. hace ocho años al niño Elián González, en su lucha por regresar al seno de su patria y de su familia.

En fin, no hay en los pueblos un sentimiento más hermoso que el de la amistad y la solidaridad. Sin ese sentimiento, no tendríamos la esperanza de acabar un día con la explotación y la opresión de unos hombres por otros y de unas naciones por otras; la esperanza de eliminar definitivamente las guerras, las enfermedades, la ignorancia, la miseria, los horrendos crímenes contra la Naturaleza y otras grandes tragedias; no tendríamos

la esperanza de construir el mundo mejor por el que han dado sus más grandes esfuerzos y hasta su sangre generosa, millones de hombres y mujeres a lo largo de la historia humana.

Cuba, a pesar de ser una isla pequeña, pobre y asediada por los más poderosos y agresivos enemigos de la humanidad, es posiblemente el país del mundo que hoy mantiene en su nivel más alto ese espíritu de fraternidad humana; el país que va por todos los continentes, no encendiendo la guerra y la muerte, sino sembrando salud, educación, soberanía, valores ético-morales y revolucionarios. Por eso, salvar a Cuba significa contribuir decisivamente a la salvación de los nobles y puros sueños de la humanidad en todos los tiempos. Y en la raíz de esa conducta nuestra, mensajera de la amistad fraternal y de la solidaridad militante, se hallan, junto al ideario de los más nobles humanistas de otros países —Marx, Engels, y Lenin en primer término—, las más hermosas tradiciones internacionalistas de nuestro pueblo, así como el mandato y el legado de nuestro Apóstol y Héroe Nacional, con uno de cuyos pensamientos finalizaremos este capítulo: «Cuba no anda de pedigüeña por el mundo: anda de hermana, y obra con la autoridad de tal. Al salvarse, salva. Nuestra América no le fallará, porque ella no falla a América.»⁵¹

Notas

¹ José Martí: O.C., t. 20, p. 510.

² J.M.: O.C., E.C. Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000, t. 2, p. 205.

³ J.M.: O.C., t. 16, p. 64.

⁴ *Ibidem*, p. 122.

⁵ *Ibidem*, t. 1, p. 94.

⁶ *Ibidem*, t. 20, p. 41.

⁷ *Ibidem*, t. 6, p. 161.

⁸ *Ibidem*, t. 18, p. 371.

⁹ *Ibidem*, p. 431.

¹⁰ *Ibidem*, p. 503.

¹¹ *Ibidem*, t. 14, p. 450.

¹² *Ibidem*, t. 22, p. 12.

¹³ *Ibidem*, p. 11.

¹⁴ *Ibidem*, t. 4, p. 391.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 94, 97-98.

¹⁶ *Ibidem*, t. 1, p. 237.

¹⁷ *Ibidem*, t. 16, p. 242.

¹⁸ *Ibidem*, t. 4, p. 270.

¹⁹ *Ibidem*, t. 16, p. 67.

²⁰ *Ibidem*, t. 12, p. 276.

²¹ *Ibidem*, t. 15, p. 194.

²² *Ibidem*, t. 3, p. 142.

²³ *Ibidem*, t. 21, pp. 164-165.

²⁴ *Ibidem*, t. 7, p. 325.

²⁵ *Ibidem*, t. 6, p. 22.

²⁶ *Ibidem*, t. 12, p. 240.

²⁷ *Ibidem*, t. 18, p. 463.

²⁸ *Ibidem*, p. 460.

²⁹ *Ibidem*, p. 462.

³⁰ *Ibidem*, t. 5, p. 334.

³¹ *Ibidem*, p. 333.

³² *Ibidem*, p. 335.

³³ *Ibidem*, p. 334.

³⁴ *Ibidem*, t. 14, p. 100.

³⁵ *Ibidem*, t. 23, p. 239.

³⁶ *Ibidem*, t. 6, p. 47.

³⁷ *Ibidem*, t. 20, p. 203.

³⁸ *Ibidem*, t. 8, pp. 318-319.

³⁹ *Ibidem*, t. 21, p. 160.

⁴⁰ *Ibidem*, t. 6, p. 15.

⁴¹ *Ibidem*, t. 4, p. 112.

⁴² *Ibidem*, t. 5, p. 375.

⁴³ *Ibidem*, t. 3, p. 143.

⁴⁴ *Ibidem*, t. 6, p. 159.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 57.

⁴⁶ *Ibidem*, t. 8, pp. 87-90.

La concepción martiana de Patria

⁴⁷ *Ibíd.*, t. 22, p. 232.

⁴⁸ *Ibíd.*, t. 6, p. 35.

⁴⁹ *Ibíd.*, t. 1, p. 139.

⁵⁰ José Martí: *Otras crónicas de Nueva York*. Investigación, introducción e índice de cartas, por Ernesto Mejía Sánchez. Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 101.

⁵¹ J. M.: *O.C.*, t. 2, p. 373.

José Martí no fue sólo el organizador y el dirigente de las grandes batallas de nuestro pueblo por su independencia y libertad en los últimos lustros del siglo pasado, sino también el ideólogo de ese movimiento. Elaboró como guía de esas luchas y como premisas de la república que soñaba, un conjunto de ideas y concepciones que reflejaban cabalmente los intereses y aspiraciones de las masas populares de su época, y que continuarían siendo bandera de combate de las clases y sectores oprimidos de nuestro pueblo durante casi seis décadas de frustración republicana.

En ese conjunto de ideas y concepciones podemos encontrar profundas expresiones de legítimo patriotismo e internacionalismo, de anticolonialismo y antimperialismo, de pensamiento socialmente avanzado y democratismo revolucionario.

Si analizamos las principales referencias de Martí al concepto de patria en sus primeros 18 ó 20 años, observamos la indudable influencia que en su temprana juventud ejerció la ideología religiosa. Una expresión de esa influencia es el enlace que establece en ocasiones entre

las ideas de patria y de dios. Pero en ese aspecto, como en tantos otros, su mente evolucionaría con rapidez hacia posiciones radicales.

Desde el principio, Martí entiende que patria es «el suelo en que nos tocó nacer». Pero no basta un territorio, si sobre él no se asienta un alma nacional. Y liga invariablemente el concepto de patria a la existencia de los vínculos nacionales, así como a la lucha por la independencia y la libertad de cada pueblo. Ya en 1869, a través de «Abdala», expresa:

El amor, madre, a la patria,
No es el amor ridículo a la tierra,
Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
Es el odio invencible a quien la oprime,
Es el rencor eterno a quien la ataca;—¹

En 1873, en su vehemente llamado a la conciencia de la República Española, ofrece esta definición: «Y no constituye la tierra eso que llaman integridad de la patria. Patria es algo más que opresión, algo más que pedazos de terreno sin libertad y sin vida, algo más que derecho de posesión a la fuerza. Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas.»² Y un año antes de su caída en combate agregó: «El amor de la patria es en mí el ardiente amor de la justicia y el bienestar del hombre...»³

Así, el ideal patriótico bulle en el pensamiento de Martí y guía su acción desde sus años de «escolar sencillo». A la redención de la patria dedicaría toda su vida.

Sin embargo, Martí no concibe la patria desde las posiciones del nacionalismo burgués, que enarbola hipócritamente la bandera del exclusivismo y la superioridad

nacional y que reduce la concepción de patria a la defensa de los intereses de la burguesía. Y mucho menos coincide con la aberración chovinista, que contrapone los intereses de una nación a los de las demás naciones.

Muy lejos de todo egoísmo nacional, de toda limitación nacionalista, Martí vincula indisolublemente la patria al universo. Muy conocida es su afirmación de que «patria es humanidad», en la que concibe a la primera como parte de la segunda y jamás como oposición de una a la otra. Y su explicación es tan sencilla como correcta:

Cada cual se ha de poner, en la obra del mundo, a lo que tiene más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior a lo ajeno, y más fino o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor, y más naturalmente, en aquello que conoce, y de donde le viene inmediata pena o gusto: y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de la patria. Levantando a la vez las partes todas, mejor, y al fin, quedará en alto todo: y no es manera de alzar el conjunto el negarse a ir alzando una de las partes.⁴

Ahora bien, con esa definición rebate Martí, haciendo gala de su habitual agudeza, no sólo la estrechez nacionalista, sino también las concepciones aparentemente radicales, pero en realidad falsas y nocivas, del cosmopolitismo y el nihilismo nacional de los anarquistas.

En efecto, tergiversando el sentido de aquella expresión del *Manifiesto Comunista* de que «los obreros no tienen patria», a la vez que combatían justamente la forma engañosa con que las clases explotadoras de todos los países presentaban el patriotismo, los principales dirigentes obreros anarquistas dentro de Cuba sostuvieron

durante varios años la tesis de que las ideas de patria y nacionalidad eran una invención de la burguesía, y contraponían equivocadamente a dichas ideas las del «socialismo internacional» y de la «libertad absoluta del individuo».

Uno de los más inteligentes y combativos expositores de esa concepción —cuyo pensamiento y acción contribuyeron mucho, en otros aspectos, a elevar la conciencia de clase de los obreros—, fue Enrique Roig San Martín, prominente líder e ideólogo del proletariado, quien llegó a expresar lo siguiente: «Para alcanzar nuestro objetivo, nada de patriotería, nada de sentimientos más o menos convencionales, atrás la idea de la nacionalidad, que todas esas son patrañas inventadas por las clases dominadoras, con el fin de acallar nuestras más urgentes y legítimas aspiraciones.»⁵

Desde luego que si este ataque se hubiera dirigido solamente contra el nacionalismo burgués, contra la patriotería de las clases dominantes, y contra el engaño de considerar a España como la patria de los cubanos, hubiera sido totalmente justo. El mismo Martí había dicho una vez que él no tenía patria. «¡Mi patria está en tanta fosa abierta, en tanta gloria acabada, en tanto honor perdido y vendido! Ya yo no tengo patria: —hasta que la conquiste.»⁶

En realidad, el error de los dirigentes anarquistas se originaba en su incompreensión de que patria es un concepto histórico, que tiene un significado cuando sirve a la lucha contra el fraccionamiento feudal o contra la opresión colonialista e imperialista, y otro significado muy distinto cuando es utilizado por las metrópolis para mantener el dominio sobre sus colonias o para sojuzgar a nuevos países, o cuando sirve a las oligarquías reaccionarias

para perpetuar su poder absoluto sobre sus pueblos mediante el engaño, al explotar sentimientos nacionales.

Al no comprender esta radical diferencia, los mencionados líderes anarquistas de Cuba negaban su apoyo a las luchas emancipadoras de nuestro pueblo, las que, según ellos, sólo se realizaban en beneficio de la burguesía. Entendían, por consiguiente, que los obreros no tenían nada que ganar en esa lucha; que el único resultado de la misma, caso de triunfar, sería cambiar la nacionalidad de las cadenas. Por lo que llegaban a la conclusión de que el pueblo sólo debía sacrificarse por una revolución que condujera directamente a la abolición de la propiedad, de la autoridad, y a la organización federativa, comunal o colectiva de los trabajadores de todos los oficios; es decir, a la sociedad libre, sin explotadores ni explotados, sin Estado ni clases: a la anarquía.

Con tal política, los anarquistas negaban al proletariado la posibilidad de unirse a otras clases y capas de la población para la lucha por ciertos objetivos comunes, la independencia de Cuba, por ejemplo. Desconociendo las leyes del desarrollo social, el único objetivo lícito era, para ellos, la anarquía: pretendían alcanzarla directamente sin la necesidad de etapas intermedias. Su negativa a la unidad de acción con otras fuerzas patrióticas, progresistas y revolucionarias contribuiría inevitablemente al aislamiento de la clase obrera, a la pérdida de posibles aliados, a la reducción de sus posibilidades de lucha.

Era evidente que, si las falsas ideas de los anarquistas lograban impedir la participación del proletariado cubano en el proceso emancipador, ello hubiera constituido un golpe de muerte para la lucha por la independencia. Téngase en cuenta que los trabajadores y las capas medias constituían la base social de la revolución, y que

la burguesía y los terratenientes cubanos, en su aplastante mayoría, veían con gran temor las avanzadas ideas de Martí, por lo que buscaban un compromiso con la metrópoli española o la intervención de Estados Unidos.

Había, pues, que librar a los obreros dentro de la isla de la influencia que ejercían sobre ellos las prédicas de los anarquistas. De ahí la gran importancia de la labor ideológica y política de Martí en ese sentido.

El líder cimero de la Revolución independentista señaló que «A la felicidad del obrero se va por la felicidad de la patria...»⁷, y repite en diversas formas y ocasiones que no hay contradicción entre la lucha por la liberación de la patria y por la de toda la humanidad. Así, en marzo de 1892, en su importante artículo «Nuestras ideas», afirma:

...pervierte ya mucho noble corazón la creencia, justa a cierta luz, en la inutilidad del patriotismo. El patriotismo es censurable cuando se le invoca para impedir la amistad entre todos los hombres de buena fe del universo, que ven crecer el mal innecesario, y le procuran honradamente alivio. El patriotismo es un deber santo, cuando se lucha por poner la patria en condición de que vivan en ella más felices los hombres.⁸

Y en enero de 1895, al dar la ya citada definición de que «patria es humanidad», agrega: «...y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defienda a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descarradas y hambroñas, ni porque a esos pecados se dé a menudo el nombre de patria, ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad, en la porción de ella que tiene más cerca.»⁹

La incansable labor unitaria y orientadora de Martí y de los revolucionarios cubanos —entre ellos los marxistas, como Carlos Baliño—, prendería firmemente en los trabajadores de la emigración, particularmente a partir de 1890. Ya con anterioridad a estos años, sobre todo en Estados Unidos, hubo anarquistas de varias nacionalidades que hicieron suyas las ideas independentistas. Pero en la Isla, es a principios de la última década del siglo cuando empiezan a producirse cambios verdaderamente importantes en la actitud de los líderes obreros anarquistas con respecto a la lucha por la independencia de Cuba.

Un hito importante en ese cambio de actitud, es el Congreso obrero celebrado en La Habana en enero de 1892, con delegados de toda la isla. En este evento, los obreros se manifiestan pública y formalmente a favor de la independencia de Cuba, en unos acuerdos que traen como consecuencia la clausura violenta del Congreso por las autoridades españolas y la persecución de sus más connotados líderes. Según uno de los acuerdos tomados, el «socialismo revolucionario» no puede venir a ser un obstáculo para el triunfo de las aspiraciones de emancipación de este pueblo, por cuanto sería absurdo que el hombre que aspira a su libertad individual se opusiera a la libertad colectiva de un pueblo, aunque la libertad a que ese pueblo aspira sea esa libertad relativa que consiste en emanciparse de la tutela de otro pueblo.¹⁰

Martí comenta las ideas avanzadas del proletariado cubano, saluda la decisión de los obreros anarquistas de abandonar, de hecho, sus ideas negativas acerca de la patria, la autoridad y la política —ideas que les habían impedido hasta ese momento dar su pleno apoyo a la causa de la independencia de Cuba—, y muestra su alegría por

el fortalecimiento de la unidad de los trabajadores. Expresando esa satisfacción dice:

No ha caído en la red española el cubano que ama y estudia las reformas sociales: no se ha negado, por odio a los meros nombres de patria y gobierno y política, a defender lo que en la esencia de ellos hay de equidad y ventura humana: no ha logrado el gobierno español, como quería, partir en dos bandos odiosos a los cubanos que han servido a su país con tanto sacrificio y fe como quienes más en Cuba, a los obreros cubanos; no ha conseguido el gobierno español —que quería alzar una revolución social en que no cree contra una revolución política que teme—, que se aborrezcan unos cubanos y otros, que los que demandan derechos para sí en su patria, rehúsen trabajar por la creación de la patria en cuya libertad descansarán mañana para abogar por sus derechos.¹¹

Cada vez que repasamos estas certeras ideas de José Martí —tan plenas de patriotismo revolucionario y, a la vez, de solidaridad humana—, no podemos menos que recordar a V.I. Lenin, que con tanto acierto interpretó las concepciones de Marx y Engels sobre la patria, el patriotismo y el internacionalismo proletario. Polemizando con los socialdemócratas alemanes y los anarquistas, a la vez que desenmascara la hipocresía del patriotismo burgués, indecoroso en absoluto en labios de un marxista, Lenin expresa:

Es cierto que en el *Manifiesto Comunista* se dice que los proletarios no tienen patria... Mas de esto no se desprende que sea justa la afirmación... de que al proletariado le es indiferente en qué patria vive: en la Alemania monárquica, en la Francia republicana o

en la Turquía despótica. La patria, es decir, el medio político, cultural y social dado, es el factor más poderoso en la lucha del proletariado... El proletariado no puede permanecer indiferente e insensible ante las condiciones políticas, sociales y culturales de su lucha; por tanto, no pueden serle indiferentes tampoco los destinos de su país.¹²

Desde luego que Martí no pudo conocer estas y otras ideas de Lenin sobre la patria y el patriotismo. La concepción martiana tiene otras raíces. Recuérdese que, desde niño, palpó en la región del Hanábana la agonía de los esclavos, lo que dejó huellas imborrables en su mente. En su vida de presidiario, en el martirio de las canteras, compartió el látigo y el hambre con patriotas de origen campesino, con niños negros, con gente humilde; y las huellas físicas y espirituales del presidio fueron también profundas e imperecederas.

En México hace vida común con obreros y artesanos, se vuelve abanderado de sus necesidades y aspiraciones. Allí, como después en Guatemala, se enfrenta con la discriminación y explotación del indio. En España se relaciona con los obreros y su prensa. En Estados Unidos siente todo el vigor de las grandes batallas de clases, visita los tugurios de los barrios de obreros y de negros, comprende la hipocresía de la bárbara «justicia» norteamericana que está al servicio de los magnates de la industria, la banca, los ferrocarriles y la bolsa. Allí conoce el pensamiento de diferentes grupos socialistas, estudia las ideas fabulosas de Edgard Bellamy y de otros utopistas, y se pone en contacto con algunos trabajos de Carlos Marx.

Por último, en su incesante labor patriótica, vive entre los obreros cubanos emigrados, entre los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso, y en una fecunda interacción entre

líder y masa, bebe en los hábitos, ideas y sentimientos de estos «héroes de la miseria». Se trasluce en muchas expresiones martianas la presencia de Carlos Baliño, al que conoce como marxista y cuyas ideas y actividad tiene en gran estima.

Y en ese eterno peregrinar entre hombres de diferentes clases y capas, de los más encontrados intereses, aprende a diferenciar el egoísmo, la injusticia y la soberbia de los oligarcas, frente a la generosidad, la pureza y el espíritu de lucha y sacrificio de los trabajadores.

Su pupila penetrante observa, además, el ejemplo de las repúblicas latinoamericanas, corroídas por el caudillismo y la falta de intervención popular; pueblos que, como el nuestro, nacieron encadenados por el colonialismo y que se hallaban igualmente amenazados por el imperialismo norteamericano. El caso de Cuba es, en esencia, el de toda la América nuestra, el del mundo colonial y semicolonial.

Así, su pensamiento social avanzado, su espíritu revolucionario y democrático y, particularmente, la unidad de lo nacional y lo universal en su pensamiento y en su acción, constituyen el reflejo de su permanente ligazón con los humildes, con los trabajadores, de su choque con la explotación y la opresión en los países coloniales y dependientes; reflejo que encuentra respuesta adecuada en su recia personalidad y en su extraordinaria calidad humana.

Esto nos ayuda a comprender la coincidencia que en muchos aspectos, y concretamente en el que analizamos, existe entre las ideas de Martí y las de Lenin, entre el pensamiento democrático y revolucionario de nuestros mambises más representativos y la ideología marxista-leninista. Nos ayuda a comprender el silencio obstinado de los gobernantes oligárquicos de la república burgües-

latifundista en cuanto a la médula del ideario martiano y el odio que sentían —no siempre bien disimulado— contra nuestro Héroe Nacional. Y nos esclarece, por último, la razón de que Martí continuara siendo fuente de inspiración y bandera de lucha de los más firmes y leales combatientes revolucionarios durante toda la república mediatizada.

Hoy, como quería Martí, «La patria es dicha de todos, ...y cielo para todos, y no feudo ni capellanía de nadie...»¹³. Al eliminar, en lo esencial, los antagonismos de clases en nuestra sociedad, los intereses de la patria socialista son hoy los intereses de todo nuestro pueblo, de la abrumadora mayoría de los cubanos. Y no existen contradicciones insalvables entre esos intereses nacionales, y los intereses de los trabajadores y los pueblos de los demás países. Antes al contrario, hay una plena y necesaria coincidencia de intereses vitales entre la nación cubana de una parte, y de la otra, la comunidad latinoamericana y caribeña, los pueblos que luchan por conquistar o mantener su libertad e independencia, y en general, con todos los pueblos y fuerzas que batallan ardientemente en el planeta por construir un mundo mejor.

Pero, como en los tiempos en que vivió Martí, el mismo vecino del Norte, infinitamente más poderoso, agresivo, voraz e inhumano que entonces, pretende aplastar a nuestra patria y destruir la hermosa obra de la Revolución. Y este peligro pone de relieve una vez más, de manera muy clara y concreta, el concepto justo de la patria y del patriotismo revolucionario. Un patriotismo inspirado en las gloriosas tradiciones de nuestro pueblo y que constituye una garantía sólida de aquel compromiso expresado por el máximo líder de nuestra Revolución Socialista de que nadie podrá apoderarse de nuestra tierra mientras exista un solo combatiente.

Es indudablemente, en la decisión de lucha y de victoria de nuestros obreros y campesinos, estudiantes e intelectuales, hombres y mujeres, niños y ancianos; en su sano y legítimo patriotismo, ocupa su puesto de honor el ejemplo y el mandato de quien, como José Martí, nos enseñó el camino de la patria libre, y que, como vivió y murió por ella, vivirá siempre en el corazón y en la mente de su pueblo.

Notas

¹ José Martí: *O.C.*, t.18, p. 19.

² *Ibíd.*, *O.C.*, t. 1, p. 93.

³ Centro de Estudios Martianos: *José Martí. Epistolario*. Compilación, ordenación y notas de Luis Guerra Pascual y Eduardo Moreno Pla. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1993, t. IV. P. 143.

⁴ J. M.: *O.C.*, t. 5, p. 468.

⁵ *El Productor*, La Habana, 7 de mayo de 1889, p. 2.

⁶ Centro de Estudios Martianos, *op. cit.*, t. 1, p. 75.

⁷ J.M.: *O.C.*, t. 21, p. 367.

⁸ *Ibíd.*, t. 1, p. 320.

⁹ *Ibíd.*, t. 5, p. 468.

¹⁰ *El Trabajo*, Ceiba del Agua, 27 de mayo de 1892.

¹¹ J.M.: *O.C.*, t. 2, p. 199.

¹² Vladimir Ilich Lenin. *Obras completas*, 4ta. Edición, Editorial Cartago, Montevideo, 1960, t. 15, pp. 183-184.

¹³ J.M.: *O.C.*, t. 4, p. 239.

Martí en los primeros comunistas cubanos

Se conoce universalmente a José Martí como Héroe Nacional y Apóstol de la independencia de Cuba, títulos suficientes para que ocupe un puesto de honor entre los fundadores de pueblos. Pero, en realidad, sus excepcionales méritos sobrepasan, con mucho, la proeza de consagrarse por entero a la causa de la emancipación de su patria hasta dar la vida por ella.

Martí es el más genial representativo entre los forjadores de la nación cubana, y exponente cimero de la cultura nacional; el organizador, ideólogo y dirigente máximo del primer partido político que se creó en el mundo para conquistar la independencia de un país; el líder que supo agrupar dentro de ese partido a todos los hombres y mujeres que perseguían el mismo objetivo liberador, nucleando en su seno no sólo a cubanos, sino también a patriotas de otras nacionalidades —dominicanos, puertorriqueños, mexicanos, italianos, hebreos, españoles, norteamericanos e hijos de otras tierras de América y del mundo—, sin tener en cuenta su origen o posición social, credo religioso, pensamiento político o filosófico, raza, sexo ni otras condiciones similares.

Martí fue el revolucionario radical que sentó las bases de una auténtica república popular, verdaderamente libre, independiente, soberana, democrática y justa, distinta y superior a todas las creadas hasta entonces. Una república que formara a sus ciudadanos en los más altos valores ético-morales, en los principios del patriotismo revolucionario, latinoamericanismo, internacionalismo y antimperialismo, autoctonía, amor a todo lo bello y elevado, rebeldía contra toda injusticia, igualdad de derechos de todos los hombres, confianza absoluta en el pueblo. Una república que fijase como su ley primera el culto a la dignidad plena del hombre.

Martí fue el más tenaz defensor de los humildes, de los obreros, de los oprimidos; juzgó el hábito del trabajo honesto como una condición natural e inalienable del ser humano, y llamó a sustentar la patria nueva sobre dos pilares: el trabajo de todos con las propias manos y la independencia de carácter.

Nuestro Héroe Nacional fue, plenamente, un hombre de su tiempo, pero sobre todo, el genio político excepcional que descubrió la entraña rapaz y la amenaza terrible del imperialismo norteamericano, al que consideró «el peligro mayor» para Cuba y demás tierras de nuestra América. La visión que tuvo del futuro fue tan profunda y abarcadora, que sus geniales previsiones sobre los problemas cardinales del continente probaron su plena vigencia a lo largo del siglo xx, y aún la mantienen a comienzos del siglo xxi. Confirmando sus temores y la justeza de sus advertencias, el águila norteamericana continúa apretando entre sus poderosas garras al grueso de los pabellones de América, con las excepciones de la Cuba revolucionaria, dueña real de sus destinos, de la naciente República Bolivariana de Venezuela, y de un grupo creciente de países —Bolivia, Ecuador, Argentina, Brasil—,

que pugnan denodadamente por consolidar su independencia y soberanía.

Como temió Martí, Estados Unidos se arroga el papel de dueño y gendarme del mundo entero; desata guerras cada vez más monstruosas contra otros países del planeta; multiplica sus amenazas, agresiones y acciones vandálicas de todo tipo contra el mundo pobre y subdesarrollado, y pretende arrebatarse a la América nuestra, con su expoliador proyecto del ALCA, lo poco que a la región le queda de soberanía, autodeterminación y control sobre sus riquezas esquiladas.

Es decir, la validez de las ideas y predicciones del Apóstol no se limitan a la segunda mitad de la centuria decimonónica, sino que, a más de un siglo de haber sido concebidas y proclamadas, constituyen poderosas e imprescindibles armas en la lucha de Cuba por su supervivencia y avance.

Pero, durante los primeros lustros de la república neocolonial cubana (1902-1920), la gran mayoría de la población sólo veía en nuestro Héroe Nacional su legado de patriotismo y sacrificio ilimitado, sin percatarse cabalmente de la trascendencia y el radicalismo de su ideal. Sólo dos sectores de cubanos se hallaban conscientes de esas proyecciones: de un lado, los patriotas que, habiendo vivido y luchado con él en la emigración, lograron sobrevivir a la guerra y regresar a Cuba; y del otro, los enemigos de la causa independentista, que sintieron directamente el látigo de las acusaciones y razonamientos martianos, y que resultaron derrotados en sus intentos de impedir la guerra liberadora y desacreditar la idea de la independencia.

Ya en la república, estos enemigos ideológicos de Martí, muchos de ellos procedentes del ala más reaccionaria

del autonomismo, trataban por todos los medios de ocultar al pueblo el pensamiento radical del Apóstol, y envolvían su figura en un halo místico, romántico, irreal. Tanto era la autoridad y el prestigio de Martí, que sólo por excepción mostraban abiertamente la enemistad que por él sentían, como ocurrió, por ejemplo, con Eliseo Giberga y José Ignacio Rodríguez. Por regla general, decidieron rendirle una pleitesía hipócrita y utilizarlo en provecho de sus ambiciones personales y de sus intereses oligárquicos

Por el contrario, los patriotas más consecuentes —proletarios e intelectuales en su mayoría—, se mantenían fieles a los proyectos y objetivos martianos, y reclamaban decididamente su cumplimiento. Diego Vicente Tejera organizó el primer partido obrero de Cuba y libró intensas batallas basándose en las ideas patrióticas, de justicia social, democráticas, antirracistas y antimperialistas de Martí. Otros como Fermín Valdés Domínguez, Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily, Salvador Cisneros Betancourt, Eusebio Hernández, Enrique Collazo o Carlos Baliño, así como los principales dirigentes obreros procedentes de la emigración, solían apelar a Martí para combatir la dominación yanqui, el robo de nuestras tierras, la opresión política y social, y otros males republicanos. Gonzalo de Quesada comenzó la publicación de las obras completas del Maestro.

La poderosa influencia de nuestro Héroe Nacional se reflejó también en los primeros marxistas cubanos, desde Carlos Baliño hasta Blas Roca y Juan Marinello, en sus organizaciones iniciales, en la creación del primer partido marxista-leninista, en su prensa y en toda su lucha político-ideológica.

Son conocidos, por ejemplo, los libros de Juan Marinello, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez y Gaspar J. García Galló, en los que aflora esa influencia, así como los múltiples trabajos de Guillén, Carpentier, Navarro Luna, José A. Portuondo, Ángel Augier, Le Riverend, Entralgo, Núñez Jiménez, Raúl Ferrer, García Alzola, Sergio Aguirre, Naborí, Martínez Bello, Flavio Bravo, Lionel Soto o Valdés Vivó, por sólo citar algunos de los intelectuales comunistas más destacados en esa temática.

Las páginas de la prensa comunista constituyeron una vía permanente para la divulgación y defensa de las ideas revolucionarias del Maestro. A través de ellas llegaron hasta los sectores más humildes del pueblo documentos medulares como la última carta a Manuel Mercado, el artículo «Hombre del campo», «La guerra social en Chicago», partes fundamentales de las crónicas sobre la Conferencia Internacional Americana de 1889 y, en fin, muestras inequívocas de su pensamiento antimperialista y antirracista, de sus concepciones sobre patria e independencia, de su ideario radical.

En esa prensa tenían cabida, para su fecunda labor martiana, no solamente los ideólogos del Partido, sino también otros intelectuales de reconocida vocación patriótica, democrática, antimperialista y revolucionaria, como Emilio Roig de Leuchsenring y Fernando Ortiz.

Posiblemente sea Juan Marinello el intelectual cubano que, hasta su muerte en 1977, realizó un estudio más indagador —quizás no el más copioso— de la prosa y el verso de Martí, de su lenguaje literario (raíces, formas, estilos), y de algunas proyecciones fundamentales de carácter político e ideológico, como su antimperialismo, su influencia en la Revolución Cubana del siglo xx, su

concepción de «nuestra América» y su presencia permanente.

Si allá por 1933-34, deslumbrado por la hazaña histórica de Lenin y sin comprender aún cabalmente la dialéctica del marxismo, admiró a Martí sólo como genio de su tiempo y no supo aquilatar en toda su magnitud la trascendencia de su pensamiento y de su obra, pronto habría de rectificar su falsa apreciación, y a partir de entonces le dedicaría momentos estelares de su vida. Todo su esplendor y prestigio intelectuales, así como su acción revolucionaria, los pondría al servicio del legado del Maestro.

Pero al quehacer martiano de Marinello no le dedicaremos en este libro un trabajo especial, teniendo en cuenta que ya otros prestigiosos investigadores lo han hecho. Únicamente abordaremos ese trabajo cuando podamos realizar un riguroso estudio que aporte elementos novedosos a lo que ya se ha dicho. Tampoco dedicaremos espacio a otras figuras antes señaladas; nos limitaremos a reflejar, como prueba de la influencia de nuestro Héroe Nacional en los primeros comunistas cubanos, algunos vínculos de Carlos Baliño, Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Carlos Rafael Rodríguez con el ideario del más universal de los cubanos.

Carlos B. Baliño López

A Baliño se le conoce generalmente como el pionero del marxismo en Cuba. Desde su adolescencia en Guanajay (1865), ya expresaba un pensamiento muy avanzado en la prensa de su villa natal, y en la segunda mitad de los años 80 de esa centuria abrazaba, con ciertas inevitables

confusiones, las ideas marxistas. Además, su incansable actividad patriótica se inició en Cuba y se desplegó luego en tierras norteamericanas, junto al resto de la emigración patriótica.

Probablemente conoció a Martí en los primeros meses de 1888, mediante una carta de presentación dirigida por Flor Crombet al Apóstol, fechada el 27 de abril de ese año.¹ Según la carta, Baliño era admirador de Martí desde hacía mucho tiempo, y deseaba ardientemente que el Apóstol colaborara para la revista *El Hogar*, que el patriota guanajayense comenzaría a publicar al mes siguiente en Cayo Hueso. La revista inició su publicación, pero no sabemos si Martí llegó a escribir para ella.

La militancia de Baliño era ampliamente conocida en el sur de Estados Unidos, particularmente en Tampa y Cayo Hueso, e incluso en Cuba, no sólo porque él había proclamado su ideología socialista a través de los periódicos que fundó, como *La Tribuna del Trabajo*, y en las numerosas publicaciones en que colaboró, sino también por su labor de organización y propaganda dentro de los trabajadores, tanto de carácter sindical como patriótico.

Martí le toma gran afecto, llega a sentir por él viva admiración y en sus elogios hace mención, tácitamente, al ideal de Baliño. No otra cosa quiere decir cuando lo califica de «...un cubano que padece con alma hermosa por las penas de la humanidad, y sólo podría pecar por la impaciencia de redimirlas...»² O cuando dice: «Fortuna verdadera para Thomasville, y para Cuba, es que vayan allí hombres como Carlos Baliño, que sabe conciliar la libertad ardiente con la elevación que la acredita y asegura, que padece, angustiado, de toda pena de hombre...»³

Martí cita más de una vez palabras de Baliño; coloca un discurso de este junto a otro del general Roloff en el

periódico *Patria*; comparte con él la tribuna en numerosos actos patrióticos; lo lleva a su lado en una gira que realiza por toda la península de la Florida y conversa frecuentemente con él. En cierta ocasión responde de esta forma a una pregunta de Baliño: «¿La revolución? La revolución no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la república.»⁴

Dos factores decisivos en el nacimiento de tan estrechas relaciones entre Martí y Baliño fueron: primero, el espíritu revolucionario- democrático de Martí y del Partido Revolucionario Cubano; y segundo, la consecuente actitud de nuestro primer marxista con respecto a la lucha por la independencia de Cuba.

De lo primero dan fe unas palabras del mismo Baliño, que tomamos del ya citado discurso publicado en *Patria*, en donde afirma que el Partido Revolucionario Cubano «...tiene bases tan amplias que caben en él con holgura todos los hombres de buena voluntad que quieran servir a la libertad, por indomable que sea su espíritu y por avanzadas que sean sus ideas sobre las palpitantes cuestiones que agitan hoy a los pueblos.»⁵

Por otra parte, la actitud consecuente de Baliño con respecto a la lucha por la independencia de Cuba está presente en su larga hoja de servicios a la patria. Ya en 1881 se distinguen mucho sus actividades patrióticas en la emigración, las que fueron acrecentándose con posterioridad. Baliño fue miembro de numerosos clubes patrióticos: Fermín Salvoechea, Leopoldo Turla, Francisco Vicente Aguilera, Enrique Roig, Diez de Abril, Ramón Pintó, etc. Fue presidente de los tres primeros, y vicepresidente del último. Reunido con Martí y otros emigrados cubanos en Cayo Hueso los días 5-6 de enero de 1892, aprobaron las Bases del Partido Revolucionario Cubano, siendo uno de

sus fundadores. Tomó parte en la elección de Martí y de Benjamín Guerra como Delegado y Tesorero del Partido, respectivamente. En distintas ocasiones fue, provisionalmente, Presidente y Secretario del Consejo de Presidentes de Clubes Revolucionarios de Cayo Hueso. En resumen, fue muy estimada su labor revolucionaria en todos los sentidos.

Teniendo un conocimiento tan directo de José Martí, no es extraño que de él expresara nuestro primer marxista el más elevado concepto:

Aunque Martí es una inteligencia privilegiada, no es por esto que se lleva tras sí el corazón del pueblo; porque, ¡ay!, sobran en este mundo las lumbreras que harían favor al pueblo con apagarse para siempre. Es que, además de ser una lumbrera, una inteligencia privilegiada, es algo superior a esto, es un carácter, una conciencia augusta, un corazón amante y generoso cuyas fibras... responden a todos los gemidos y suspiros de los seres que van por la tierra abrumados bajo el peso de sus cadenas y sus dolores.⁶

Baliño tuvo un alto concepto de Diego Vicente Tejera, que a su vez se vio también muy influenciado por Martí. Aunque el líder tabacalero no había regresado aún a Cuba en 1899, apoyó a Tejera en la fundación del Partido Socialista Cubano ese año. Durante la república, a partir de 1903, Baliño fue el organizador de los primeros grupos y partidos marxistas dentro del país; fundó en 1923 la Agrupación Comunista de La Habana, y dos años después, en 1925, él y Mella fueron las dos figuras más relevantes en la constitución del Partido Comunista de Cuba.

En esa larga ejecutoria de organización, propaganda y lucha ideológica, siempre estuvo presente y actuante el

legado revolucionario de Martí, que marcó su lenguaje, sus ideas, sus acciones, todos sus pasos.

Ya desde 1896, en carta a Rafael Serra, le hablaba sobre su concepción de la violencia revolucionaria con palabras que nos recuerdan al Apóstol. Dice Baliño:

Yo no estoy, *todavía*, por los procedimientos violentos en la cuestión obrera, ni lo estaré mientras tenga esperanza de que por las vías pacíficas puedan llegar a plantearse las fórmulas redentoras del socialismo; pero donde quiera que los que estén en autoridad se opongan a la propaganda y al libre desenvolvimiento de las nuevas ideas, yo seré un rebelde contra esa autoridad, y si me viese en la alternativa de optar entre la revolución social o la perpetuidad del salario, yo optaría por la revolución con todas sus violencias y desastres.⁷

Sus vigorosos pronunciamientos contra la intervención norteamericana en la guerra de Cuba y contra la ocupación militar de la isla por Estados Unidos, así como su denuncia contra la penetración de los monopolios yanquis, muestran el espíritu antimperialista que aprendió del Maestro.

Ese mismo espíritu mueve su combate contra la frustración republicana, contra la corrupción entronizada en las altas esferas de gobierno, y sobre todo, su enfrentamiento al despotismo, a los atropellos y crímenes de las camarillas dominantes.

Así, cuando en 1921 escribe un nuevo prólogo para la segunda edición del libro de H. Davis *La nueva esclavitud*, Baliño plantea:

Hace veinticinco años que se escribió este prólogo (por primera vez). ¡Cuántas cosas han pasado en este

lapso de tiempo que comprueban la exactitud de lo que en él se dice! Ya no es *la pareja de la guardia civil*, representante de la autoridad española, la que *insulta y apalea* al campesino. Ahora son esbirros, representantes de la autoridad cubana, los que *dan goma*. No ha cambiado más que la decoración. Y ese resultado no valía, según la bella frase de Martí, *ni una lágrima de nuestras mujeres, ni una gota de sangre de nuestros hombres*. Y para cambiar el palo por la goma han corrido a torrentes las lágrimas de nuestras mujeres y la sangre de nuestros hombres.⁸

Tres años antes, el 19 de mayo de 1918, había escrito un soneto que reflejaba la frustración del sueño martiano:

Dí, Maestro
¿De qué ha servido tu sublime ejemplo,
ardiente luchador y visionario,
si aquí la libertad sube al calvario
y están los mercaderes en el templo?
¿Ya llegaron las sierpes a la cima?
¿La audacia está triunfante en el pináculo?
¿Invaden los ineptos el cenáculo
y yace la verdad en la honda sima?
¿Hay en el horizonte algo siniestro?
¿En esta hora de angustia y de quebranto
se esfuma acaso la ilusión más bella
que acarició tu corazón, Maestro?
En la bandera que adoraste tanto,
¿están demás el triángulo y la estrella?

Es la misma angustia de muchos veteranos del 95.

El 16 de agosto de 1925, abatido ya por la enfermedad que lo llevaría a la tumba, entregó sus últimas fuerzas a

la fundación del Partido Comunista de Cuba. Así, pudo expresar con toda justeza Blas Roca: «En la persona de Baliño se unen el precursor de la independencia cubana y el luchador por ella, con el precursor, el propagandista y el fundador del partido revolucionario del proletariado.»¹⁰

He ahí otra evidente demostración del entrelazamiento histórico entre martianos y marxistas.

Julio Antonio Mella Mac Partland

Hemos visto la continuidad del legado martiano en los viejos revolucionarios del siglo XIX que sobrevivieron a la guerra y actuaron consecuentemente en los primeros años de la república. Pero, al finalizar la segunda década del siglo XX, no se trataba solamente de la vieja generación patriótica. Una nueva hornada de cubanos, nacidos durante la transición de la colonia a la república, tomaba conciencia de que la oligarquía sometida al imperialismo y sus representantes políticos —los nuevos dueños del país— habían traicionado la causa de lo más honesto y radical del mambisado, particularmente el mandato liberador, democrático y revolucionario de Martí.

Los más limpios e inteligentes jóvenes de esa generación —entre otros, Villena, Marinello, Roig de Leuchsenring, Guillén, Pablo, Roa, Aldereguía—, encuentran en el ideario martiano una preciosa bandera de lucha. Y ese es, también, el caso de Julio Antonio Mella.

De compleción física muy diferente, se producen, sin embargo, entre José Martí y Julio Antonio Mella, sorprendentes afinidades, tanto respecto a experiencias vitales como a ideas.

Ambos eran jóvenes cuando viajaron por primera vez a México: Martí a los 22 años, Mella a los 17. Aunque Martí viene de España, ambos siguen el mismo itinerario a partir de Cuba: La Habana- Progreso- Campeche- Veracruz- México. Utilizan los mismos medios de comunicación: barco hasta Veracruz y ferrocarril hasta la capital azteca. Los dos se sienten fuertemente impresionados durante el viaje por la majestuosidad de la naturaleza, valoran la grandeza de aquel país y su papel preponderante en América, se identifican con el pueblo mexicano, consideran a esa nación como hermana de Cuba y se sienten como hijos suyos.

«Se encoge el corazón de tanta hermosura —había dicho Martí en 1875— ...México crece. Ha de crecer pa. la defensa, cuando sus vecinos crecen pa. la codicia. Ha de ser digno del mundo, cuando a sus puertas se vea librar la batalla del mundo... ¡Oh, México querido!... ¡Oye el clamor de un hijo tuyo que no nació de ti!»¹¹

Mella exclama 45 años después: «...un país montañoso. De panoramas gradualmente bellos, y que probaron que jamás un invasor podría dominar este bravo pueblo, al que pertenezco desde hoy, al pueblo hermano del cubano, con quien espero ver estrechamente unido muy pronto.»¹²

Esa similitud de ideas se manifiesta en relación con todos los problemas fundamentales de nuestra América; en primer lugar, respecto a la imprescindible unión de nuestros pueblos ante la amenaza del imperialismo norteamericano, que es peligro en tiempos de Martí y realidad brutal en tiempos de Mella. Desde 1875, el autor de «Abdala» se pregunta: «¿Qué va a ser de América: Roma o América, César o Espartaco?...». Y proclama: «¡Abajo el cesarismo americano!»¹³ Años después, en el prólogo a sus «Versos sencillos», insistirá; «¿Cuál de nosotros ha olvidado

aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América?»¹⁴

Y el joven Mella, en el México de 1920, sustenta un pensamiento similar en el contenido y hasta en la forma.

Los pueblos hermanos que un pueblo tenaz descubriera, cachorros de un caduco león, son presas de un águila estrellada... ¿Por qué razón? ¿Por qué justicia nos domina Estados Unidos? Por ninguna. Por esa sinrazón, por esa injusticia, es que un odio furioso como un vendaval guarda el pecho mío contra la nueva Cartago... Ese amor a los cachorros de mi sangre, y ese odio santo al águila enemiga, son los que engendran mi ideal de unir a los cachorros.¹⁵

Al pasar de México a Estados Unidos, Mella sufre prisión durante veinte días en una cárcel estadounidense y allí escribe que se halla «en tierra bárbara, oyendo lengua bárbara, y viviendo costumbres bárbaras.»¹⁶

Pero la lucha de Julio Antonio Mella contra el imperialismo y demás formas de opresión nacional, al igual que la solidaridad internacionalista que practicó Martí, no se dirigieron únicamente contra la rapacidad de los EE.UU. ni en defensa exclusiva de los pueblos de nuestra América. Dondequiera que una potencia imperial agredía, explotaba o subyugaba a otros pueblos —Haití o Marruecos, Panamá o La India, Venezuela o Argelia, Nicaragua o Irlanda—, se alzó la denuncia y la condena de aquellos dos gigantes revolucionarios.

Los pocos años que habría de vivir Mella estarían consagrados a la lucha contra las tiranías sangrientas —amantadas por el imperialismo yanqui—, al empeño de

unir en un haz a los pueblos latinoamericanos, a la causa de la emancipación de todos los oprimidos y explotados. Se enfrentará a los procónsules estadounidenses y al servilismo de los presidentes Zayas y Machado, fundará y guiará la Liga Antimperialista de Cuba y será también líder de la organización correspondiente a nivel continental; se solidarizará con la insurrección de Sandino por la libertad de Nicaragua y con la lucha de los panameños por la soberanía sobre el canal. Utilizará la prensa, la tribuna y todos los medios a su alcance para denunciar la dominación semicolonial sobre los pueblos de nuestra América.

La presencia de nuestro Héroe Nacional en la acción y el pensamiento de Mella, se constata continuamente. A fines de 1925, viene a La Habana Víctor Raúl Haya de la Torre, joven peruano que en aquellos días se presentaba como un destacado líder estudiantil y antimperialista. Tan impresionado quedó Mella con la demagogia del visitante, que lo comparó con nuestro Apóstol: «Como Haya debió ser Martí: el mismo amor, la misma consagración al ideal, el mismo espíritu de combatividad serena, pero agresiva y enérgica; igual desprecio a los placeres, a las comodidades, a la vida misma.»¹⁷ Mas, bastaron solamente dos años para que Mella comprendiera que las palabras y las poses revolucionarias de Haya de la Torre constituían un verdadero fraude. No obstante, seguiría intacta en su mente la imagen que se había trazado de nuestro Héroe Nacional.

En una oportunidad, con motivo de la gran manifestación de estudiantes y obreros para protestar por el servilismo proimperialista del Presidente Zayas en el caso de la devolución de Isla de Pinos a Cuba, escribió Mella: «Nos detuvimos frente a la estatua de Martí, donde mis

compañeros pronunciaron algunos discursos inflamados. Queríamos hacer testigo al Maestro de tanta ignominia.»¹⁸

En diciembre de 1925, cuando gracias a una gigantesca manifestación popular, es puesto en libertad después de 29 días de peligrosa huelga de hambre, Mella sostiene que el pueblo de Cuba ha comprendido, con Domingo Faustino Sarmiento, que las «ideas no se matan», y agrega: «No es posible que en la Cuba de Martí, el pensar libremente sea un delito.»¹⁹

En 1926, al visitar en México la muy frecuentada Biblioteca hispanoamericana —que dedica una galería a los próceres de la independencia de América— nota la falta del retrato de Martí, cuya remisión había prometido y no cumplido el ultrarreaccionario periódico habanero *Diario de la Marina*. En carta a su amigo y compañero Emilio Roig de Leuchsenring, Mella se queja de esa ausencia, y además, le pide que done a dicha biblioteca libros suyos y de otros autores cubanos.

Ya desde 1922 Mella se incluyó entre los que «están inspirados en los principios de Martí»; educa a la juventud en esos postulados; y afirma que el movimiento estudiantil demuestra cómo la nueva generación, futura dueña de los destinos de la patria, es digna sucesora de las virtudes e ideales de Martí, Maceo y Gómez.²⁰

Advierte, desde luego, que existen jóvenes que no comprenden la necesidad del heroísmo en nuestro tiempo, pues piensan que la historia cubana terminó con la muerte del Maestro, y que todas las epopeyas gloriosas se agotaron en el siglo XIX con las revoluciones emancipadoras. Mella convoca a esos jóvenes a la lucha, mostrándoles que se vive una hora decisiva en la historia de la humanidad y que se requiere ser dignos de esa etapa sublime. Y al observar cómo las tiranías sangrientas y otros males

insondables asolan a nuestra América, reitera la necesidad de «...crear nuevos Bolívar, nuevos Martí, porque los pueblos de América necesitan otra vez de sus Carabobo, de sus Ayacucho, y de la obra gigantesca, aunque anónima, de la emigración revolucionaria.»²¹ Al luchar tesoneramente por los derechos de los estudiantes, Mella los educa en el cumplimiento de sus deberes patrióticos, latinoamericanistas, internacionalistas y antiimperialistas y en la formación de su personalidad dentro de los más altos valores ético-morales. Una de sus primeras obligaciones es la de difundir sus conocimientos en el pueblo, sobre todo entre los obreros. Mella se inspira en uno de los principios fundamentales sentados por Martí para la educación popular: «Al venir a la tierra, todo hombre tiene derecho a que se le eduque, y después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás.»²²

Partiendo de ese postulado, el Primer Congreso Nacional Revolucionario de Estudiantes (1923), a propuesta de Mella, adopta por unanimidad la Declaración de Derechos y Deberes del Estudiante, que plasma una serie de normas afines a la ética martiana. Además, también a iniciativa de Mella, el Directorio de la FEU crea, en el mismo año, una Comisión de Instrucción Pública, encargada de organizar escuelas para adultos con carácter gratuito.

Mella imparte clases en la llamada Escuela Racionalista, a la que asisten hijos de obreros, y logra que el congreso estudiantil acuerde instituir la Universidad Popular «José Martí», cuyo solo nombre es un exponente de su raíz martiana. Esta peculiar Universidad contó con el apoyo entusiasta de decenas de profesores y otros intelectuales de izquierda y desempeñó un importante papel

educativo durante cuatro años, hasta que fue clausurada por el tirano Machado en 1927.

Otra concepción martiana que se plasma en el quehacer de Mella, tiene que ver con la acción unida de estudiantes y obreros. Ambos parten del mismo principio. Para Martí, «Los estudiantes son obreros: unos trabajan la industria: otros trabajan la razón»²³; para Mella, el trabajador es «hermano verdadero del estudiante (futuro trabajador), y del profesional», y sostiene que «intelectual es el trabajador del pensamiento.»²⁴ De ahí el vigoroso impulso que el fundador de la FEU dio al movimiento de unidad obrero-estudiantil, de la misma manera que Martí había estimulado la acción común de ambos sectores sociales en el México de 1875-1876.

Ambos luchadores revolucionarios sustentan criterios idénticos sobre infinidad de problemas de la más diversa naturaleza. Así, coinciden en cuanto a la relación entre arte y lucha social, política y cultura. Martí sostenía: «¡La justicia primero, y el arte después! ... Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella.»²⁵ Mella proclamaba: «Ni en nombre del arte, ni de la ciencia, ni del derecho, ni de la libertad individual, se puede ser ajeno a esta lucha ... Sólo así puede ser útil nuestra cultura.»²⁶ Para Martí, «Ser culto es el único modo de ser libre.»²⁷ Para Mella, «la cultura es la única emancipación verdadera y definitiva.»²⁸

Ahora bien, Julio Antonio Mella es, a nuestro juicio, el primer representante de la generación nacida en el siglo XX que realiza y nos deja un estudio profundo y acertado, aunque muy breve, de la significación revolucionaria que tiene José Martí, no ya para la lucha contra el colonialismo español, sino para la conquista de nuestra segunda

independencia, de la democracia verdadera y de la justicia social. O sea, pensamos que es Mella el primer joven cubano de aquella centuria que, aparte de reconocer en Martí al héroe, al Apóstol y al precursor, descubre en él a un «contemporáneo y compañero», como justamente lo valorara más tarde Carlos Rafael Rodríguez.

Ese corto ensayo de Mella, de apenas ocho páginas, fue escrito en 1926 y lleva por título «Glosas al pensamiento de José Martí.»²⁹ Constituye el esbozo de un libro que el joven líder acariciaba en su pensamiento y que no pudo escribir por dos razones: primera, la falta de tiempo para las cosas del pensamiento, en una época en que todo el tiempo era corto para hacer; y segunda, el temor de no lograr lo que la memoria del Apóstol y la necesidad del momento exigían. Mella temía que ese libro no estuviera a la altura de aquel hombre que le inspiraba la misma emoción y el mismo sobrecogimiento que se siente ante las cosas sobrenaturales.

Pero Mella consideraba apremiante que esa tarea se acometiera:

Es imprescindible que una voz de la nueva generación, libre de prejuicios y compenetrada con la clase revolucionaria de hoy, escriba ese libro. Es necesario dar un alto, y si no quieren obedecer, un bofetón, a tanto canalla, tanto mercachifle, tanto patriota, tanto adúlón, tanto hipócrita... que escribe o habla sobre José Martí...

Martí —su obra— necesita un crítico serio, desvinculado de los intereses de la burguesía cubana, ya retardataria, que diga el valor de su obra revolucionaria considerándola en el momento histórico en que actuó. Mas hay que decirlo, no con el fetichismo de quien gusta adorar el pasado estérilmente, sino de

quien sabe apreciar los hechos históricos y su importancia para el porvenir...³⁰

El libro debe hacer una acertada interpretación histórica consistente:

...en ver el interés económico-social que creó el Apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental y revolucionaria; estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales; desentrañar el misterio del programa ultrademocrático del Partido Revolucionario, el milagro —así parece hoy—, de la cooperación estrecha entre el elemento proletario de los talleres de la Florida y la burguesía nacional; la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido Revolucionario, etc. Etcétera.³¹

Para Mella, el estudio debía terminar con un análisis de los principios generales revolucionarios del Maestro, a la luz de los hechos del siglo xx. Ese análisis demostraría la vigencia permanente de Martí: «Él, orgánicamente revolucionario, fue el intérprete de una necesidad social de transformación en un momento dado. Hoy, igualmente revolucionario, habría sido quizás el intérprete de la necesidad social del momento.»³²

Mella hace referencia a la república que soñó Martí: independiente, sin tiranías, con democracia pura e igualdad de todas las clases; una república *CON TODOS Y PARA TODOS*. Enumera, además, una serie de rasgos económicos, políticos y éticos que debían salvaguardar a esa república de los vicios que corroían a la sociedad norteamericana.

Mella analiza el patriotismo revolucionario de Martí y su latinoamericanismo liberador —ajenos a todo chovinismo y regionalismo—, y advierte justamente que el eximio prócer «jamás ignoró el carácter internacional de la lucha revolucionaria», que tuvo, sin duda alguna, el concepto del internacionalismo». Y ofrece Mella una definición de vital importancia político-ideológica:

... no es necesario para ser internacionalista odiar el suelo en que se nace, olvidarlo, despreciarlo y atacarlo. Así afirman estúpidamente las plumas reaccionarias y mercenarias que somos los internacionalistas de hoy, los revolucionarios del proletariado. No. Internacionalismo significa, en primer término, liberación del yugo extranjero imperialista, y conjuntamente, solidaridad, unión estrecha, con los oprimidos de las demás naciones.³³

Una de las más importantes facetas de la vida de Martí que Mella pensaba abordar en su libro, es la de su vinculación con el proletariado. Para ilustrar la existencia de esos vínculos, el joven líder comunista apela a significativas expresiones del pensamiento social del Apóstol, y asevera:

Comprendió las grandes fuerzas revolucionarias y constructivas que el proletariado tiene en sí. Por esta razón, durante su estancia en la Florida, entre los tabaqueros de Tampa, no sólo sació su hambre física con el óbolo que orgullosos daban los proletarios de la chaveta, sino que su espíritu se asomó a ese gran paraíso del socialismo internacional.³⁴

Y llega a otra conclusión: «Si la envidia de los roedores del genio no le hubiese llevado a inmolarsse prematuramente

en Dos Ríos, él habría estado al lado de Diego Vicente Tejera en 1899, cuando fundó el Partido Socialista de Cuba..., como Baliño y Eusebio Hernández están hoy con nosotros.»³⁵

Cuando Mella abrazó la causa del marxismo-leninismo, contaba apenas 20 años de edad. Pero, interpretando con singular acierto la ideología más avanzada de todos los tiempos, supo adaptarla a las condiciones concretas de Cuba, vincularla a sus tradiciones históricas, darle un profundo contenido nacional, por lo que en su programa revolucionario se encuentran indisolublemente unidas las concepciones martianas y marxistas. Representante de la revolución social, democrática, antimperialista y nacional-liberadora del siglo xx, se unió a Carlos Baliño, símbolo de la revolución independentista del siglo xix, para fundar el primer partido marxista-leninista de Cuba, y juntos inscribieron en las banderas del nuevo partido los nombres de Lenin y Martí.

A la afinidad de ideas político-sociales entre José Martí y Julio Antonio Mella ha de sumarse la misma escala de valores. El humanismo revolucionario guía sus actos: el amor al hombre, a la patria y a la humanidad, al trabajo y a los trabajadores. En la médula de su pensamiento y de su acción está el hombre; la igualdad de derechos de todos los seres humanos, la solidaridad entre ellos, la generosidad, la lealtad, la fe en el pueblo y en el futuro de la humanidad.

Los dos resuelven de la misma forma la dicotomía patria-familia, conjugando todos los deberes —para con una y para con la otra—, pero de tal modo que nada se anteponga al supremo deber de humanidad. Son fieles al principio martiano de que el hombre es tal, en la medida que sea consecuente con las tareas de redimir a sus semejantes.

El amor es un principio esencial para Martí, como para Mella. El amor al hombre, como se ha dicho, y también el amor a la naturaleza, a todo lo noble, lo bello, lo elevado. Pero con la misma fuerza que predicán ese amor justo y necesario, promueven y encauzan la rebeldía contra todo tipo de injusticia, contra la explotación y la opresión de unos hombres o pueblos por otros, contra las desigualdades sociales, contra la tiranía y el despotismo.

Predican y cultivan, asimismo, las más elevadas virtudes personales, como la honradez, la humildad y la modestia, la valentía, la audacia, el heroísmo, el espíritu de lucha y sacrificio, así como el rechazo tajante de la vanidad, la soberbia, el egoísmo, los privilegios injustos, la hipocresía y la mentira. Fomentan, con el propio ejemplo, el espíritu creador, el pensamiento propio y la fe ilimitada en la ciencia, en el ejercicio de la razón contra el fanatismo y el dogma.

Esa identificación no expresa solamente la grandeza de dos cubanos ejemplares. Constituye, además, una prueba irrefutable de la continuidad histórica, de que las ideas y principios no mueren nunca. Por ello, el mismo ideario y la misma conducta de Martí y de Mella se continúan en los más honestos y decididos combatientes de toda la república oligárquica y neocolonial, se proyectan en lo mejor y más radical de la Revolución del 33; en los héroes y mártires del Moncada, de la guerra en las montañas y de la lucha clandestina, —alcanzando su grado más alto en la figura de Fidel—, y sustentan la obra de la Revolución Cubana victoriosa.

Por eso, hombres como Martí y Mella no son sólo revolucionarios de sus épocas respectivas, sino que viven y batallan también junto a nosotros; ellos enfrentan, con todo nuestro pueblo, las bárbaras agresiones y pérdidas

amenazas del imperio; pelean por la preservación de nuestra independencia y libertades, por la supervivencia de la nación cubana, por la conquista de un mundo mejor y más justo.

Ellos están y estarán siempre entre nosotros, porque, como sentenció Martí: «La muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida; truécase en polvo el cráneo pensador; pero viven perpetuamente y fructifican los pensamientos que en él se elaboraron.»³⁶

Rubén Martínez Villena

Entre los más lúcidos hijos de la generación que nació con el siglo xx, está Rubén Martínez Villena (1899). Se cuenta que en una ocasión, cuando la familia viajaba en tren hacia La Habana, coincidieron en el trayecto con el Mayor General Máximo Gómez a quien le impresionó de tal modo la mirada de aquel bebé, que tomándolo en brazos le vaticinó: «¡Tu vida tendrá luz plena de mediodía!»³⁷

Y así ocurrió. Aquel joven brilló de tal modo, que muchas décadas después de su inmolación por la causa de su pueblo y a pesar de que en ese trecho histórico se ha tapizado el cielo cubano de estrellas inmortales, sigue su luz orientando nuestro camino y su palabra enardeciendo nuestro espíritu. El es otro ejemplo cimero de pasión martiana y marxista.

Hijo de maestro, y maestro él mismo, Rubén expresa sus sentimientos patrióticos desde la más temprana juventud. Lo inspiraban, entre otros hechos heroicos, el rescate de Julio Sanguily, la batalla de Mal Tiempo, la caída del Titán, el fusilamiento de los ocho Estudiantes de Medicina, los gritos de independencia de 1868 y 1895. Con 19 años, escribe un largo y emocionado poema

sobre la muerte en combate de José Martí, versos en que apreciamos la veneración que ya sentía por el Maestro. Veamos unos fragmentos:

Señor de la Palabra, Caudillo de la Idea,
tu verbo fue cual grito pletórico de fe
que al pueblo arrodillado quitó la librea,
rompió las cadenas y púsole de pie;
y fue clarín guerrero llamando a la pelea,
y látigo feroz,
y cetro en que brillaba la libertad futura,
en cuyas amenazas, preñadas de amargura,
el alma de la patria lloraba por tu voz.

Tu obra es una obra de tormento.
Es la de aquel que el alto pensamiento
en una estatua primorosa labra
y le da vida con su propio aliento;
héroe que para entrar en la pelea
te forjaste una espada: la palabra,
en una fragua sin igual: la idea.
Mas la espada trocóse en un machete
y el orador se transformó en jinete
para buscar el trágico bautismo;
hacia el estruendo de la lid marchaste
y, arrojando tu fardo de idealismo,
te dejaste arrastrar en tu heroísmo,
por el propio huracán que desataste.

Águila que cansada de tu vuelo
sentiste la nostalgia de la tierra,
y descendiste rápida del cielo
para morir cual tórtola en la guerra.

Señor de la palabra, Caudillo de la idea,
observa que tu pueblo ya no tiene librea
rompió sus cadenas con sublime altivez;
pero en el día fúnebre en que más alto brillas,
el pueblo redimido se encuentra de rodillas:
itu recuerdo sagrado lo arrodilla otra vez!³⁸

Es un canto al verbo, al pensamiento y la acción del Mártir de Dos Ríos; pero este aparece todavía ceñido por una aureola mística, y, evidentemente, el poeta no se ha percatado aún de que la república en que vive es la antítesis del sueño martiano:

Señor de la palabra, Caudillo de la Idea:
observa que tu pueblo ya no tiene librea
y rompió sus cadenas con sublime altivez.

Sin embargo, el proceso de comprensión de la infausta realidad social y política del país se desarrollará con rapidez en Villena, entre 1921 y 1923. No percibe al principio las causas fundamentales de los graves males de la nación y lo abaten ráfagas de pesimismo; pero ya en 1923 tiene conciencia de esos males —dominación imperialista, dictadura de la oligarquía, opresión social, corrupción política y administrativa—; ya lucha contra ellos y comprende que para erradicarlos es imprescindible una revolución.

Martí está presente en esta toma de conciencia, la que se manifiesta en los poemas de Rubén, en sus acciones de protesta, en los programas que redacta y en las organizaciones que funda. En su «Mensaje lírico-civil» al poeta peruano José Torres Vidaurre, aparece ya, enjuiciada con todo acierto, la frustración de la república, y llega a la conclusión de que:

Hace falta una carga para matar bribones,
para acabar la obra de las revoluciones;

* * * *

para que la República se mantenga de sí,
para cumplir el sueño de mármol de Martí.³⁹

Al escribir «Credo y programa», para el Colegio de Abogados de Cuba, marzo de 1923, Rubén sostiene: «Creo, como Martí, que la libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía.»⁴⁰ Y cuando impulsa, en abril de ese mismo año, la fundación de Falange de Acción Cubana, propone como lema de la organización un pensamiento de Martí: «Juntarse: esta es la palabra del mundo.»⁴¹ La falange clama por constituir de veras en Cuba la república de Martí, y el primero de sus acuerdos es el de imprimir, además del Reglamento de la Asociación, un conjunto de pensamientos del Maestro para circularlos profusamente y que todo el pueblo los conozca.

Villena ve en Martí al más grande de los hijos de Cuba: al «primer orador de la América, y acaso al más personal y formidable de los oradores de la humanidad»⁴²; al combatiente heroico; al forjador de la patria libre. Pero no sólo eso; entre 1925 y 1927 advierte y hace suyos los principios latinoamericanistas, ant imperialistas e internacionalistas del eximio prócer.

Ya en 1927, la Florida no es sólo «un índice que señala hacia Cuba»; su denuncia no se limita a indicar el «peligro del yanqui que vigila», ni lo que padece la patria es solamente «el triste proteccionismo yanqui», como había señalado en su «Mensaje lírico-civil». Ahora escribe su vigoroso ensayo «Cuba, factoría yanqui», en el que, después de hacer un breve recuento de las pretensiones yanquis

sobre Cuba, y mediante un análisis documentado, muestra que EE.UU. controla los sectores fundamentales de la economía cubana y que la situación de la Isla como esclava del capital financiero yanqui se ha asegurado absolutamente. Este ensayo causaría gran impacto en Bruselas, al ser expuesto por Mella en el Congreso Antimperialista de 1927.⁴³

Ya en ese año Rubén ha llegado a la misma conclusión de Martí: «...el enemigo mayor de los pueblos americanos, sobre todo de los indolatinos, es el imperialismo capitalista de los Estados Unidos de América»⁴⁴ Por eso actúa contra él: está entre los fundadores de la Liga Antimperialista de Cuba e integra su dirección; realiza una fuerte campaña contra las agresiones e injerencias de EE.UU., y expresa su solidaridad militante con los pueblos hermanos de la región.

Esa solidaridad es también una muestra de la profundización de su pensamiento latinoamericanista, que tiene expresión en *Venezuela Libre* y *América Libre*, revistas sucesivas que Rubén funda y dirige. En esa labor, estrecha vínculos de compañerismo y de lucha con numerosos venezolanos, peruanos y otros hijos de América Latina radicados en Cuba, luchadores contra las dictaduras que oprimían a sus respectivos países.

Rubén participa principalmente en la campaña que se despliega para que el gobierno cubano rompa sus relaciones diplomáticas con la satrapía de Juan Vicente Gómez en Venezuela. Realza los lazos de gratitud y simpatía que se han creado entre ambos pueblos, y expresa: «La tierra de Martí ha luchado por devolver a la civilización y a la democracia a la tierra de Bolívar.»⁴⁵

Años después, mayo de 1933, al publicar su artículo «Las contradicciones del imperialismo yanqui en Cuba y

el alza del movimiento revolucionario», lo calza con este profundo pensamiento de Martí: «En la naturaleza, como en los pueblos, todo lo necesario se crea, a su hora oportuna, de lo mismo que se le opone y contradice.»⁴⁶

Igualmente suele invocar el nombre del Apóstol para condenar a los tiranos que desatan en la república mediatizada la represión brutal contra el pueblo, y que frustran, también en ese aspecto, los sueños de justicia social del primero de los cubanos. Así, en su poema «Grito» (1933), exclama:

Tabaquero que allá en el Norte
colaboraste con Martí:
¡hoy representa aquel aporte
látigo y hambre para ti!⁴⁷

En fin, Martí estuvo siempre presente en las ideas y en las luchas de Rubén Martínez Villena. Pero esa presencia no se mide sólo por la cantidad de veces que lo cita ni por los honores que le rinde: se aprecia, sobre todo, en los actos, en la conducta y el ejemplo.

Físicamente menudos y delicados de salud, fue total e ilimitadamente generosa la entrega de ambos a la batalla por las causas justas de sus respectivos momentos históricos; por el bienestar material y la integridad moral del hombre. Ambos renunciaron al disfrute de una vida personal regalada, al calor amoroso de la familia y el hogar. Cuando Rubén se enamora de Asela Jiménez le advierte: «Antes que todo, yo soy un hombre honrado. Honradamente, yo no puedo ofrecerte mi vida, ni mi tiempo, ni mi persona; ni siquiera mi pensamiento íntegro. Antes que nada, me debo a la causa, por la cual no olvido que he jurado morir si es necesario.»⁴⁸

En otro momento, cuando su esposa le demanda: «¿Y cuándo viviremos nosotros nuestra propia vida?», él responde con una pregunta: «¿Y cuándo la vivirán los que trabajan de sol a sol?»⁴⁹ Rubén afirmó un día que «el hombre se debe primordialmente a la patria y a la madre», y los que como él sólo tenían patria —pues había perdido a su madre—, se debían doblemente a ella.⁵⁰

Similares respuestas dio Martí a su propia madre y a muchos amigos que le criticaban su vida de sacrificios, que consideraban estériles. Se conoce ampliamente que, en cumplimiento de su deber supremo, sufrió la separación lacerante de sus padres y hermanas, de su esposa e hijo. Recuérdense aquellos versos suyos:

De imagen de mujer memorias pierda,
Que es poco un cuerpo cuando el alma es tanta;
Ni en alma ni en laúd hay ya más cuerda,
Que la que el sueño de la patria canta.⁵¹

Ninguna pasión, ningún dolor, ningún otro deber, nada se sobrepuso al deber patriótico. ¡Con cuánta angustia debe haberle escrito el Apóstol al oculista amigo Juan Santos Fernández aquella nota en que le rogaba la mejor atención para su madre ciega: «Trátamela bien, que ya ves que no tiene hijo. El que le dio la naturaleza está empleando los últimos años de su vida en ver cómo salva a la madre mayor.»⁵²

Hay también un apostolado en Rubén, que pudiendo haberse salvado de la tuberculosis aceptando el sosiego y el reposo fuera de Cuba, prefiere regresar a la patria para pelear contra la tiranía y el imperialismo en calles, plazas, fábricas, talleres, campos y planteles, aunque vaya dejando los pulmones a pedazos en la acción revolucionaria.

Y lo hace conscientemente. Aspira a que, antes de apagarse, la llama de su vida ayude a encender la hoguera de la revolución. Ese final especialmente heroico nos hace recordar aquellos versos suyos de 1918, cuando en una exhortación dirigida a su propia alma le decía:

Emprende rauda subida:
no importa que en tu carrera,
en la zarza que te hiera
vayas quedando a retazos,
porque tus mismos pedazos
me servirán de bandera.⁵³

Esa predicción cumplida de Villena lo vincula a otra predicción también cumplida de Martí: «Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él, para iluminar alrededor.»⁵⁴

El máximo líder de la Revolución Cubana, Fidel Castro, ha patentizado en dos frases históricas la identificación entre los revolucionarios ejemplares que encabezaron las revoluciones del 95, del 33 y del 53: primero, al proclamar que «Martí fue el autor intelectual del Moncada», y años más tarde, al responderle a Villena: «¡Rubén, el 26 de julio fue la carga que tú pedías!»⁵⁵

Notas

¹ *Destinatario José Martí*. Compilación, ordenación y notas de Luis García Pascual. Casa Editora Abril, La Habana, 1999, pp. 169-170.

² José Martí: *O.C.*, t. 2, p. 185.

³ *Ibidem*, t. 5, p. 68.

⁴ Instituto de Historia del Movimiento Comunista y de la Revolución Socialista de Cuba (IHMCRSC): *Mella. Documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 269.

⁵ Biblioteca Nacional José Martí: *Documentos de Carlos Baliño*. Introducción, compilación y notas de Aleida Plasencia. La Habana, 1964, p. 28.

- ⁶ «De Ocala. Carta al Director de *Patria*». Periódico *Patria*, New York, 6 de enero de 1894.
- ⁷ IHMCGRSC: *Carlos Balaño. Documentos y artículos*: DOR del CC-PCC, La Habana, 1976, p. 40. (La cursiva es mía.)
- ⁸ *Ibidem*, pp. 43-44. (La cursiva es mía.)
- ⁹ Copia en el Archivo del Instituto de Historia de Cuba.
- ¹⁰ *Carlos Balaño. Documentos y artículos*, edición citada, p. 96.
- ¹¹ J. M.: *O.C.*, cit., t. 19, pp. 21-22.
- ¹² Addys Cupull y Froilán González: *Antes que llegue el tiempo*. Editora Política, La Habana, 1999, p. 16.
- ¹³ J. M.: *O.C.*, t. 19, pp. 21-22.
- ¹⁴ *Ibidem*: t. 16, p. 21.
- ¹⁵ Addys Cupull y Froilán González: op. cit., p. 137.
- ¹⁶ *Ibidem*, p. 132.
- ¹⁷ *Mella. Documentos y artículos*, edición citada, p. 76.
- ¹⁸ *Ibidem*, p. 160.
- ¹⁹ *Ibidem*, p. 210.
- ²⁰ *Ibidem*, p. 39.
- ²¹ *Ibidem*, pp. 77-78 y 188.
- ²² J. M.: *O.C.*, t. 19, p. 375.
- ²³ *Ibidem*: t. 6, p. 196.
- ²⁴ *Mella. Documentos y artículos*, edición citada, pp. 104 y 89.
- ²⁵ J. M.: *O.C.*, t. 15, p. 433.
- ²⁶ *Mella. Documentos y artículos*, edición citada, pp. 451 y 454.
- ²⁷ J. M.: *O.C.*, t. 8, p. 289.
- ²⁸ *Mella. Documentos y artículos*, edición citada, p. 101.
- ²⁹ *Ibidem*, pp. 267-274.
- ³⁰ *Ibidem*, pp. 267-268.
- ³¹ *Ibidem*, p. 269.
- ³² *Ídem*.
- ³³ *Ibidem*, pp. 271-272.
- ³⁴ *Ibidem*, p. 272.
- ³⁵ *Ibidem*, pp. 272-273.
- ³⁶ J. M.: *O.C.*, t. 6, p. 420.
- ³⁷ Ana Núñez Machín: *Rubén Martínez Villena*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 23.
- ³⁸ Revista *Honda*, La Habana, 2000, No. 4, pp. 60-61.
- ³⁹ Rubén Martínez Villena, *Poesía y prosa*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1978, t. I, p. 142.
- ⁴⁰ *Ibidem*: op. cit., t. II, p. 12.
- ⁴¹ *Ibidem*, p. 279.

- ⁴² *Ibidem*, t. I, p. 252.
- ⁴³ *Revista América Libre*, La Habana, mayo de 1927.
- ⁴⁴ Rubén Martínez Villena, op. cit., t. II, p. 84.
- ⁴⁵ *Ibidem*, p. 281.
- ⁴⁶ *Ibidem*, p. 231.
- ⁴⁷ *Ibidem*, t. I, p. 185.
- ⁴⁸ Ana Núñez Machín, op. cit., p. 60.
- ⁴⁹ *Ibidem*, p. 200.
- ⁵⁰ *Ibidem*, p. 406.
- ⁵¹ J. M.: «Patria y Mujeres». En *O.C.*, t. 17, pp. 111-114.
- ⁵² J. M.: *O.C.*, t. 20, p. 464.
- ⁵³ Ana Núñez Machín, op. cit., pp. 298-299.
- ⁵⁴ J. M.: *O.C.*, t. 20, p. 459.
- ⁵⁵ *Historia de la Revolución Cubana*. Selección de discursos sobre temas históricos. Editora Política, La Habana, 1980, p. 287.

José Martí en Carlos Rafael Rodríguez

Los cubanos que nacieron a partir de la última década del siglo XIX, que no conocieron directamente a nuestro Héroe Nacional, debían encontrarlo en la lectura de sus obras. Pero la divulgación del Martí más trascendente no fue amplia en las primeras décadas republicanas. Hubo esfuerzos serios y necesarios en ese camino, particularmente en los primeros quince tomos de las *Obras completas*, gracias al denodado empeño de Gonzalo de Quesada y Aróstegui, pero esta colección no llegó a concluirse debido a la muerte de su promotor en 1915. Hasta 1936 no circula la Edición Trópico de los textos martianos, al cuidado de Gonzalo de Quesada y Miranda, que publicó su último ejemplar trece años después.

Debemos advertir que en todas esas recopilaciones, y en otras posteriores, faltaron documentos cardinales por su valor ideológico y político, entre ellos las crónicas sobre la luchadora social Lucy Parsons y los artículos «El abogado de los ricos», «La verdad sobre los Estados Unidos», «Revolución en la enseñanza» o «Para las escenas». Este último, por ejemplo, constituye una impugnación tan atrevida y radical de la discriminación del negro y una concepción tan avanzada de la igualdad de todos los

hombres, que permaneció oculto entre los papeles de Martí hasta que fue descubierto y publicado por el Centro de Estudios Martianos en el primer número de su Anuario, en 1978.

Un análisis de particular penetración en el pensamiento del Apóstol fue realizado en 1926 por Julio Antonio Mella, en su breve ensayo «Glosas al pensamiento de José Martí», al cual le dedicamos un espacio en páginas anteriores de este libro. También por esa época comenzó a realizar una labor de divulgación martiana el eminente intelectual antimperialista Emilio Roig de Leuchsenring, quien ya en 1927 publicó su valioso trabajo «Nacionalismo e internacionalismo de José Martí».

No obstante, predomina todavía, incluso en nuestra intelectualidad revolucionaria, la imagen de un Martí heroico y ejemplar, pero cuyo papel revolucionario no traspasaba los marcos del siglo XIX. Algunos jóvenes deslumbrados por la sobresaliente novedad del leninismo, no supieron aquilatar suficientemente la genialidad y vigencia de Martí.

Avanzada ya la década de los 30, empieza a imponerse una nueva visión del insigne prócer, afianzada en un conocimiento más profundo de su ideario y en un análisis dialéctico del proceso histórico de Cuba. También en este vuelco corresponde un lugar preferente a Emilio Roig, sobre todo a su ensayo «El internacionalismo antimperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí». A este seguirían, en la misma etapa, estudios trascendentes de Juan Marinello, Raúl Roa, Salvador Massip, Alejandro Vergara, Blas Roca y otros representantes de la política y la cultura nacionales.

Es precisamente en estos momentos cruciales, en el transcurso de 1930, cuando se estrena en el combate

político-ideológico un joven estudiante cienfueguero, Carlos Rafael Rodríguez, que estaría llamado a desempeñar, desde entonces, un papel de vanguardia en esas lides, incluyendo en su haber una justa revalorización de la personalidad de José Martí.

Carlos Rafael acaba de cumplir diecisiete años cuando lo sacude el impacto de las luchas estudiantiles y reacciona enérgicamente contra el asfixiante clima político que impone a Cuba la tiranía de Gerardo Machado. A esa edad empieza a leer sistemáticamente al Maestro. «En la etapa inicial —ha contado el propio Carlos Rafael—, Martí fue mi guía. Lo descubrí entonces en su dimensión humana y revolucionaria, y me entregué a él ávidamente.»¹

En Martí encuentra razón y acicate contra el crimen, la corrupción, la injusticia y la sumisión al amo extranjero. Integra y dirige el Directorio Estudiantil Universitario en Cienfuegos, funda las revistas *Juventud* y *Segur*, organiza ciclos de conferencias, colabora en el periódico *La Correspondencia*, crea el grupo Ariel, y realiza infinidad de actividades, en todas las cuales el inspirador principal es el Mártir de Dos Ríos.

Se traslada a La Habana en enero de 1934, con lo que su labor ideológica, política y organizativa adquiere mayores dimensiones. Forma parte del Consejo Editorial de la revista *Universidad de La Habana* y milita activamente en varias organizaciones como el Ala Izquierda y el Comité Estudiantil Universitario. Ya la incesante lectura de Martí ha encontrado una conclusión racional en el pensamiento de Lenin, y se vuelve figura destacada en varias publicaciones del Partido Comunista. Colabora en el periódico *La Palabra*, y cuando a este sucede *Resumen*, lo designan subdirector. Ingresa en 1936 en el clandestino Partido Comunista y poco después lo eligen

miembro del Comité Nacional de Unión Revolucionaria, partido legal de los comunistas. En ese mismo año, es nombrado subdirector de la revista *Mediodía*, dirigida por Nicolás Guillén.

Antes de cumplir los veinticinco años, Carlos Rafael ha puesto en práctica algunas de las más relevantes enseñanzas de Martí, entre ellas el imperativo de unir a todos los revolucionarios. Tras una etapa inicial de inmadurez, hasta principios de 1935, en la que predominó entre los comunistas la influencia del extremismo de izquierda, se inicia un esfuerzo por cohesionar en un frente común a todos los sectores sociales y organizaciones políticas que se oponen a la dictadura de Batista-Mendieta. Y Carlos Rafael descuella en esta urgente y espinosa labor. Con toda justeza, refiriéndose al logro de la unidad estudiantil, dijo el abnegado y combativo líder comunista Ladislao González Carvajal: «Carlos Rafael Rodríguez, dada su brillantez intelectual y su consecuencia política, devino la figura más alta de este proceso unitario.»²

Desde su cargo en el semanario *Mediodía*, supo imprimirle, junto a Guillén y otras personalidades, el ideario martiano en general, y particularmente su prédica unitaria. Tomemos una muestra. Ante los obstáculos que interponía al logro de la unidad Ramón Grau San Martín, que se había apropiado del nombre del Partido Revolucionario Cubano de Martí para satisfacer sus ambiciones de hegemonía política, *Mediodía* publicó, en noviembre de 1938, un importante editorial que expresaba en uno de sus párrafos:

Martí pudo ser el líder y el guía de la Revolución del 95, porque tuvo la inmensa ventaja de saber unir a los hombres y de saberlos guiar. El Partido Revolucionario Cubano de aquella época, fue un Partido que

agrupó a los Clubes de la Emigración, a los tabaqueros de Tampa, a los emigrados revolucionarios y al pueblo todo de Cuba. Fue un Partido que limó las rencillas, que creó la hermandad dentro de los cubanos, que hizo amigos a los hombres para luchar contra los enemigos de Cuba. Quien quiera ser líder y guía en las actuales circunstancias cubanas, no tiene otro camino que seguir el ejemplo de Martí.³

Este Editorial no lleva firma, pero su lenguaje y su estilo eran los de Carlos Rafael, quien había ocupado transitoriamente la dirección de la revista cuando Guillén emprendió un largo viaje a México y a la España republicana.

En este proceso de luchas populares, Carlos Rafael va descubriendo en Martí al revolucionario radical, al genio político que no sólo es capaz de comprender a cabalidad los problemas acuciantes de su isla idolatrada y de su patria mayor, nuestra América, y de asumir las responsabilidades que supone la batalla por la solución de esos problemas, sino que sabe prever con sabiduría los peligros que el futuro puede depararles, e indicar la manera de enfrentarlos. Es decir, Carlos Rafael advierte, junto a la grandeza del Martí pasado, la compañía necesaria y vivificadora del Martí presente, y afirma que es un orgullo para pocos pueblos en el mundo, tener antepasados tan vigentes y próximos.⁴

Al observar cómo en el 98 se frustran los objetivos de independencia plena y cómo en lugar de la república democrática «con todos y para el bien de todos» augurada por Martí, se había instaurado una república oligárquica, «con los ricos y para los ricos», Carlos Rafael entiende que la revolución que la patria exigía era, en primer término, la revolución de Martí. Por tanto, este devenía

también, de modo natural, líder y combatiente de la nueva revolución.

Carlos Rafael asume de dos modos el legado martiano: primero, interpretando con fidelidad su pensamiento y pregonándolo a todo pulmón; y segundo, haciendo buena su prédica mediante la práctica revolucionaria. Subraya la intransigencia patriótica de Martí, que nunca se dejó tentar por soluciones falsas, como el reformismo y el anexionismo, ya que entendía que la única solución verdadera al problema de Cuba radicaba en su independencia absoluta: la patria, libre de España, de los Estados Unidos y de cualquier otro país del mundo.

También expresa Carlos Rafael que Martí comprendió, evidenciando su genio político, que la metrópoli española, aunque poderosa todavía, no podría contener el empuje del pueblo cubano alzado en armas; que el peligro mayor no estaba, pues, en la España colonialista, sino en el vecino del Norte, pujante y codicioso, en la cercanía desbordante de la economía norteamericana.

Asevera Carlos Rafael que Martí fue el primero que le mostró la realidad profunda de los Estados Unidos, donde ya el capitalismo de libre competencia era sustituido por el capitalismo monopolista. Martí vive en «las entrañas del monstruo» y observa el surgimiento de los monopolios, el ímpetu creciente del capital financiero, la formación de una oligarquía financiera —a la que llama «aristocracia pecuniaria»—, las desmedidas ambiciones sobre Cuba, América Latina y Canadá, y sus rivalidades con Europa.

El análisis del antimperialismo martiano ocupa gran parte de la obra de Carlos Rafael. Repara en las obligadas limitaciones de nuestro patriota mayor, pero admite sus sorprendentes aciertos y previsiones, mucho más

asombrosos si se tiene en cuenta que en la época que le tocó vivir, Martí no contaba con los instrumentos científicos ni metodológicos indispensables para un estudio del fenómeno imperialista, como lo haría Lenin décadas después.

Señala Carlos Rafael que Martí nos da en su obra la tarea revolucionaria de hoy —la revolución latinoamericana que está por hacer—, y engarzando las previsiones del Apóstol con las circunstancias de América y del mundo en las postrimerías del siglo xx, el prestigioso intelectual cienfueguero llega a la conclusión de que, hoy por hoy, la revolución latinoamericana es la revolución contra el imperialismo norteamericano, la que no empezará siendo una revolución socialista, pero tampoco tendrá su realización plena si no se transforma en revolución socialista.⁵

Indisolublemente vinculadas a su patriotismo y antimperialismo revolucionario, analiza Carlos Rafael las proyecciones universales y latinoamericanas de Martí. Él tuvo una concepción internacionalista de patria; se solidarizó con las luchas nacional-liberadoras y democráticas de todos los pueblos oprimidos; expresó su amor sin fronteras a la humanidad; dio a la revolución que dirigía una significación no sólo nacional, patriótica, sino también latinoamericana y universal. Así, nuestras raíces internacionalistas vienen no sólo de Marx y de Lenin, sino también de Martí.

Examina Carlos Rafael las medulares ideas del Apóstol en torno a la comunidad de raíces históricas, cultura, intereses y aspiraciones de los pueblos latinoamericanos, que han enfrentado tradicionalmente a enemigos comunes, que necesitan unirse estrechamente para lograr su segunda independencia y para progresar en todos los

sentidos. Constatando la tesonera actividad desplegada por Martí en defensa de nuestra América y contra el panamericanismo imperialista, sobre todo en ocasión de la primera Conferencia Internacional Americana y de la Conferencia Monetaria Internacional; percibiendo su significativa contribución a la lucha por la independencia de Puerto Rico, la bienvenida que dio a los latinoamericanos e hijos de otras tierras en los Clubes revolucionarios y en el periódico *Patria*, y su constante labor de acercamiento de nuestros pueblos, el autor de *Letra con filo sostiene*: «No hay aún entre nosotros mejor lección de latinoamericanismo esencial.»⁶

Carlos Rafael establece cierto paralelo entre nuestro Héroe Nacional y próceres de la independencia americana: Bolívar, Sucre, Artigas, San Martín. Son las más altas cumbres de la gloria continental, pero ninguno de ellos puede equipararse a Martí en cuanto a la actualidad de sus enseñanzas. Entiende que, teniendo en cuenta la diferencia de épocas, el papel histórico de Martí se acerca más, en cierto sentido, al de José Gaspar Rodríguez de Francia en Paraguay —pese a las críticas que le hizo el Apóstol— y al de Mariano Moreno en Argentina. Coincide con Carlos Aldao, el prominente intelectual y diplomático argentino, amigo y compañero de trabajo de Martí, quien llamó a este «el Mariano Moreno de los cubanos.»⁷

Precisamente uno de los más señalados aciertos de Carlos Rafael es el de descubrirnos al Martí real, hijo de su tiempo, continuador, a un nivel más alto, de los grandes próceres latinoamericanos, y predecesor de los revolucionarios de hoy, a quienes sirve como guía pese a haber vivido hace más de cien años, en circunstancias muy diferentes a las del mundo actual. Nos muestra un Martí totalmente distinto del héroe intangible, del pensador

iluso, del mito que solían presentarnos los ideólogos de la burguesía; pero lo hace sin convertirlo artificialmente en un abanderado del socialismo.

Concuerda con Blas Roca en que a Martí hay que medirlo en función de «...las peculiares condiciones en que se formó su liderazgo revolucionario; en el escenario, en el medio y el objeto de sus luchas y acciones.»⁸ Y sostiene Carlos Rafael:

Céspedes, Aguilera y Agramonte no hubieran podido fraguar una rebelión de tanta intensidad como la del 68, ni Martí preparar una insurrección del alcance de la del 95, en los principios del siglo XIX, en que la mayor parte de la burguesía cubana se inclinaba por el sendero del compromiso con España y en el pueblo no habían madurado aún las ideas separatistas.⁹

Bolívar, en cambio, con toda su grandeza, no podía ser antimperialista, ni sustentar concepciones políticas y sociales tan avanzadas como las de Martí, porque, entre otras razones, murió antes que apareciera el imperialismo moderno, y antes de que se agudizaran en los pueblos que liberó las contradicciones entre capitalistas y obreros.

Pero el radicalismo de José Martí, advierte Carlos Rafael, no puede confundirse con el socialismo. La república a la que él aspira es democrático-burguesa, y se basa en el equilibrio de las fuerzas sociales. Sin embargo, por su carácter sumamente avanzado para la época, el gran pensador la concibe diferente a todas las demás repúblicas que se han constituido en el mundo, incluyendo tanto a las más democráticas como a las repúblicas feudales de Sudamérica. Tan diferente —advertimos nosotros—,

que sus postulados sólo pudieron cristalizar mediante una revolución socialista.

Martí se identifica con las demandas y las luchas de los obreros, entiende su papel decisivo en la batalla por la independencia y en la república que proyecta, pero rechaza la violencia de clases: lo espera todo de la vía evolutiva.

Llegado este punto, nos parece necesario advertir que es probablemente Carlos Rafael Rodríguez el primer cubano que realiza un análisis objetivo, abarcador y convincente del pensamiento social de José Martí, y, en particular, del papel que este atribuye a los trabajadores y sus luchas por la transformación de la sociedad.

Sobre el pacifismo de Martí en cuanto a las luchas clasistas, apreciamos que en los últimos años de su vida comienza a justificar, e incluso a prever, la necesidad de la violencia, y también de la revolución social. Ya en 1887, en su defensa de los Mártires de Chicago, acepta que, «...agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso... acude al remedio violento.»¹⁰ Y cuando se aproxima el estallido del 95, previene en varias ocasiones sobre la posibilidad de nuevas guerras en la república si se burlan los objetivos de justicia social de la revolución, si la libertad conquistada «sirve de pretexto», dice, «para mantener a unos hombres en el goce excesivo, y a otros en el dolor innecesario.»¹¹ En ese sentido, le escribe en 1894 a Fermín Valdés Domínguez: «Y juntos, probablemente, moriremos en el combate necesario para la conquista de la libertad, o en la pelea que con los justos y desdichados del mundo se ha de mantener contra los soberbios para asegurarla.»¹²

No obstante, nunca se pronuncia categóricamente por la revolución proletaria.

En fin, Carlos Rafael concluye que Martí no es socialista: «...es radical en sus proyecciones y planes, y tan atrevido como se lo permiten las circunstancias en que actúa, la clase que encarna y la responsabilidad de forjador de un frente único en el que quiere reunir lo mismo al tabaquero del exilio que a su patrón criollo, al antiguo esclavo que al amo desposeído.»¹³

Ahora bien, si no puede considerársele marxista, tampoco fue Martí enemigo del socialismo. Por el contrario, rindió muy cálido homenaje a Carlos Marx —pese a criticarle que predicaba la violencia de clase y que anduvo «de prisa»—; habló con simpatía de los socialistas norteamericanos, y, como apunta Carlos Rafael, no rehusó sino procuró la compañía de quienes, como Carlos Baliño, proclamaban la teoría socialista.¹⁴

Además, son numerosos los puntos de coincidencia en los programas y objetivos de Martí y de los comunistas cubanos: la misma intransigencia en la lucha por conquistar o defender nuestra independencia y soberanía, nuestra identidad nacional y cultural; la misma práctica consecuente de la solidaridad internacionalista, del latinoamericanismo liberador y del antimperialismo; idéntico reconocimiento de la igualdad de derecho de todos los hombres, por encima de razas, nacionalidades, credos, etcétera, y repulsa a toda discriminación injusta y humillante; igual desvelo por la participación real y objetiva del pueblo en la dirección de la sociedad, como la forma más alta de democracia; propuestas igualmente consecuentes para el desarrollo económico, científico-técnico, social y cultural de nuestros países, atendiendo a las exigencias concretas de cada época; los mismos criterios sobre el concepto, contenido, fines y métodos de la educación; similares ideas capitales en torno al

carácter y el papel del arte, la literatura y demás manifestaciones culturales; la misma aspiración a una sociedad basada en el trabajo de todos, en la paz, la justicia y la prosperidad. Martí no le dio nombre a esa sociedad nueva, pero previó su instauración al final de la tercera etapa que, según él, vivía la humanidad desde el triunfo de la Revolución francesa, y la caracterizó con estas palabras: «¡Quién sabe, nadie aún puede saber; cuándo la cuarta venturosa época iluminará y revivirá!»¹⁵

Junto a estas asombrosas coincidencias, hay un sistema de principios éticos y morales que identifican al magisterio de Martí con el de nuestra dirección revolucionaria, particularmente con el Che y Fidel: humanismo revolucionario, rebeldía contra la injusticia, contra la opresión o vasallaje de unos hombres por otros, estricto cumplimiento del deber, desprendimiento, abnegación, sacrificio sin límites, criterio propio, valentía, heroísmo, honradez, modestia, lealtad; en fin, el culto a la dignidad plena del hombre.

Por todo ello, podemos afirmar con Carlos Rafael que hay un hilo conductor entre la Revolución de 1895 y la de 1959, que enhebra todas las luchas democráticas, antimperialistas y revolucionarias a lo largo de la república neocolonial; un hilo que une a los organizadores, ideólogos y combatientes más radicales de las diferentes etapas de nuestro proceso revolucionario.

No es casual que los combatientes del Moncada, del Granma, de la Sierra y del Llano —Abel, Frank, Camilo, Che, Raúl y otros más hasta lo infinito— proclamaran de formas diversas su ideario martiano; que muchos de ellos tuvieran también en sus bibliotecas obras de Marx y Lenin, y que no vieran contradicción alguna en ser, a la vez, martianos y marxistas.

El ejemplo supremo de esa fusión maravillosa es el del joven abogado que encabezó la última etapa de luchas por nuestra emancipación nacional y social, Fidel Castro, quien, como ha dicho Carlos Rafael:

...nos ha mostrado siempre aquel sentido humano y moral que prestó al pensamiento y la obra revolucionaria de José Martí resonancia singular, y como Martí, ha podido adelantarse a su tiempo, incorporando a la clarividencia magistral de sus análisis la óptica científica del marxismo-leninismo.¹⁶

De modo que podemos afirmar también con Carlos Rafael:

Los dirigentes de la Revolución de 1959 comprendieron el momento en que vivían y entendieron con toda claridad lo que José Martí habría entendido si hubiera vivido en nuestros propios tiempos y no en la Cuba y en la Norteamérica de finales del siglo XIX. Y de ahí que si la Revolución de 1959 lleva al 26 de julio hacia las vías del 7 de noviembre, si el documento formidable que es *La historia me absolverá* desemboca inexorablemente en el *Manifiesto comunista*, también *La historia me absolverá* tiene como origen, como inicio, el *Manifiesto de Montecristi*.¹⁷

He ahí las dos raíces medulares —nacional una, internacional la otra— de la Revolución Cubana victoriosa. Ellas empalmaron los objetivos radicales de la Revolución del 95 con las exigencias irrenunciables de los tiempos nuevos. Por eso puede afirmar Carlos Rafael que, cuando Fidel proclama a Martí como autor intelectual del Moncada, no está haciendo una frase de galería para la historia, está reconociendo que Martí se prolonga en nuestra Revolución, que pelea también hoy junto a nosotros.

Hemos querido presentar, lo más resumidamente posible, algunas muestras de cómo ha percibido Carlos Rafael Rodríguez el pensamiento, la vida y la significación de nuestro Héroe Nacional. En otra ocasión expondremos la forma en que se han reflejado en él aristas no menos atrayentes y polémicas de la personalidad del Maestro, como son, por ejemplo, sus concepciones sobre filosofía, religión, historia o economía; su visión de la ciencia y el papel que ella desempeña en la lucha contra la ignorancia y el fanatismo, así como en la formación del hombre nuevo; sus análisis sobre personalidades descollantes de Cuba y del mundo; sus cualidades de maestro, periodista, poeta, orador o estratega; y muchas otras proyecciones.

A nuestro juicio, con toda la brillantez de esa interpretación teórica —amplia y profunda, objetiva y apasionada al mismo tiempo— que ha hecho Carlos Rafael a lo largo de varias décadas, hay en él, para nosotros, algo más honroso y meritorio todavía: el hecho de predicar con el ejemplo. Guiándose tal vez por aquella sentencia martiana que plantea «hacer es la mejor manera de decir», él ha ocupado siempre, desde su más temprana juventud, un puesto de vanguardia en la lucha riesgosa y prolongada por convertir en realidad el sueño de José Martí y las luminosas ideas de Marx, Engels y Lenin; ha sido absolutamente fiel a la causa de su pueblo, y ni siquiera los difíciles y agotadores años vividos pudieron mellar el filo de su pensamiento ni doblegar su voluntad de lucha.

Tiene, pues, toda la moral para educarnos en el espíritu del más grande de los cubanos, y llamar, como lo ha hecho, a todo nuestro pueblo, particularmente a la juventud, para que marchemos firmes por el camino de Martí y por el camino del Che.¹⁸

Si nuestro insigne cienfueguero concibe a Martí no sólo como guía de su tiempo y anticipador del nuestro, sino como contemporáneo y compañero, nosotros vemos en Carlos Rafael a uno de esos hombres a quienes se refirió una vez Martí como sus «...compañeros desconocidos de la historia de mañana», que lucharían «...para la creación en nuestra tierra de un pueblo feliz y libre.»¹⁹

Notas

¹ Carlos Rafael Rodríguez: *Letra con filo*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, t. 2, p. 569.

² *Ibíd.*, t. 3, p. 15.

³ Revista *Mediodía*, La Habana, 7 de noviembre de 1938, p. 5.

⁴ Carlos Rafael Rodríguez, op. cit., t. 3, p. 229.

⁵ *Ibíd.*, p. 240.

⁶ *Ibíd.*, p. 258.

⁷ *Así vieron a Martí*. Prólogo y notas de Gonzalo de Quesada y Miranda. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, p. 9.

⁸ Carlos Rafael Rodríguez, op. cit., t. 3, p. 203.

⁹ *Ibíd.*, p. 44.

¹⁰ J. M.: *O.C.*, t. 11, p. 337.

¹¹ *Ibíd.*, t. 2, p. 255.

¹² *Ibíd.*, t. 4, p. 325.

¹³ Carlos Rafael Rodríguez, op. cit., t. 3, p. 208.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 257.

¹⁵ J. M.: *O.C.*, t. 21, p. 76.

¹⁶ Carlos Rafael Rodríguez, op. cit., t. 3, p. 190.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 215.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 251.

¹⁹ J. M.: *O.C.*, t. 1, p. 303.

La huella de Martí en Fidel y los moncadistas

Nunca han sido inútiles las batallas libradas por los pueblos en aras de una causa justa, aunque algunas de ellas se hayan perdido transitoriamente. Asimismo, nadie podrá borrar jamás de la memoria y del corazón del pueblo, las ideas y el ejemplo de aquellas personalidades que han encarnado los grandes anhelos y necesidades de una nación o de una época. Pueden morir físicamente esos líderes; pero su legado pasa a enriquecer el acervo de las generaciones sucesivas, y nuevas personalidades se hacen portadoras de la mejor herencia histórica, vinculada a las ideas más avanzadas de su tiempo. Sólo con ese constante relevo puede explicarse el curso siempre ascendente del progreso social.

Así, pensamos que marcan hitos decisivos en el desarrollo de la sociedad cubana y de sus históricos avances, el nacimiento de la nacionalidad cubana, ligada a hombres como Varela, Heredia y Luz; la primera gesta independentista, iniciada por próceres como Céspedes y Agramonte; la guerra del 95, encabezada por Martí, Gómez y Maceo; las batallas republicanas por nuestra emancipación nacional y social —particularmente la revolución del 33—, con figuras como las de Mella, Villena,

Guiteras o Blas Roca, batalla cuya última etapa tuvo en su vanguardia a la Juventud del Centenario, bajo la guía certera de Fidel Castro.

No concebimos ninguno de estos hitos —con sus ideales y acciones, logros y reveses—, sin el influjo decisivo de los acontecimientos y los hombres que les precedieron.

Dentro de ese amplio contexto, abordaremos la relación entre José Martí y los combatientes del Moncada, poniendo el énfasis en la ejecutoria de Fidel antes de 1959.

En la formación moral, revolucionaria y humana de Fidel, como de otros representantes de la juventud cubana de vanguardia, habían ejercido una influencia decisiva la vida ejemplar y el pensamiento patriótico, antimperialista, democrático y socialmente avanzado de nuestro Héroe Nacional.

Martí —ha dicho Fidel— nos enseñó su ardiente patriotismo, su amor apasionado a la libertad, la dignidad y el decoro del hombre; su repudio al despotismo y su fe ilimitada en el pueblo. En su prédica revolucionaria estaba el fundamento moral y la legitimidad histórica de nuestra acción armada. Por eso dijimos que él fue el autor intelectual del 26 de julio.¹

Es lógico que estas ideas ejercieran el influjo más poderoso sobre nuestro pueblo durante la república burguesa latifundista, efecto que no podían producir entonces las ideas del socialismo científico. Debido a las sistemáticas campañas desatadas contra los comunistas por los ideólogos y propagandistas de la oligarquía dominante, a través de los órganos de difusión y otros poderosos medios de que disponían, era inevitable que los prejuicios en relación con los comunistas confundieran a una parte

de la población, haciendo difícil la propagación de dicha ideología.

No ocurría lo mismo con las ideas de Martí. Habiendo sido la figura más alta de nuestras luchas independentistas en el siglo pasado, su nombre era profundamente querido y respetado por nuestro pueblo, y, por radicales que fueran sus concepciones políticas, resultaba imposible presentarlas como una ideología exótica, ajena a nuestra idiosincrasia y tradiciones, argumento que se utilizaba calumniosamente contra la doctrina universal del marxismo-leninismo.

Además, el ideario martiano había sido bandera de lucha de lo más avanzado y progresista de nuestro pueblo desde la primera ocupación militar yanqui, incluyendo a personalidades relevantes que procedían de distintas clases y sectores sociales, de variadas corrientes políticas e ideológicas.

Ante la frustración de las aspiraciones de independencia plena, democracia real y justicia social, destacados representantes del mambisado y de las clases no oligárquicas —Tejera, Baliño, Sanguily, Valdés Domínguez, Eusebio Hernández o Julio César Gandarilla, por ejemplo—, defendieron el ideal martiano en la prensa, en la tribuna, en organizaciones políticas y sociales, e incluso en el Congreso de la República.

A partir de los años 20, surgió una pléyade de intelectuales progresistas y revolucionarios —Mella, Villena, Marinello, Roa, Roig de Leuchsenring o Carlos Rafael Rodríguez—, que comenzaron a sacar a la luz el pensamiento más radical de Martí. Al mismo tiempo, los comunistas cubanos inscribieron los postulados martianos en sus banderas de lucha por la emancipación nacional y social.

De ese modo, a través de una labor ardua y constante de las fuerzas más honestas y combativas del país, sectores cada vez más amplios de nuestro pueblo fueron educándose en el pensamiento profundamente revolucionario de José Martí.

Los servidores de la oligarquía dominante apelaban a todos los recursos para contrarrestar esa imagen de revolucionario radical que caracterizaba a nuestro Héroe Nacional. Hacían todo lo posible por que las masas lo vieran como un hombre apaciguador, conciliador, sin odios para nadie, tolerante con los enemigos. Daban con frecuencia a su grandeza un sentido místico, o interpretaban sus heroicas acciones y su pensamiento de un modo romántico, desligándolo de los problemas apremiantes de la nación cubana.

Sin embargo, esos tergiversadores no pudieron evitar que las fuerzas más conscientes y avanzadas del país presentaran constantemente al Maestro no sólo como un eximio poeta, orador, periodista, maestro, etc., sino también como un héroe que entregó total y abnegadamente su vida a la independencia de su patria, como un combatiente de vanguardia que se destacó por su rebeldía indomable, su identificación con los humildes, su antimperialismo, su firmeza de principios, su espíritu de lucha y sacrificio.

Es lógico, pues, que a medida que iba siendo conocida en toda su magnitud aquella imagen suya que se había adentrado en el corazón de los cubanos desde la niñez, Martí se agigantara hasta convertirse en guía y paladín de la lucha por la transformación de la sociedad cubana.

De ahí que, al instaurarse la dictadura reaccionaria abierta con el golpe militar del 10 de marzo de 1952, aplastando de un tajo la esperanza popular de cambios cifrada

en las elecciones de junio de ese año, Martí constituyera fuente de inspiración para aquellos sectores —particularmente de la juventud— que no acataban la nueva situación y que juraron salvar a Cuba a cualquier precio. «La obra de Martí —dijo Fidel cuando fue asaltado y destruido el estudio del escultor Hidalgo—, es una perenne acusación contra los hombres que hoy gobiernan contra su voluntad al soberano pueblo de Cuba.»²

* * * *

La colina universitaria fue centro constante de reunión de varias agrupaciones juveniles. Y uno de los primeros pasos dados por ellas en la lucha contra la dictadura, fue precisamente el de crear una organización basada en el ideario de nuestro Héroe Nacional: la Unión Martiana de la Juventud. Su actividad se inició con la elaboración de un «Juramento Martiano», calzado con las firmas de unos 300 jóvenes de todo el país que representaban a numerosas organizaciones estudiantiles, obreras, políticas, sociales, deportivas, religiosas, masónicas, etc., de los más variados credos e ideologías.

En ese documento, los firmantes citaban postulados esenciales del ideario martiano y se comprometían a la lucha intransigente por su realización. Así, al invocar el culto permanente de Martí por las libertades públicas, los derechos democráticos y su batallar constante contra el despotismo, exclamaban: «Te juramos, Maestro, luchar con todas nuestras fuerzas por defender las libertades democráticas del pueblo, y por echar hacia atrás la garra de la tiranía.»³

Del mismo modo, se iban apuntando, entre otros aspectos del mandato martiano, la lucha por la independencia

plena de la nación, sin mermas de la soberanía ni interferencias extranjeras, y por un desarrollo político y económico libremente regido por los cubanos y orientado a satisfacer las necesidades e intereses del pueblo —»Cuba, libre de España y de los Estados Unidos»—; la defensa de los humildes, de los trabajadores, contra los que atesoran riquezas a costa de las mayorías —»Es preferible el bien de muchos a la opulencia de pocos»— la solución pacífica de los problemas entre las naciones —»El porvenir es la paz»—; la igualdad de todos los hombres, la escuela laica, la educación científica, la unidad de todos los cubanos interesados en la libertad y el progreso de Cuba.

Y finalizaba el documento con estas palabras: «¡Te juramos, Maestro, cumplir el legado histórico que nos dejaste, y darlo todo —nuestra vida, si preciso fuera— por hacer de Cuba la patria independiente, libre, pacífica, progresista y feliz que tú quisiste!»

Precisamente el mes de enero de 1953 ofrecía un marco histórico adecuado para que cuajara el movimiento de protesta y de lucha de la juventud. Se conmemoraba el Centenario de José Martí, y en respuesta a los agasajos oficiales, atiborrados de hipocresía y de cinismo, era necesario rendirle al Maestro el único homenaje real y merecido: el del combate por conquistar la patria que él soñó.

Se realiza entonces, en la noche del 27 de enero de 1953, el Desfile de las Antorchas, que alumbraría con sus llamas y gritos de combate, más que las calles por donde avanzaba la muchedumbre, el camino que iba a seguir la Revolución. Y al día siguiente, 28 de enero, en una nueva y poderosa manifestación de desagravio a José Martí, miles de estudiantes, obreros, empleados y pueblo en general,

parten de la Escalinata Universitaria, recorren las calles y llegan a la estatua de Martí en el Parque Central de la Habana, cantando el Himno Nacional y coreando consignas contra la tiranía: «¡Constitución!», «¡Unidad popular!», «¡Centenario con libertad!», «¡Revolución!», «¡Revolución!»

En esa muchedumbre se destacaba un grupo de varios miles de jóvenes que, ocupando seis cuadras, sorprendían por su perfecta formación. Entre estos se hallaban muchos de aquellos que seis meses más tarde plasmaban en la acción armada las ansias de redención de su pueblo. Era la hornada que, en honor a los ideales del Apóstol y a la histórica conmemoración que sirvió de marco a los cien años de su nacimiento, ha sido llamada acertadamente la Juventud del Centenario. Al frente de ella marchaba Fidel: «Ya habían encontrado un Jefe —como expresara el compañero Raúl Castro—, e iban en busca de nuevos caminos de lucha.»⁴

No es difícil descubrir en la intrépida generación del 53 las huellas del genial ideólogo y organizador de la gesta del 95. En la pequeña biblioteca y en los hogares de aquellos jóvenes, en su inmensa mayoría trabajadores humildes, ocupaban un lugar de honor los libros, estatuillas, bustos y retratos de José Martí. Contaba Haydée Santamaría con qué devoción habían estudiado el Manifiesto de Montecristi, los Estatutos del Partido Revolucionario Cubano y otros documentos y materiales de la Revolución Independentista.

Recuerdan los familiares y compañeros de aquellos héroes que muchos de ellos, como Marcos Martí, respondían severamente, desde niños, a quienes se mostraban irrespetuosos con la figura de nuestro Héroe Nacional; que invocaban a Martí y Maceo —como procedieron Melba

Hernández y Haydée Santamaría en el hospital Saturnino Lora aquella mañana memorable—, para increpar a quienes no asumían una actitud viril ante los crímenes de los esbirros; jóvenes que, como Carmelo Noa, expresaron su deseo de ser enterrados al morir junto a los restos del glorioso mentor. En fin, baste recordar, como un símbolo de devoción martiana de la Juventud del Centenario, aquellos versos del poeta mártir del 26 de Julio, Raúl Gómez García, escritos el 28 de enero de 1953:

Maestro, bajo tu frente enorme,
en la profundidad perenne de tus sueños,
se vislumbra el recuerdo de tus luchas de hombre;
y en la angustia callada de este pueblo que es tuyo,
hay mil gemidos juntos clamándote en silencio...

O los que escribiera pocas horas antes de entrar en combate: «A la generación del centenario le caben los honores/ de construir la patria que soñara el Maestro Inmortal».⁵

Y resulta aleccionador el hecho de que, tanto en el grupo dirigente como en muchos de los miembros de fila del movimiento, el pensamiento patriótico y antimperialista de Martí se mezclaba con ideas avanzadas de carácter social. Se sabe que Raúl Castro era militante de la Juventud Socialista y que a Abel Santamaría se le ocuparon las obras completas de Lenin junto a las de Martí, libros considerados por él como su tesoro más preciado; que Elpidio Sosa estudiaba a ambos genios revolucionarios, y le atraían los libros de José Ingenieros y de Pablo de la Torriente Brau; que Renato Guitart leía también literatura socialista, y que José Luis Tasende había escrito en el propio año de 1953 pensamientos como los siguientes:

Surge la generación del Apóstol José Martí. La Revolución se impone.

Surge la Revolución del Apóstol. La Revolución comienza.

Nace la Revolución Social-Liberadora. Martí y Maceo nos guiarán hasta el triunfo.

Hacer la Revolución es darle humanidad a nuestro pueblo.

En la Revolución se triunfa liberando, nacionalizando y trabajando.

El triunfo de la Revolución es una nueva era para la clase campesina y obrera.⁶

Así, se fundían en aquel grupo de jóvenes rebeldes las ideas martianas y marxistas. Y la expresión más alta de esa fusión era, desde luego, el pensamiento y la acción de Fidel. Él ha expresado que comenzó a relacionarse con el socialismo científico en su época de estudiante, en la Universidad de La Habana, y que ya en el momento del asalto al Moncada estaba convencido de la justeza de esa doctrina.

La influencia de Martí se remonta, desde luego, a mucho antes. En las discusiones que sostenía durante sus años de estudiante, Fidel solía sustentar sus puntos de vista apelando al ideario martiano, como ocurrió en el acto que convocó la FEU para el 27 de noviembre de 1946. En 1985 le contaba a Frey Betto: «Claro, yo antes de ser comunista utópico o marxista, soy martiano, lo voy siendo desde el bachillerato: no debo olvidar la atracción enorme del pensamiento de Martí sobre todos nosotros, la admiración por Martí.»⁷ Y en su histórica defensa ante el tribunal que lo juzgaba, al explicar las razones de su lucha, expresó que había aprendido ya en la escuela,

desde niño, la historia de nuestra patria; que se le enseñó desde temprano el ejemplo glorioso de Martí y de todos nuestros héroes y mártires.

Ya en diciembre de 1951, todavía bajo el servil y corrompido gobierno de Prío Socarrás, en carta a sus «compañeros de ideales», les expresaba que para ellos no había mas que un modo de esperar el Año Nuevo, y era trayendo a la memoria las palabras postreras de Martí en aquellas navidades que precedieron al último esfuerzo por la libertad: «Para un pueblo sufrido no hay más Año Nuevo que el que se abra con la fuerza de su brazo por entre las filas de sus enemigos.»⁸

Si este era su criterio aún antes del cuartelazo, la implantación de la dictadura desembozada hizo que se desbordara su rebeldía. En su respuesta al golpe militar, vemos los mismos sentimientos de odio al despotismo y la tiranía que caracterizaron a Martí desde que, a los 16 años, escribiera su poema «Abdala». Más de una vez repetiría Fidel este conocido pensamiento martiano: «La libertad cuesta muy cara, y es necesario o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio.»⁹

Batista se había adueñado del poder para impedir el triunfo popular en las elecciones, y nada ni nadie lo obligaría a entregarlo pacíficamente. Muy pronto comprendió Fidel que todo diálogo con los usurpadores era inútil, como también se puso en claro que los partidos burgueses de oposición no estaban dispuestos a formar un verdadero frente de lucha contra la tiranía, y que los intentos insurreccionales de que hablaban algunos grupos dentro de esos partidos no constituían más que un engaño al pueblo. Demás está decir, por otro lado, que todo revolucionario rechazaba, por indignas e inútiles, las gestiones mediadoras ante el gobierno norteamericano —el padri-

no de la camarilla militar—, o ante su «Ministerio de Colonias», la Organización de Estados Americanos.

Y al igual que José Martí desenmascaró en su época al reformismo y al anexionismo como enemigos de la independencia de Cuba, proclamó la inevitabilidad de la lucha armada contra el colonialismo español y se dio a la tarea de organizar la «guerra necesaria», así Fidel llegó a la conclusión de que sólo quedaba un camino al pueblo de Cuba para conquistar su independencia y libertad, el camino de la lucha armada, y comenzó los preparativos de la insurrección.

El mismo Fidel explicaría en 1971 esa coincidencia. Conversando con los estudiantes de la Universidad de Concepción, en Chile, les dijo:

Una profunda tradición nos venía desde Martí. Cuando hablaba de la guerra explicaba: la guerra inevitable, la guerra necesaria. Fue toda una filosofía para justificar por qué y explicar por qué en nuestro país se acudía a la forma extrema de lucha, puesto que a la patria no le quedaba otra alternativa de obtener la libertad.

Nuestra Revolución siguió siempre esa tónica, esa prédica y ese estilo martiano. La lucha de nuestro país fue consecuencia de una situación en que todos los caminos estaban absolutamente cerrados, en que no tenía absolutamente ninguna otra alternativa. Y en esas condiciones fue que se desarrolló una lucha muy violenta, una lucha sangrienta.¹⁰

Así, todos los pasos de Fidel están presididos por la irrevocable decisión martiana de pelear hasta la conquista de la libertad o entregar la vida en el combate.

Este es, quizás, el primer legado de Martí a las generaciones que le siguieron: el de la lucha a muerte contra la opresión extranjera y el despotismo. ¿A qué hijo humilde de nuestro país, a qué ciudadano honesto y digno, no le hirvió la sangre en las venas cuando leyó, de niño, el poema «Abdala», escrito por el alumno predilecto de Mendive antes de cumplir los 16 años; o el soneto «10 de Octubre», de la misma época; o «El presidio político en Cuba», aquella magistral denuncia de la barbarie colonialista, publicado, a los 18 años, en las propias entrañas de la Metrópoli?

Cada episodio de la vida de nuestro Héroe Nacional, hasta el mismo instante de su caída gloriosa, es un episodio de la lucha por la independencia de la patria, por las libertades y derechos democráticos del pueblo, y una lección que no puede recibirse sin que nos haga meditar profundamente y adoptar una posición definida frente a ella.

Una de las más altas expresiones de ese influjo martiano en Fidel, es el juicio por los sucesos del Moncada, y en particular *La historia me absolverá*.

El juicio nos recuerda, inevitablemente, el proceso seguido contra el joven Martí en octubre de 1869. Vemos en ambos la misma justeza de ideas, idéntica firmeza, igual respuesta demoledora que desarma al fiscal. En ambos casos los acusados se convierten en acusadores. Martí sustenta ante los jueces la legitimidad de la lucha por la independencia de Cuba; los moncadistas responden con impresionante valentía ante el tribunal de la dictadura: «Sí, vinimos a combatir por la libertad de Cuba y no nos arrepentimos de haberlo hecho.»¹¹ Y Fidel proclama junto a ellos: «El haber concurrido a aquella cita el 26 de julio, constituirá en no lejanos días el mayor timbre de gloria de un cubano.»¹²

En relación con este juicio, queremos señalar una curiosa coincidencia. Si Fidel terminó su alegato con su conocidísima frase «...la historia me absolverá», Martí había hecho un pronóstico muy similar en 1892: «...la historia no nos ha de declarar culpables.»¹³

La historia me absolverá es uno de los más altos exponentes del peso que en Fidel ejerció la prédica de Martí contra la opresión nacional y extranjera. Allí nos tropezamos continuamente, además, con Céspedes, Agramonte, Maceo y Gómez; con Yara y Bairé; con reflejos luminosos de la epopeya independentista. Allí encontramos no menos de 16 menciones al Apóstol, entre citas textuales y otras alusiones directas a su ideario.

Pero, más allá de las citas y referencias, se destaca la presencia martiana en los antecedentes y objetivos patrióticos de las acciones del 26 de julio; en el heroísmo, la pureza y la honestidad de los combatientes. En ese histórico discurso se halla la más viril y aplastante denuncia de los crímenes y atropellos de Batista y su camarilla militar, a la vez que la fundamentación irrefutable del derecho de los pueblos a la insurrección contra la tiranía. Y en la base de esa fundamentación sitúa Fidel, junto a los criterios de estadistas, juristas, filósofos y pensadores de muchos países, el mandato de nuestros mambises, y en primer término aquel pensamiento del Maestro que dice:

Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado... Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres. Esos son los que se rebelan con fuerza terrible contra los que les roban a los pueblos su libertad...»¹⁴

Y expresa Fidel:

Se nos enseñó que el 10 de octubre y el 24 de febrero son efemérides gloriosas y de regocijo patrio porque marcan los días en que los cubanos se rebelaron contra el yugo de la infame tiranía: se nos enseñó a querer y a defender la hermosa bandera de la estrella solitaria y a cantar todas las tardes un himno cuyos versos dicen que vivir en cadenas, es vivir en oprobio y afrenta sumidos, y que morir por la patria es vivir. Todo eso aprendimos y no olvidaremos, aunque hoy en nuestra patria se esté asesinando y encarcelando a los hombres por predicar las ideas que les enseñaron desde la cuna. Nacimos en un país libre que nos legaron nuestros padres, y primero se hundirá la isla en el mar antes que consintamos en ser esclavos de nadie.¹⁵

Es la misma decisión que Martí expresa con estas palabras: «¡Antes que cejar en el empeño de ver libre y próspera a la patria, se unirá el mar del Sur al mar del Norte, y nacerá una serpiente de un huevo de águila!»¹⁶

* * * *

Se refleja igualmente en *La historia me absolverá* la táctica martiana en relación con el imperialismo yanqui. Si en los documentos oficiales del Partido Revolucionario Cubano no encontramos una denuncia directa de la amenaza imperialista —que tantas veces hiciera Martí en sus cartas y otros escritos—, tampoco la hallaremos abiertamente en el alegato de Fidel.

Se planteaba en la primera de las Bases del PRC el objetivo capital de lograr la «independencia absoluta» de Cuba y Puerto Rico; se hablaba de fundar una nación

capaz de cumplir en el continente «los deberes difíciles que su situación geográfica le señala»; pero en ningún lugar de esos documentos aparece la franca y lúcida concepción antimperialista que ya había expuesto muchas veces antes. Es que, como lo declara el Apóstol a su entrañable amigo mexicano Manuel Mercado, hay cosas que deben hacerse en silencio, porque su proclamación puede levantar dificultades insalvables para lograr el justo fin que se persigue.

En igual espíritu se expresó y actuó Fidel Castro. En varias ocasiones anteriores había expuesto con claridad su posición antimperialista. En 1952, en un editorial de *El Acusador* y bajo el seudónimo de «Alejandro», lanzó sólidas acusaciones contra Batista, llegando a decirle. «Hablas, en fin, de patria, y eres un perro fiel del imperialismo, criado adúlón de todos los embajadores.»¹⁷ Pero, al elaborar el Programa del Movimiento, tuvo en cuenta, como él mismo ha expresado más tarde, las condiciones objetivas de entonces, la situación de nuestra pequeña isla a sólo 90 millas de la potencia imperialista más grande y agresiva del mundo de hoy, y el nivel aún insuficiente de la conciencia política de las masas. De ahí que en *La historia me absolverá* no planteara la nacionalización de las empresas, la expropiación de los monopolios yanquis ni otras reivindicaciones que hubieran provocado la arremetida de poderosas fuerzas nacionales y extranjeras contra el movimiento en formación.

No obstante, sí planteó Fidel la nacionalización de los trusts eléctrico y telefónico, lo que constituía una sentida demanda de la población; denunció que Cuba seguía siendo una factoría productora de materias primas; señaló que más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas estaban en manos extranjeras,

dando el ejemplo de la provincia de Oriente, la más ancha de todas, donde las propiedades de los grandes monopolios norteamericanos United Fruit Comp. y West Indian, unían la costa norte con la sur, mientras 200, 000 familias campesinas no tenían una vara de terreno donde sembrar unas viandas para sus hijos hambrientos. Además, fijó como objetivo del Programa del Moncada, el de devolver las tierras de Cuba a manos cubanas.

O sea, Fidel reclamaba soluciones que constituían verdaderos anhelos populares y que, de cumplirse, habrían de afectar necesariamente —como se demostró en 1959— los intereses de poderosos monopolios imperialistas; pero presentaba esos problemas de la forma más cuidadosa posible, tratando de evitar la hostilidad prematura del gobierno norteamericano.

Esa discreción se mantendría en lo adelante en toda la actividad pública del movimiento, aunque en ocasiones era difícil el silencio y constantemente se evidenciaba la inevitabilidad del enfrentamiento con el imperialismo. Así, por ejemplo, en carta dirigida a la compañera Celia Sánchez en junio de 1956 —que nos recuerda, por su espíritu y por su letra, el testamento político del Mártir de Dos Ríos—, dice Fidel: «Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ese va a ser mi destino verdadero.»¹⁸

Toda la historia posterior de la Revolución Cubana ha probado cuánta razón encerraba aquel pronóstico, y con cuánta virilidad martiana fue asumida por nuestro líder máximo esa responsabilidad histórica.

* * * *

Desde sus años de estudiante se inspira igualmente Fidel en el ideario latinoamericanista e internacionalista del eximio prócer. En este sentido, Fidel ha dicho:

José Martí, guía y Apóstol de nuestras guerras de independencia contra España, nos enseñó ese espíritu internacionalista que Marx y Engels y Lenin confirmaron en la conciencia de nuestro pueblo. Martí pensaba que *patria es humanidad*, y nos trazó la imagen de una América Latina unida frente a la América imperialista y soberbia, *revuelta y brutal* —como él decía—, que nos despreciaba.¹⁹

Fidel asimila esos sentimientos y actúa consecuentemente con ellos. Integra un comité por la independencia de Puerto Rico, participa en múltiples acciones contra los regímenes dictatoriales que ensangrientan a varios países de América Latina, y lucha denodadamente por la unidad del estudiantado y de los pueblos latinoamericanos en la batalla contra sus opresores nacionales y extranjeros. Conocido es su papel en la expedición que se organizó para derrocar al sátrapa dominicano Rafael Leónidas Trujillo, así como su participación, si bien accidental, en los sucesos del «bogotazo», durante los cuales fue asesinado el líder popular colombiano Jorge Eliécer Gaitán.

Apunta ya también en *La historia me absolverá* el contenido latinoamericanista de la Revolución. Refiriéndose a las ideas elaboradas en este sentido por los organizadores del Movimiento, dijo Fidel en su alegato que, si triunfaban, «...la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente...» y que entonces «...los perseguidos políticos por las sangrientas

tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como hoy persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. Cuba debía ser —agregó Fidel— baluarte de libertad, y no eslabón vergonzoso de despotismo.»²⁰

La vida ha demostrado cómo el pensamiento y la acción de Fidel han llevado a su nivel más alto el combate por la unidad de nuestra América contra sus seculares enemigos, por la conquista de un futuro de felicidad y progreso para la región, por el logro definitivo de su segunda independencia.

* * * *

No menor que en los aspectos antes señalados, es la afinidad entre el PRC de Martí y el Movimiento organizado por Fidel en relación con la base social en que cada uno de ellos se sustenta. Aunque la lucha del siglo pasado contra el colonialismo español, como la de los años 50 de esta centuria contra la tiranía de Batista, exigen la unidad más amplia de todas las clases y sectores interesados en el logro de los objetivos de cada etapa, la confianza de los dirigentes revolucionarios de ambas épocas se deposita en los trabajadores, en los humildes, en la población explotada y oprimida.

«Y tengo una fe absoluta en mi pueblo —sostuvo Martí—, y mejor mientras más pobre...»²¹. Reconoció que ya en la guerra del 68 los obreros cubanos en el Norte habían sido «el sostén constante y fecundo»²²; y en la organización del nuevo levantamiento, advirtiendo que los cubanos acaudalados, temerosos de una revolución popular, se volcaban en el Partido Autonomista o buscaban la anexión a Estados Unidos, consideró al proletariado como «el arca de nuestra alianza», «el tahalí ...donde se ha guarda-

do la espada de Cuba»²³; afirmó que «Un déspota no puede imponerse a un pueblo de trabajadores»²⁴; dijo que todo lo justo y lo difícil comienza por la gente humilde, y consecuente con esas ideas, fue a elaborar las Bases y Estatutos del PRC entre las masas de trabajadores de Tampa y Cayo Hueso.

Es que nuestro patriota mayor ya observaba la gran contradicción que carcomía los cimientos de la sociedad cubana, y que enfrentaba a una minoría oligárquica con el pueblo humilde y trabajador. Por eso escribió en 1884:

Ya en Cuba está planteado el problema inevitable de todos los pueblos, y ese es en realidad el único problema de Cuba, que explica las confusiones aparentes del país, como explica la catástrofe de la guerra: la minoría soberbia, que entiende por libertad su predominio libre sobre los conciudadanos a quienes juzga de estirpe menor, prefiere humillarse al amo extranjero, y servir como instrumento de un amo u otro, a reconocer en la vida política, y confirmar con la justa consideración del trato, la igualdad del derecho de todos los hombres.²⁵

Consciente de esa contradicción esencial, que ya a mediados del siglo XIX había pasado al primer plano y era ineludible solucionar, Fidel comprendió que no bastaba con derrotar al tirano y moralizar la Administración Pública, sino que era indispensable la transformación radical del sistema social existente, y que para realizar ese profundo cambio había que basarse esencialmente en los trabajadores. Cuenta la compañera Melba Hernández que, de acuerdo con la orientación dada por Fidel, para nuclear aquel colectivo de compañeros dispuestos a la acción armada se requería buscar fundamentalmente en

las filas de los trabajadores, de los hambreados, de los explotados, ya que «solamente esos hombres serían capaces de entender hasta dónde tendríamos que llevar el proceso revolucionario.»²⁶

La misma idea ha sido expresada más tarde por Fidel de esta manera:

Nuestros jóvenes combatientes habían sido reclutados ...en las capas más humildes del pueblo, trabajadores en su casi totalidad, algunos estudiantes y profesionales no contaminados por los vicios de la política tradicional ni el anticomunismo que infectaba el ambiente de la Cuba de entonces. Esos jóvenes llevaban, en su corazón de patriotas abnegados y honestos, el espíritu de las clases humildes y explotadas de las que provenían; y sus manos fueron suficientemente robustas, y sus mentes suficientemente sanas, y sus pechos suficientemente valerosos, para convertirse más tarde en abanderados de la primera revolución socialista en América.²⁷

Como Martí, Fidel excluyó de su acepción de pueblo a los sectores acomodados y conservadores de la nación, a los que convenía cualquier régimen de opresión y se postraban ante el amo de turno. Toda Cuba conoce la acertada definición de pueblo dada en *La historia me absolverá*, que comprende a los obreros de la ciudad y del campo, pequeños agricultores, profesores y maestros, profesionales jóvenes, desempleados, la gran masa «...que sufre todas las desdichas, y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje.»²⁸

En ese pueblo depositó Fidel su absoluta confianza. Toda la estrategia de la Revolución se basó en el pueblo, en una profunda convicción acerca de sus energías morales,

acerca de la enorme fuerza revolucionaria que se encerraba en él. Y en ese pueblo buscó Fidel —como se expresó anteriormente— a los integrantes del destacamento inicial y los recursos indispensables para comenzar la lucha. Quizás recordaba aquella frase de Martí: «Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa adolorida, es el verdadero jefe de las revoluciones.»²⁹

Lo cierto es que la imagen de Nuestro Héroe Nacional estuvo presente en la gigantesca tarea, pletórica de dificultades y sacrificios, de allegar los recursos humanos y materiales indispensables para entrenarse en el combate. Esa imagen inspiradora sería esbozada por Fidel años después con estas palabras: «Todo el mundo conoce la historia de Martí, de aquel Martí con las ropas raídas, de aquel Martí que no recibía sus fondos de la Tesorería yanqui, de aquel Martí que apelaba a la emigración humilde, de proletarios, de tabaqueros, reuniendo centavo a centavo los fondos para comprar las armas.»³⁰

Es comprensible, pues, que los escasos recursos reunidos para adquirir las armas y demás medios con que asaltar el cuartel Moncada, salieran del sacrificio y la abnegación de sus humildes organizadores, y no de la contribución deshonrosa de politiqueros corrompidos y reaccionarios, como pretendió hacer creer la dictadura. Con sano orgullo revolucionario expresó Fidel en su histórico alegato que esos recursos se reunieron con ejemplos de sacrificio sin paralelo, como el de Elpidio Sosa, que vendió su empleo y se presentó un día con \$300 para la causa; Fernando Chenard, que liquidó los aparatos de su estudio fotográfico, con el que se ganaba la vida; Pedro Marrero, que empeñó su sueldo de muchos meses y fue preciso prohibirle que vendiera también los muebles de su casa; Oscar Alcalde, que vendió su laboratorio de productos farmacéuticos; Jesús Montané, que entregó el

dinero ahorrado durante más de cinco años, y así por el estilo otros más.

La idea básica de que los trabajadores debían ser los protagonistas del movimiento no significó, desde luego, el rechazo a otras clases, capas y sectores interesados en el derrocamiento de la tiranía y el establecimiento de libertades y derechos democráticos. Precisamente, otro de los aspectos en que presentan mayor identificación estos dos géneos revolucionarios, es el de la estrategia y la táctica políticas. Ambos enfrentaron situaciones caracterizadas por hondas discrepancias entre las fuerzas populares, partieron de los mismos principios y se trazaron similares objetivos de unidad revolucionaria.

Tanta importancia le otorgaba Martí a la cohesión de las filas independentistas, que ya en 1887 le aseguraba a Máximo Gómez: «El valor, el prestigio, la intención pura, el martirio ejemplar de los revolucionarios del extranjero son inútiles, mientras no trabajen todos unidos...».³¹

También para Fidel, la unidad de acción contra la tiranía constituyó una preocupación permanente. Así, una de las razones por las cuales el programa del Moncada no incluía determinados planteamientos como la nacionalización de las empresas u otros que hubieran podido ser un obstáculo a la unidad necesaria, fue el interés de dotar al Movimiento de una base social lo más amplia posible, sin que esa amplitud pusiera en peligro sus fines revolucionarios.

Pero esa unidad no tenía ni podía tener el mismo sentido de la unidad que concebían los partidos políticos burgueses de oposición, ni por su finalidad ni por su campo de acción. Estos partidos, que representaban básicamente, como los del gobierno, a la misma oligarquía pro-imperialista, no se proponían cambios profundos en la vida

del país, sino que estaban guiados por sus intereses de clase, por sus ambiciones personales o de grupo, envueltos en todo tipo de pugnas internas, y carecían de la voluntad y decisión necesarias para luchar por el derrocamiento de la tiranía.

Por otro lado, como justamente ha expresado Fidel, «Un rasgo común de todos aquellos partidos y líderes políticos era que, a tono con la atmósfera macartista y con la vista siempre puesta en la aprobación de Washington, excluían a los comunistas de todo acuerdo y participación en la lucha común contra la tiranía.»³²

Fidel, por el contrario, abogaba por la unidad de todas las organizaciones revolucionarias y progresistas sin excepción alguna, y se las arreglaba siempre para rechazar los proyectos que discriminaban al Partido Socialista Popular.

Era una total identificación con la obra unitaria de Martí, quien en 1892, cuando daba los últimos toques a la organización del PRC, escribió:

...el mayor de los criminales sería ahora en Cuba, quien pretendiese, con el encono de la preocupación o el disimulo de la intriga, prescindir de uno solo de los elementos que la historia de ayer, llena de sobrevivientes ilustres, y la historia de mañana, llena de compañeros desconocidos, pueden allegar para la creación en nuestra tierra de un pueblo feliz y libre.³³

Como Martí en 1892, que expresó su satisfacción por la participación de Carlos Baliño —nuestro primer marxista— en la fundación y actividades del PRC, también Fidel fue el más decidido campeón de la integración de los comunistas en el nuevo y definitivo combate por la emancipación de Cuba.

Fidel ha evocado en numerosas ocasiones los ingentes esfuerzos por el logro de la unidad revolucionaria en toda la historia de Cuba desde el siglo xx; ha repetido aquel señalamiento de Martí de que en la guerra del 68, «...más que el enemigo nos derrotaron las divisiones»³⁴; ha dicho que en busca de la necesaria unidad se forjó en 1892 el Partido Revolucionario Cubano, y que por ella batallaron a lo largo de la república los mejores revolucionarios. Y ha afirmado: «Nuestra generación de revolucionarios luchó y conquistó la unión, que es pilar de nuestra Revolución y conquista que nos enorgullece.»³⁵

* * * *

De la misma forma que sentimos la presencia de Martí en los objetivos del Movimiento encabezado por Fidel, la encontramos en cada uno de los pasos de su acción insurreccional, incluso en la ineludible actitud asumida ante los reveses. Analizando los hechos del Moncada, por ejemplo, ha dicho Fidel que el revés no importó; que en la larga historia de la Revolución desde el siglo pasado, se habían sufrido muchos reveses; que el Moncada «...no fue una victoria de las armas, pero fue una victoria de la moral y la dignidad.»³⁶ Y en su «Manifiesto a la Nación» —escrito en presidio, dos meses después de ser condenado—, cita aquel pensamiento de Martí de que «...ningún mártir muere en vano, ni ninguna idea se pierde en el ondular y revolverse de los vientos» y exclama: «Veintisiete cubanos, todavía tenemos fuerzas para morir y puños para pelear. ¡Adelante, a conquistar la libertad!»³⁷ Es la misma entereza, la misma confianza en su pueblo y la misma fe indestructible en la victoria con que se enfrentó al desastre de Alegría de Pío y a todas las situaciones

difíciles que han puesto a prueba la grandeza de la Revolución.

Inevitablemente se piensa en la idéntica reacción de José Martí ante el fracaso del Plan de Fernandina, en enero de 1895, cuando al ver perdidos tantos esfuerzos y sacrificios, lejos de lamentos y vacilaciones, subrayó lo fundamental en ese momento: que se habían salvado «la disciplina y el respeto de la isla» y «el cariño de las emigraciones». Y expresó: «Ahora, a otras formas. Se nos espera, y será. Yo no miro a lo deshecho, sino a lo que hay que hacer.»³⁸ Y apenas 20 días más tarde, firmaba la orden de alzamiento que daría inicio a la nueva epopeya libertadora.

* * * *

Pero no sólo en el ideario y la organización, en la estrategia y la táctica de Fidel Castro y de los nuevos combatientes está siempre José Martí. Lo está igualmente en su actitud ante la vida: en la subordinación de su conducta a los principios revolucionarios, a los más altos valores morales; en su rechazo a cuanto signifique eludir el cumplimiento del deber; en la conjugación del más grande heroísmo con la más natural sencillez, y en la entrega total —sin ambiciones personales de ningún tipo—, a la causa de la redención de su pueblo. Fidel ha aludido reiteradamente y ha sido fiel a aquel gran anhelo que el Apóstol expresó con estas palabras: «...yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre.»³⁹

Fidel tuvo, pues, las más profundas e irrefutables razones para proclamar ante los magistrados que lo juzgaban que José Martí había sido el autor intelectual del asalto al Moncada, así como para afirmar: «Traigo en el corazón las doctrinas del Maestro, y en el pensamiento las nobles

ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos.»⁴⁰

Esa identificación de ideales, aspiraciones y sentimientos, hacen que el primer objetivo expresado una y otra vez por los revolucionarios del Moncada, sea el de dar cumplimiento a los sueños nunca realizados de Martí. Ya en el documento conocido como «Manifiesto de los revolucionarios del Moncada a la nación», del 23 de julio de 1953, se expresaba: «Ante la tragedia de Cuba, contemplada con calma por líderes políticos sin honra, se alza en esta hora decisiva la Juventud del Centenario, que no mantiene otro interés que no sea el decidido anhelo de honrar con sacrificio y triunfo el sueño irrealizado de Martí.»⁴¹

En la memorable madrugada del 26 de julio de 1953, cuando llega la hora suprema y los jóvenes combatientes esperan las últimas instrucciones, se alzan las notas de nuestro Himno Nacional, y en la breve alocución de Fidel se destacan estas palabras: «Si vencen mañana, se hará más pronto lo que aspiró Martí...»⁴²

En diciembre de 1953, desde el presidio de Isla de Pinos, al denunciar una vez más los bestiales asesinatos de tantos jóvenes combatientes, vuelve a expresar Fidel que el único delito cometido por ellos fue el de cumplir las prédicas de Martí. Y en noviembre de 1955 reitera una vez más: «En la filosofía democrática y revolucionaria de Martí basamos firmemente nuestra postura. Contra él tendrán que polemizar los guerrilleros de hoy, porque nos hemos propuesto continuar su obra, porque somos fieles a su pensamiento con hechos, y no con palabras; porque estamos dispuestos a convertir en realidad la Cuba que él soñó.»⁴³

Realmente, la dictadura sangrienta, corrompida y proimperialista, como los anteriores gobiernos oligárquicos,

sepultaban bajo una hueca palabrería oficial su diametral antagonismo con las ideas martianas, y el temor a su influjo poderoso. Por eso las autoridades prohibieron que llegaran a manos de Fidel los libros de Martí, necesarios para preparar su defensa. «Parece —advirtió Fidel— que la censura de la prisión los consideró demasiado subversivos.»⁴⁴

Pero todos los esfuerzos por ocultar o desnaturalizar el pensamiento de Martí y por aislar al gran héroe de su pueblo, estaban condenados al fracaso: sus postulados se convertían cada vez más en armas eficaces, en bandera de lucha por una patria de libertad y de justicia.

Cuando parecía que la realización del ideario martiano se hallaba más lejos que nunca, el pueblo rebelde demostró la fidelidad a su recuerdo, y lo mejor de la juventud se dispuso a entregar la sangre y la vida para conservar su legado patriótico y revolucionario, para revivir la esperanza de que un día se cumpliera por fin su mandato. En la prisión, dolorosa pero aleccionadora, la identidad de pensamiento, de principios y de reacciones entre los dos extraordinarios genios políticos, se manifiesta tanto en la viril conducta asumida por Fidel, como en las ideas que atesora su rico epistolario. Y así ocurre en el exilio mexicano, en la borrascosa y heroica epopeya del Granma, en los reveses iniciales, en el reagrupamiento esperanzador, en la guerra y en la victoria.

Si Martí se planteaba insistentemente una guerra sin vacilaciones, pero a la vez generosa y breve, con el menor costo de sangre y destrucción, Fidel sentó principios de conducta que unían la firmeza indoblegable frente al enemigo, con el humanismo más consecuente, con el trato digno y humano a los prisioneros y el respeto inviolable a los compromisos contraídos.

Esa identificación en cuanto a ideales, principios éticos y práctica revolucionaria, alcanzaría su máxima expresión después del triunfo del 1ro. de enero de 1959, cuando comenzaron a realizarse al fin los sueños de José Martí. Ese espíritu, que guió el asalto a los cuarteles Moncada y Céspedes, ha presidido igualmente todos y cada uno de los pasos posteriores de la revolución. Martí, fiel a su concepción de que hay que hacer en cada momento lo que en cada momento es necesario y de que hay que preparar al hombre para que viva a nivel de su tiempo y no debajo de su tiempo, a la vez que levantó en 1895 las banderas independentistas del 68 e hizo suyo lo más progresista del pensamiento anticolonialista y democrático de Cuba y de otros países, supo también adecuar el proceso insurreccional que se desarrollaba a las nuevas condiciones de la época, imprimiéndole a su lucha un contenido antimperialista y socialmente avanzado, y radicalizándola con la participación decisiva de las masas obreras.

Del mismo modo, los revolucionarios del Moncada supieron inscribir en su programa los objetivos no alcanzados aún, que se planteó Martí hace ya casi un siglo, junto a las inaplazables soluciones que exigen los nuevos problemas acumulados durante la república semicolonial. La revolución cubana asume, pues, la herencia de todas las luchas anteriores de nuestro pueblo, así como también las ricas experiencias del movimiento revolucionario internacional.

Como ha expuesto con precisión extraordinaria Fidel Castro, nuestra revolución es la continuación histórica de las luchas heroicas de nuestro pueblo en el siglo XIX contra el colonialismo español; de su batallar constante contra la humillante condición de dependencia a que nos sometió Estados Unidos con su intervención, con la

Enmienda Platt y con el robo de nuestras riquezas. Nuestra revolución es también el fruto de las heroicas luchas de nuestros obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales, durante más de 50 años de corrupción y explotación burguesas y de dominio del imperialismo, que intentó absorbernos culturalmente y destruir los cimientos de nuestra nacionalidad; es fruto de la ideología revolucionaria de la clase obrera, del movimiento revolucionario internacional, de la lucha de los obreros y campesinos rusos que en el glorioso Octubre de 1917, dirigidos por Lenin, derribaron el poder de los zares e iniciaron la primera revolución socialista; es fruto del debilitamiento del poder imperialista y de los enormes cambios de la correlación de fuerza ocurridos en el mundo.⁴⁵

Con esa herencia y dentro de ese marco, se inicia el 26 de julio de 1953 la última y definitiva etapa de las largas luchas por nuestra independencia nacional. Si la burguesía y los grandes terratenientes cubanos habían sido incapaces de cumplir en la primera mitad del pasado siglo siquiera los objetivos patrióticos fundamentales que llevaron a nuestros mambises a la manigua redentora, mucho menos podían hacerlo en los años 50, cuando al viejo problema de la dependencia económica y política se unía con tremenda fuerza el problema social, y la oligarquía antinacional traspasaba todos los límites de sometimiento al imperialismo. Correspondía, pues, a la clase obrera, portadora de la ideología revolucionaria, en estrecha alianza con los campesinos y las capas medias de la población, ser la fuerza motriz e imprimirle su sello característico a la nueva revolución.

Esta etapa de luchas que parte del Moncada, constituye una demostración admirable de cómo se pueden y se deben entrelazar inseparablemente las más genuinas

tradiciones patrióticas de una nación con el combate por la emancipación social de todos los oprimidos y explotados; de cómo en el mundo de hoy los anhelos de independencia, libertad, democracia y progreso social de los pueblos, sólo pueden convertirse en realidad si se funden con las ideas liberadoras del socialismo.

Sin esa fusión, no hubiera podido triunfar en nuestra patria la revolución socialista hace 50 años, ni hubiéramos podido alcanzar jamás, como tenemos hoy, una patria libre, independiente y soberana, victoriosa frente al colonialismo, al imperialismo, al racismo, la ignorancia, la miseria y la tiranía.

Notas

- ¹ Ediciones OR, La Habana, julio de 1973, No. 7, p. , t. 8.
- ² Revista «Bohemia», La Habana, 6 de febrero de 1953, p. 81.
- ³ Documento de Archivo. Instituto de Historia de Cuba.
- ⁴ Raúl Castro: «VIII aniversario del 26 de julio». Folleto. EIR, s. f., p. 8.
- ⁵ Raúl Gómez García: *Escritos y poemas*. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1973, pp. 118 y 158.
- ⁶ Colectivo de autores: *Mártires del Moncada*, Ediciones R, La Habana, 1965, p. 94.
- ⁷ *Fidel y la religión*. Conversaciones con Frei Betto, Editorial SI-MAR, La Habana, 1985, p. 142.
- ⁸ *Mártires del Moncada*, edición citada, pp. 256-257.
- ⁹ José Martí: O.C., t. 21, p. 108.
- ¹⁰ *Cuba-Chile*. Ediciones Políticas, COR del CC-PPC, 1972, p. 274.
- ¹¹ Fidel Castro: *La historia me absolverá*. Edición anotada. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1993, p. 32.
- ¹² Martha Rojas: *La Generación del Centenario en el juicio del Moncada*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979, p. 52.
- ¹³ J. M.: O.C., t. 4, p. 306.
- ¹⁴ *Ibíd.*, : t. 18, pp. 304 y 305.
- ¹⁵ *La historia me absolverá*, edición citada, p. 108.
- ¹⁶ J.M.: O.C., t. 4, p. 211.
- ¹⁷ Martha Rojas, op. cit., p. 66.
- ¹⁸ Documento en el Archivo Histórico del Consejo de Estado.

- ¹⁹ Periódico «Granma», 25 de diciembre de 1972, p. 8. (La cursiva es mía)
- ²⁰ *La historia me absolverá*, edición citada, p. 57.
- ²¹ J. M.: O.C., t. 3, p. 167.
- ²² *Ibíd.*, t. 3, p. 303.
- ²³ *Ibíd.*, t. 4, p. 278.
- ²⁴ *Ibíd.*, t. 8, p. 27.
- ²⁵ *Ibíd.*, t. 3, p. 104.
- ²⁶ «Granma», 29 de junio de 1973, p. 3.
- ²⁷ Sección de Historia de la Dirección Política Central de las FAR: *Moncada. Antecedentes y preparativos*, Editora Política, La Habana, 1980, p. 397.
- ²⁸ *La historia me absolverá*, edición citada, pp. 53-54.
- ²⁹ J. M.: O.C., t. 4, p. 193.
- ³⁰ *Obra Revolucionaria*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana. 1963, No. 1, p. 7.
- ³¹ J. M.: O.C., t. 1, p. 217.
- ³² Sección de Historia de la Dirección Política Central de las FAR: *Moncada. La acción*, Editora Política, La Habana, 1981, pp. 396-397.
- ³³ J. M.: O.C., t. 1, p. 303.
- ³⁴ *Ediciones OR*, La Habana, enero-marzo, 1981, p. 31.
- ³⁵ Revista «El Militante Comunista», La Habana, junio de 1974, p. 31.
- ³⁶ *Obras Revolucionarias*, La Habana, 1961, No. 26, p. 35.
- ³⁷ «Bohemia», La Habana, 23 de julio de 1961, p. 90.
- ³⁸ J. M.: O.C., t. 4, p. 18.
- ³⁹ *Ibíd.*, : t. 4, p. 270.
- ⁴⁰ *La historia me absolverá*, edición citada, pp. 34-35.
- ⁴¹ ONBAP: *13 documentos de la insurrección*, La Habana, 1961, p. 20.
- ⁴² *Aquel amanecer de julio*. Folleto editado por la COR del Partido en Oriente, s-f., p. 15.
- ⁴³ «Bohemia», La Habana, 20 de noviembre de 1955, p. 82.
- ⁴⁴ *La historia me absolverá*, edición citada, p. 34.
- ⁴⁵ *De La Demajagua a Girón*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, pp. 286-287.

INDICE

Una introducción necesaria /5

Una revolución martiana y marxista /11

Rasgos del pensamiento democrático y revolucionario de José Martí /37

José Martí en la muerte de Carlos Marx /57

José Martí y la cultura cubana. Algunas reflexiones conceptuales /70

Cultura y política en José Martí /87

José Martí, promotor de la amistad y la solidaridad entre los pueblos /97

La concepción martiana de patria / 115

Martí en los primeros comunistas cubanos. /127

Martí en Carlos Rafael Rodríguez / 160

La huella de Martí en Fidel y los moncadistas / 175



**Imprenta
Federico
Engels**



El autor comparte a plenitud la tesis de que la Revolución Cubana es martiana y marxista, y la defiende con pasión. Expone las principales ideas al respecto y desmantela con argumentos sólidos todo lo superfluo. En las circunstancias actuales de confrontación violenta de ideas, su aporte teórico es imprescindible, y al trascender los límites individuales tras su reciente fallecimiento, nos deja una última lección de generosidad y sacrificio a una causa común.

José Cantón Navarro (Pinar del Río, 1925-La Habana, 2008): maestro normalista, doctor en Ciencias Históricas, profesor e investigador titular. Entre sus obras se cuentan: *El éxodo rural en Cuba* (1956); *Los regímenes precapitalistas en Cuba* (1966, coautor); *Algunas ideas en relación con la clase obrera y el socialismo* (1970); *Cuba: el desafío del yugo y de la estrella* (1996); *José Martí y los trabajadores* (2006). Publicó trabajos en decenas de revistas nacionales y extranjeras. Al morir ostentaba la Réplica del Machete de Máximo Gómez, La Distinción por la Cultura Nacional, la Distinción por la Educación Cubana, La Orden Frank País y el Premio Nacional de Historia 2000.

ISBN 978-959-271-097-9



9 789592 710979